EL «HACH» MOHAMED REGRESA DE LA MECA

N. Y., CIUDAD SIN HORIZONTES

EL «LIBRO DE LOS CABALLEROS», DE BURGOS

MVNDO HISPÁNICO



CUBA

LA TIERRA DE LA ALEGRÍA



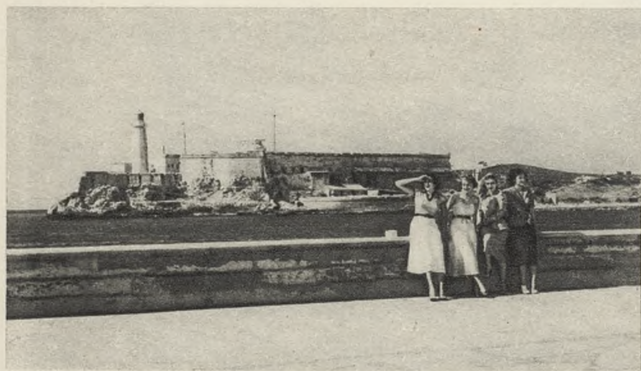
El bellísimo Paseo del Malecón, en La Habana.



Capitolio Nacional de Cuba, en La Habana.



La Habana. Plaza de Armas. Al fondo, el Ayuntamiento.



Castillo del Morro, a la entrada de La Habana.



Estatua del apóstol Martí, sobre fondo habanero.

NO sabemos si está en lo cierto el Conde de Keiserling al decir que el continente suramericano es profundamente triste, pero sí podemos asegurar que Cuba se caracteriza por todo lo contrario. Una gran alegría franca y hasta ingenua, alegría de todas las horas impera en este país, al igual que su sol y su cielo siempre azul; una alegría que contagia al turista desde que pisa tierra cubana, produciéndole la impresión de participar en una perenne fiesta. Pero no por esto vaya a creerse que el cubano carece de seriedad ni contempla frívolamente los problemas de la vida. Su alegría es la actitud elegante y espiritual de quien sabe vencer u ocultar el dolor y también el efecto de esa fe en nuestro propio destino, que España nos legó, más fuerte que la angustia actual. Y esto es de una importancia extraordinaria para un país que aspira a figurar en todos los itinerarios del turista, lo cual ha logrado ya en buena parte.

Al atractivo imponderable de la alegría hay que añadir la gentil hospitalidad del cubano, cuyos brazos están siempre abiertos para el visitante extranjero, y si éste pertenece a su misma raza, entonces la acogida tiene una verdadera efusión fraternal.

No mencionamos los innumerables incentivos de su geografía, de su cultura, de su belleza urbana, de sus diversiones de todo orden, porque son de sobra conocidos del mundo hispánico.

Con esta invitación a gozar de Cuba que hacemos a los turistas de habla española les ofrecemos toda la cooperación y el empeño de este organismo para que se lleven de su permanencia entre nosotros un perdurable recuerdo.

CORPORACIÓN NACIONAL DEL TURISMO
Cárcel n.º 109: LA HABANA



Rincón de la Plaza de la Catedral (La Habana).

CASTILLA Y EL CID

Por la Europa medieval—cuarteada y amenazada como la Europa de hoy—corre la Paz de Dios en busca de un sentido heroico y religioso de la vida. El escocés Macbeth asesina reyes y un germano, Enrique IV, invoca a San Pedro y repite el anatema preventivo de San Pablo. Es el tiempo en que Ruy Díaz de Vivar transparenta su sustancia castellana, con el hierro y el honor, y configura definitivamente esa creación que Europa busca con juramentos: el caballero, que en las tierras peninsulares puede ir tras el rastro de Fernán González, el primer conde independiente. La Paz de Dios, como institución medieval de Europa, aun no ha saltado hacia acá los Pirineos. Con raíz germánica y católica, juramenta a los guerreros en Aquisgrán para pasar a Maguncia, y reclama los espaldarazos en Maguncia para seguir a Normandía, en tanto triunfan los teólogos que siguen los esquemas de San Agustín. Mientras, Castilla da el primero de sus caballeros para todas las edades, anticipándose a la institución, y Aragón acude a Roma para que Sancho se encomiende a San Pedro. Después, la intención caballeresca derivará en Europa hacia las Cruzadas, en la que a los jefes impulsados por una profunda fe religiosa se unirán los príncipes que aspiran a un feudo oriental, en tanto Castilla perfila rigurosamente el ideal caballeresco hasta hacerlo histórica y sustancialmente suyo. El propósito medieval habla en síntesis de sacrificio por los bienes supremos, protección de los indefensos y débiles, magnanimidad dadivosa e inflexible veracidad. En suma: Castilla. Y rumorean las historias, por ejemplo, que cuando los franceses consagrados como caballeros por aplicación de la Ley de Dios buscan un campo de acción para desarrollar su norma, pasan los Pirineos, porque los cristianos de España viven, luchan y mueren bella y épicamente. Y se conoce que también era bello y sugestivo recibir las primeras lecciones prácticas de la ética caballeresca al lado de los castellanos y hasta morir a su lado.

¿Desde cuándo es ancha Castilla? La precisión geológica importa poco. ¿Cómo se ensanchó Castilla, por el siglo XI, sembrada de huellas románicas y vestigios visigóticos? La anchura de Castilla nace simplemente de su ideal caballeresco, de su norma caballeresca; es decir, de su ascetismo, de su sobriedad, de su honor riguroso. Y Castilla—Castilla como concepto extrageográfico—se ensanchó precisamente por la expansión de este ideal. Castilla se ensanchaba ante el caballo del Cid; no la tierra, sí el espíritu, que lo demás, como a los bienaventurados, se daba por añadidura. No la llanura, siempre igual; sí la cifra humana, fusionadora, aglutinante, alta de meseta y de propósito, para el albor y la sucesiva historia intuída; para el quehacer y la gloria: para el destino.

La síntesis de este ideal caballeresco y de esta esforzada Castilla centrípeta y primigenia aparece, sucinta y esquemática, pero valiosísima, en la Exposición que la ciudad y la provincia de Burgos han tenido abierta en Madrid entre enero y febrero de este año. Las páginas centrales de este número de MVNDO HISPÁNICO muestran algunos ejemplos del raro valor de esta extraordinaria Exposición: el *Libro de los Caballeros* y el cofre del Cid Campeador. Uno, el libro, es la patente del estilo de Castilla. El otro es el símbolo de España a lo largo de nueve siglos, junto con el sepulcro cidiano, las grandes polémicas de nuestra historia, cuando está en juego el ser de la patria, unos quieren mantener cerrado el sepulcro con siete llaves—España en sí, en sus líneas de siempre—. En otros aspiran a abrirlo—España fuera de sí, España abierta, evaporada, aventada su sustancia—. Por ahora, permanecen cerrados sepulcro y cofre. Tercamente, a la española. Tan tercamente como el Cid, también a la española, se dejaba crecer la barba con promesa de no aplicarle la tijera—años y años—hasta que su Rey le perdonase.

Yal creçe la barba—e vale allongando;
ca dixera mío Cid—de la su boca atanto:
«por amoy de rey Alffonsso—que de tierra me a echado,
nin entrarié en ella tigera—ni un pelo non avrié tajado».

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO-BUENOS AIRES-MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL: ALFREDO SANCHEZ BELLA
DIRECTOR: MANUEL JIMENEZ QUILEZ
REDACTOR-JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO

NÚMERO 35 - FEBRERO 1951 - AÑO IV - 15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración gráfica: Corporación Nacional del Turismo, de La Habana; Al-Hilal y Zachary, de El Cairo; Sánchez, de Alicante, y Portillo y Müller, de Madrid.

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEFONO 23-05-26
APARTADO 245 — DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES HISPANOAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 - MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, MARSIEGA, S. A. (MADRID) * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) * FOTOGRABADO, FUGUET

LOS COLABORADORES ESCRIBEN APARTE

Sr. Director de MVNDO HISPÁNICO:

Me dicen que ha disgustado a algunos lectores la afirmación de que al General Primo de Rivera «le faltaron colaboradores», que hice en uno de los pies a la colección de fotografías agrupadas bajo el título de CINCUENTA AÑOS DE POLITICAS Y UNA SOLA POLITICA EN CINCUENTA AÑOS, publicadas en el número de MVNDO HISPANICO del pasado mes de diciembre.

Me satisface por eso aclarar el sentido en que empleé esa frase, pues (aunque mi comentario se refiera a una realidad de hace veinticinco años y que, por lo tanto, es ya historia, y puede y debe ser enjuiciada con absoluta libertad, siempre que se proceda con recta intención y ánimo de rectificar los errores en que se pueda incurrir) estoy seguro de que las protestas en este caso se deben atribuir a un simple malentendido.

La frase en cuestión tiene que leerse conjuntamente con las que la preceden y la siguen. Dicen así: «El General elevó a su Patria a la máxima ventura material que ha conocido en medio siglo. Pero le faltaron colaboradores. Como reconoció su hijo José Antonio, no le entendieron los que le quisieron y no le quisieron los que le habrían entendido. No supo asegurarse por eso continuidad, y lo que debió haber sido principio de capítulo, se quedó en paréntesis.» Me parece que de ahí se deduce con bastante claridad:

Primero.—Que si el General elevó a su Patria a tal ventura material, es claro que para ello tuvo que contar con colaboradores, pues él sólo no lo iba a conseguir. Por otra parte, ni una precisión absoluta es exigible en una síntesis DE CINCO LINEAS, ni parecía especialmente necesaria en este caso, pues si ha habido algo unánimemente reconocido en España y fuera de España, fué la medida en que Primo de Rivera y sus abnegados y capaces colaboradores dotaron a España de lo que ni aun se habría permitido soñar años atrás: de un cuerpo remozado: de carreteras, canales, industrias, escuelas, paz y una prosperidad que pasaría pronto a categoría de mítica.

Segundo.—Que la falta de colaboradores que yo señalaba tenía que referirse, por consiguiente, precisamente a quienes hubieran podido ayudarle a resolver el problema político, no técnico, de su continuidad, sin volver al régimen liberal. De ahí que yo escribiera: «no supo asegurarse, POR ESO, continuidad».

Este juicio ni siquiera es mío, sino muy general y autorizado. Me limitaré a citar a José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, cuya doctrina sirvió de base al Movimiento de 1936, hijo del General Primo de Rivera y defensor de alguno de los colaboradores de éste. Pues bien: José Antonio, que reconoció «aquello en que la Dictadura era más fuerte» o sea, «lo honesto y eficaz» de su gestión (Discurso del 6 de junio de 1934, en el Parlamento) afirmaba, algo después, «que la Dictadura, como experiencia política, fué una experiencia frustrada» porque «embarcó a la Patria en un proceso revolucionario, y, por desgracia, no supo concluirlo. Al caer la Dictadura... renació el mismo sistema, con los mismos defectos, que se había encontrado la Dictadura al advenir el 1 de septiembre de 1923 y decía que lo que le faltó a la Dictadura fué «una gran idea central: una doctrina elegante y fuerte» (Prólogo a «La Dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero». La razón que de ello da es que el régimen no consiguió reclutar a su alrededor a la generación joven, y que al General—«SOLO, falto de intermediarios»—«DESCARTO UNOS CUANTOS COLABORADORES LEALES E INTELIGENTES—no le entendieron los que supieron que le querían y no le quisieron los que podían haberle entendido».

De esas palabras, don Eduardo Aunós, en «España en crisis» (Buenos Aires, 1942, página 315) escribe: «es imposible señalar en menos palabras y con mayor claridad la verdadera causa del fracaso del General Primo de Rivera», y añade: «lo que le faltó a Primo de Rivera, esencialmente, fué saber captarse la asistencia de la selección del país, de los hombres, de los estamentos y las fuerzas colectivas verdaderamente capaces de realizar la transformación de España» (pág. 316).

Espero que esta carta aclare un juicio que acaso la necesidad de concisión presentó como excesivamente absoluto y hasta aparentemente injusto para con unos hombres cuya excepcional labor nadie puede desconocer.

JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

los LECTORES tambien escriben

Madrid, 31 de enero de 1951.

Señor Director de la revista MVNDO HISPÁNICO.

Muy señor mío:

En la revista de su dirección, correspondiente al número 33 del mes de diciembre del pasado año, y en su página 47, aparece una fotografía con la siguiente literatura: «*La comida de las fieras*, era algo antes de 1900. Con el novel autor, revelado con *El nido ajeno*, don Jacinto Benavente, dos actores eminentes: Carmen Cobeña y Emilio Thuiller. Benavente, autor de teatro, llegará a Premio Nóbel. Antes, en 1905, ganará el Premio Nóbel otro autor teatral español, don José de Echegaray, a quien Alfonso XIII le impondrá personalmente una condecoración, en solemne sesión celebrada en el Senado. Don José Echegaray era, además, político y eminente matemático.»

Como parte interesada y para que quede aclarado, deseo hacer público que la citada *foto* no corresponde a doña Carmen Cobeña, ilustre actriz, sino a una más modesta, a la que suscribe, teniendo que manifestarle que la mencionada fotografía fué tomada en el ensayo general de la obra de don Jacinto *La Mefistófela*, en el Teatro Reina Victoria, por el año 1920.

Si usted cree conveniente dar la oportuna rectificación en su próximo número, pueden hacerlo para la mejor información que supongo es el fin que persiguen con su muy leída revista.

Con este motivo aprovecho muy gustosa la ocasión para saludarle muy atentamente

CONSUELO HIDALGO
Vda. de López Moreno
Av. José Antonio, 43, 3.- C

Muchas gracias, doña Consuelo. Y perdónenos que expresemos nuestra disconformidad con una de las frases de su carta, porque usted no fué una modesta actriz, sino una gran actriz. Bellísima, además, como puede demostrarse con otra «foto» de usted que aparece—esta vez sin equivocaciones en la «literatura»—en la página 55 del mismo número.

Camagüey (Cuba), 11 de diciembre de 1950.

Señor Director de MVNDO HISPÁNICO.

Muy respetable señor mío:

Desde hace tiempo venía revoloteando en mi cerebro la idea de escribir a la dirección de MUNDO HISPÁNICO y felicitar a usted y a cuantos laboran, en una forma u otra, en el formato de esa gran revista española, que mensualmente sale desde el *solar de la tía Pacheca* y se pasea gentilmente por los caminos de la América hispana, el archipiélago de Filipinas, el Brasil y en la propia Europa, llevando, de un lado para el otro, todo el sentimiento, la ternura, el recuerdo gráfico e informativo y el numen creador de los grandes artífices de la pluma, que en sus elucubraciones piensan la idea y saben plasmarla en realidad.

Indudablemente, MVNDO HISPÁNICO ha venido a llenar una realidad espiritual para cuantos vivimos en la lejanía de la patria y no nos resignamos a olvidarla, ni en el recuerdo ni perdiendo la memoria de cuanto es patrimonio de España y de sus hijos; pero es una lástima que se prolongue tanto la demora en recibirse las revistas españolas.

Esta queja que les traslado, aun siendo de carácter individual, la deben de tomar en consideración y que puede o es producida por varios suscriptores que también me han hecho igual advertencia.

Hace tiempo me dirigí a la Dirección de Correos, Madrid (España), exponiendo mis quejas—fundadas—diciendo que causaba extrañeza que la correspondencia que venía franqueada por correo ordinario, así como paquetes, demoraba en recibirse dos y tres meses, atreviéndome a decir que, antiguamente—hace cuarenta años—, cuando la correspondencia de España a Cuba se efectuaba por los llamados «correos españoles» la demora nunca era mayor al tiempo empleado en la travesía (diez o doce días) y cronométricamente la carta que el familiar había depositado en el buzón de correos—Santander, Bilbao, Gijón—el día 18, la recibíamos el 2 ó el 3 del próximo mes.

No tome a mal estas sugerencias que son producidas por el cariño a mi tierra.

MIGUEL CASTILLO
(República, 451)

La Habana, diciembre 15 de 1950.

Señor Director de MVNDO HISPÁNICO.

Muy señor mío:

He leído con el mayor interés el magnífico número de MVNDO HISPÁNICO dedicado a la bella región gallega. Soy un amante del Arte y no creo que haya un país que pueda, como España, sentirse orgullosa de haberlo producido en todas sus manifestaciones y en tan alto grado.

Como director facultativo de este gran sanatorio, modelo en su clase, me interesa cuanto acerca de Galicia se publique. No cabe duda que al incluir en el número a que hago referencia una amplia noticia del Centro Gallego, del que he tenido la satisfacción de ser cirujano por algún tiempo, y del que soy asociado, hacen justicia a tan importante Institución, una de las primeras de América en su género; honra de Cuba, de España y de Galicia; pero no debieran omitir a esta «Hijas de Galicia», que en lo espiritual es quizá lo más grande que Galicia tiene en Hispanoamérica, porque se fundó para dar asistencia sanitaria a la mujer y al niño, antes reservada sólo a los hombres. Esta gran Institución, con más de treinta y cinco mil asociadas, se enorgullece de haberle puesto a su sanatorio modelo el nombre de Concepción Arenal, nacida en El Ferrol y, sin disputa, la mujer más grande de fines del pasado siglo.

Por si fuese posible, en alguna oportunidad, dejar constancia de estas manifestaciones sinceras y justas, me he permitido ocupar su atención, ofreciéndome de usted con la mayor consideración, atto. s. s.

Dr. JOSE ANTONIO CLARK
Director del Sanatorio Concepción
Arenal de Hijas de Galicia

En cien páginas no podía entrar toda Galicia ni todo lo gallego. Hubo omisiones involuntarias, naturalmente, y limitaciones forzadas. A las primeras corresponde la ausencia en nuestro aludido número de noticias sobre esa institución. De las ciudades—usted lo ha visto—entraron siete. ¿Cuántas quedaron fuera? ¿Cuántas cosas, obras, organizaciones gallegas en Galicia o en Méjico, en La Habana o en Chile habrán quedado fuera? Discúlpenos. Hay algo que no nos ha fallado: la buena voluntad.

San Juan, 22 de diciembre de 1950.

Señor Director de MVNDO HISPÁNICO:

Deseo felicitarle por su magnífica revista MVNDO HISPÁNICO. Aquí, en Puerto Rico, nos gusta mucho y desearíamos que nos dedicara un número a nuestra querida islita. Por cierto, que, en su segundo concurso literario, han tomado parte destacadas figuras puertorriqueñas, que esperamos tengan éxito.

Sin otro particular, quedo de usted s. s. y amigo,

M. GARCIA Y RIBERA

En nuestro plan para este año, a Puerto Rico le corresponde el número de diciembre. En efecto, algunos puertorriqueños—y puertorriqueñas—han asistido al segundo concurso de reportajes. Y no olvidamos que el primero lo ganaron dos puertorriqueños.

ESTAFETA

Desean correspondencia:

Don Antonio Feu Concepción, licenciado en Derecho, residente en Ayamonte (Huelva), calle de Cristóbal Colón, núm. 43, con jóvenes hispanoamericanos de uno y otro sexo.

Don Alberto Cubillo Escallón, calle 65, 14-32, Bogotá (Colombia), con muchachas de habla castellana, especialmente españolas.

Don Jaime Martínez, calle del Príncipe, 46, Vigo (España), con jóvenes españolas, hispanoamericanas y filipinas.

Don Adolfo Garro Feu, estudiante, veintidos años, calle de Loreto, núm. 50, Barcelona, con jóvenes hispanoamericanas de dieciséis a dieciocho años.

Don Benito Marín Esteban, calle del Arzobispo, 14; don Francisco Sáez, calle de José Antonio, 166, y don César Melgosa, calle de José Antonio, 18, de Pradoluengo, Burgos (España), con jóvenes hispanoamericanas y filipinas.

Don Manuel Fernández Tomás, calle de Azcona, 32, Guindalera (Madrid), con jóvenes hispanoamericanas, especialmente argentinas.

La señorita María Jesús Eusa, Pamplona (España), con jóvenes hispanoamericanas universitarias.

Concurso de ideas

OCTAVO FALLO DEL "CONCURSO DE IDEAS" DE MVNDO HISPANICO

El octavo fallo del Concurso de Ideas de MVNDO HISPANICO corresponde a las cartas recibidas con fecha del mes de agosto último: cincuenta y una. Baja la cifra de mes en mes y corresponde—en su mayoría—a lectores de la península, más rezagados en enviar sus ideas para nuestro concurso. Cada vez es más difícil seleccionar cartas que muestren temas inéditos, y muchos de nuestros amables comunicantes podrán ver sus propuestas anticipadas por otros lectores más rápidos en responder a nuestro Concurso. De entre todas las cartas hemos seleccionado las tres que publicamos a continuación.

Don José Luis Martínez Plazas (Huerto de Alarcón, «La Arboleda», Murcia), propone: «Reproducir a todo color los trajes nacionales (femenino y masculino) de todos los países hispanoamericanos. Los trajes deberían ir acompañados de la descripción de todos sus atavíos, características, etc. En donde hubiera, además, trajes típicos en cada región, deberían ser reproducidos también.» Propone asimismo, que publique MVNDO HISPANICO la música, o letra y música, de las obras consideradas como más acertados exponentes del acervo nacional de cada país y un índice relativo, y selectivo, de la producción teatral, literaria y cinematográfica de todo el mundo hispánico. Por último, añade el señor Martínez Plazas, la divulgación de los adelantos, inventos, etc., en todas las ramas del saber humano, realizados por los hombres de habla española.

Don José Milián Loscos, Cardona Vives, 11, 1.º Castellón de la Plana, dice: «Siempre he tenido la confusa impresión, de que quedan grandes zonas en América donde la población indígena no ha recibido la civilización. ¿No sería interesante el relato y la descripción gráfica y geográfica de esas zonas? Faltan trabajos vivos, palpitantes, en que se describa con detalle y precisión la vida de esos pueblos primitivos. Algo se hace, pero casi todo cinematográfico, convencional, literario. Estos relatos deberían hacerse, por el contrario, con abundante información y bien documentados... Relatos de descubrimientos actuales de tierras desconocidas de la América de hoy... El mundo del Amazonas del Orinoco... He aquí algo interesante, muy propio y digno de MVNDO HISPANICO.

Don Máximo San Juan, Calle de Menéndez Pelayo núm. 6, Valladolid, propone: «Una sección de estadística en la que, por medio de gráficos, se compruebe la situación, en todos los órdenes, de los países de habla española. Sería como el termómetro en que se reflejaran las «temperaturas» mensuales de los 23 países, y como la tabla de clasificación de los «campeones» de cada mes».

El premio mensual de agosto, con el que cerramos nuestro concurso de ideas, corresponde a don José Luis Martínez Plazas por la primera de sus ideas: reproducir los trajes típicos de cada país. Para conocimiento del vencedor copiamos la base cuarta del Concurso: «El premio mensual consistirá en un lote de libros por importe de 500 pesetas. El comunicante premiado podrá seleccionar estos volúmenes de los catálogos de las librerías españolas. MVNDO HISPANICO adquirirá los libros que se le indiquen, si no estuvieran agotados, y los remitirá a la dirección postal del interesado».

TABLONCILLO

Para este «Tabloncillo» hemos «cazado» las tan esperadas erratas, que esta vez han sido piezas de «caza mayor». Veamos la primera. En el número 34 de MVNDO HISPANICO correspondiente al mes de enero y en su página 55, se reproduce un anuncio de las publicaciones del Instituto de Cultura Hispánica en que, al hablar de la revista «Cuadernos Hispanoamericanos», se dice que es una «publicación mensual» (primer error), que se vende al precio de 16 pesetas ejemplar. Y a continuación se dice que la suscripción es «bimestral» por 96 pesetas (segundo y más garrafal error), pues mal se podrían cobrar 16 pesetas por ejemplar y 96 por una suscripción bimestral. La errata es, pues, por partida doble: la revista «Cuadernos Hispanoamericanos» no es mensual sino bimestral, o sea que se publica cada dos meses. Su precio es de 16 pesetas ejemplar suelto y la suscripción, por los seis números que se publican en el año, vale las citadas 96 pesetas. Creemos que, con lo dicho, queda desdicho o deshecho el galimatías.

* * *

Y vamos con la segunda. En el mismo número aparece un artículo dedicado a la conmemoración del 25 aniversario del vuelo del «Plus Ultra», de España a Buenos Aires, firmado por «Manuel G. de Ale». Conste que no acostumbramos a dar las firmas de nuestros colaboradores en verso de cabo roto. De ser así, lo hubiéramos escrito con un guión en sustitución de la última sílaba y con acento en la última vocal. Así: «Alé-». Lo cierto es que la errata tipográfica cayó esta vez sobre la firma de nuestro colaborador don Manuel G. de Aledo, ya conocido de nuestros lectores por haber aparecido otros trabajos suyos en MVNDO HISPANICO.

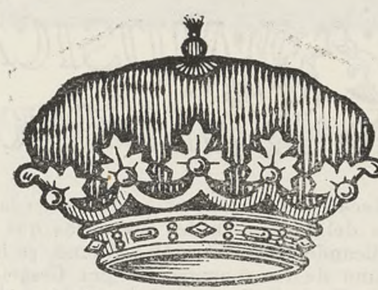
* * *

Alguien nos ha señalado que faltan «cosas» en el número de diciembre, dedicado a la evocación de los cincuenta años del siglo XX. Estamos de acuerdo. En nuestra propia Redacción quedaron fotografías curiosas por falta de espacio para incluirlas. Son demasiado los temas que proporcionan cincuenta años, sobre todo si en ellos se ha de ir desde el tranvía de mulas a la bomba atómica. ¡Qué le vamos a hacer!

* * *

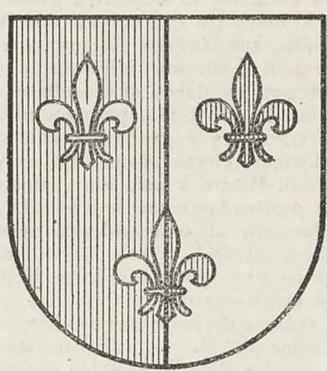
El número próximo, correspondiente al mes de marzo de MVNDO HISPÁNICO, estará consagrado en su totalidad al sugestivo tema: «Madrid, 1951». Tanto la parte gráfica como la literaria ofrecerán aspectos verdaderamente sorprendentes y desconocidos de este Madrid, que cada día es más gran ciudad europea y universal.

Heráldica Hispanoamericana



Tomás Laguna y García-Ferrando. Valencia.

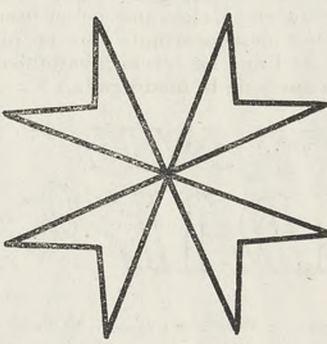
Tan deficiente resulta la descripción que hace del escudo cuya atribución desea, que sin algún diseño del mismo no podrá intentarse. Desde luego, cabe aclararle a usted ya que esa «corona de duque con Grandeza»—como usted escribe—, puede corresponder a cualquier otro grado de la nobleza titulada—de marqués, conde, vizconde y aun barón—, poseedora de tal dignidad de Grande, que iguala a cuantos Títulos cuenten con ella. Decir «Duque con Grandeza», es redundancia, ya que todos nuestros Duques son Grandes de España. La corona que corresponde a los Grandes queda diseñada en el gráfico que acompaña a esta misma nota.



Jorge Sánchez de Ortiz. Barcelona.—Un escudo, la mitad encarnada y la otra mitad de plata, con 3 flores de lis, una de plata, encarnada la del otro lado, y de plata y encarnada la tercera, ¿a qué apellido corresponderá?

Esa heráldica, muy conocida, corresponde a los Ramírez de Arellano: Escudo de gules, partido de plata, y tres lises del uno al otro. Algunos del apellido traen escudo de plata partido de gules, y las citadas flores del color del campo opuesto.

Armas primitivas del linaje, cuya casa solar—Palacio de Armería—se hallaba en la villa de Arellano, eran simplemente, escudo de plata, partido de gules. Así aparecen en probanzas de ingreso en la Orden de Malta de los hermanos D. Beremundo y D. Cayetano Ramírez de Arellano, del año de 1793. (A. H. N. Sec. de OO. MM. San Juan.—Exp. núm. 25.281, s. f.).



C. Cabo.—Vigo.—Desearía saber qué expresa la cruz de ocho puntas, que ostentan los caballeros de Malta y los de San Lázaro.

Las citadas ocho puntas de la cruz BLANCA, que lucen en sus hábitos y estandartes los caballeros de la Inclita y Soberana Orden Militar de San Juan de Jerusalén o de Malta, significan las ocho Bienaventuranzas. (No hay identidad, ni en su historia, ni en sus símbolos, entre la expresada cruz y esa otra—de sinople—a que se refiere, que desde un punto de vista nobiliario carece hoy de todo interés y vigencia).

Manuel G. del Río. Madrid. Desearía saber qué armas usó el santiaguista don Manuel de la Torre y Ortiz, que lo fué en el último tercio del siglo XVII.

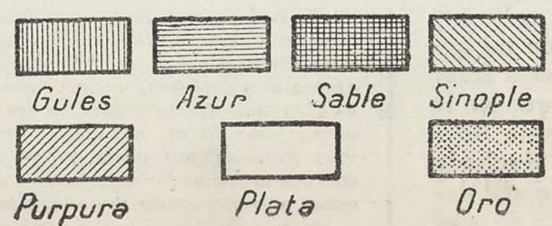
Puede usted consultar el manuscrito núm. 11.648 de la Biblioteca Nacional, en el cual figura una certificación de blasones, dada en Madrid el 27 de julio de 1697, por el rey de armas Don Antonio Gómez de Arévalo, también del hábito de Santiago, a favor de su hermano de Orden don Manuel de la Torre y de don Miguel de la Torre.

Luis Antonio de Salac. La Habana.—Quisiera saber si el caballero de Calatrava, o de Alcántara, don Miguel de Cárdenas y Chaves, que era oficial de Caballería, tuvo algún mando especial en esta isla.

Aunque su pregunta sea por completo ajena a lo heráldico—exclusivamente relacionado con el Blasón—puede manifestársele que el caballero a que usted se refiere, del hábito de Alcántara desde 1836, siendo Teniente de Infantería—no de Caballería—, Su Majestad el Rey Don Fernando VII le confirió «grado de Coronel en las milicias de Caballería de dicha plaza (de la Habana) sin goce de sueldo», en atención a las circunstancias que en él concurrían, «y por el donativo que hacéis de siete mil pesos fuertes» (Alcalá de Henares, 11-VIII-1826) (A. H. N. Sec. de 00. MM. Alcántara. Exp. núm. 154, moderno, Inst. 5).

J. R. F. R.—Madrid.—Me interesa algún texto en donde poder enterarme de las reglas seguidas antiguamente en España para el uso de armas heráldicas, cuando éstas iban unidas a un Título o un Mayorazgo.

Su curiosidad no cabe halagarla con mera lectura de un par de líneas, sindo tan interesante el tema que la motiva. Por ello, se renuncia aquí al intento de una explicación brevísima, que fuera incompleta, cuando, además, tampoco es posible citarle obras fidedignas, que creemos inexistentes, concretamente ceñidas al asunto. Sin embargo, puede leer «Declaración hecha por el Chronista Mayor de Castilla y de las Indias D. Luis de Salazar (y Castro), sobre compatibilidad y unión de Mayorazgos, Armas y Apellidos en estos Reynos de España». En dicho impreso—de 1728—se traen por su ilustre autor doctrina y ejemplos pertinentes. Puede asimismo leer la obrita «Disertación crítico-legal sobre la condición de nombre y armas», publicada en Palma de Mallorca en 1780, por el abogado don Buenaventura Serra y Ferragut.



Como aclaración para nuestros lectores de la simbología heráldica damos en el grabado de la izquierda la interpretación de los esmaltes y colores de las armerías, aceptadas en todos los estudios nobiliarios y heráldicos.

DE LA ANÉCDOTA A LA HISTORIA

Tertulia de "M.H."

Por ANTONIO MANUEL CAMPOY



Hace unos meses, el periódico oral que tira Ernesto Giménez Caballero en el madrileño café Levante dedicó su velada a Rubén Darío, sin que hubiera un aniversario redondo para ello, pero que era muy deseado por Rosita Turcios Darío de Vaquero, sobrina del poeta y esposa del pintor Joaquín Vaquero. Pues bien, en este homenaje hablaron muchos contemporáneos del padre Rubén, entre ellos Ruiz Contreras —ese «desmemoriado» traductor que se disfraza de Anatole France. Y Ruiz Contreras, que no tiene pelos en la cabeza ni en la lengua, evocó a un Rubén, que trajo a la memoria de todos los versos que Ronsard dedicó a Rabelais:

Taut fût-il matin, qu'il n'eût bu
Et jamais au soir la nuit noire
Taut fût tard, ne l'a vu sans boire...

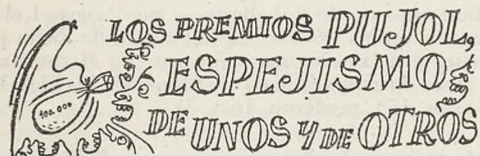
Y no fué sólo Ruiz Contreras el que nos presentó a un Rubén de esta guisa, sino que Alberto Insúa—en estado propicio al verso de Ronsard—también sacó a relucir sus peripatéticas andanzas, llenas de luna, en compañía del divino. Menos mal que hubo otros capaces de recordarnos a un Rubén de otro estilo, en el que la anécdota sucumbía pobremente ante la categoría del poeta, y en el que la enanez del enamorado de la noche madrileña resultaba algo fuera de lugar ante el sol que el coloso llevaba en su frente.



Hace unas noches, comentando en la tertulia del Lion d'Or las memorias que está publicando César González Ruano, se habló de uno de los memoriados por César: don Mario Roso de Luna, aquel ateneísta teósofo y sorprendente, cuya gran ansiedad—aparte la que le proporcionaba la espera del nirvana—era escuchar la auténtica música pitagórica. Y bien: Un día en que don Mario cumplía años, sus jóvenes amigos, entre los que figuraban Ledesma Miranda y Juan José Mantecón, regalaron al teósofo un rollo para la pianola que tenía, pero un rollo sobre cuya cera virgen grabaron, calcándolo con mil fatigas, cierto planisferio muy del gusto de don Mario. Y así, con varias constelaciones punteadas como una sonata cualquiera, llevaron al sorprendente ateneísta aquel milagro astral, y don Mario, con lágrimas en los ojos, puso el rollo en la pianola y tuvo la alegría de oír todas las noches «la gran música de los espacios siderales, la divina música pitagórica...» (Bueno, don Mario tuvo aquella alegría, pero los vecinos del pitagórico noctámbulo, menos noctámbulos y bastante menos pitagóricos que él, pusieron el grito en el cielo por aquel atentado melopeico y desconcertante que la pianola de Roso de Luna les servía invariablemente de dos a cinco de la madrugada.)




El Premio Nadal goza en España de parecida fama a la que pueda gozar en Francia el Goncourt. El Nadal se falla todo los años en la Noche de Reyes, y sin que sea un tango navideño, ni muchísimo menos, tiene el sabor tierno de las cosas que nos trae la Pascua. Y como está resultando que el Nadal es el gran imán de las plumas femeninas, nuestra ternura por él cada año va en aumento. Uno—creo que el 45—correspondió a Carmen Laforet por su novela «Nada»; otro este 51, ha caído en suerte a Elena Quiroga, una escritora guapa que es hija de un marqués y esposa de un erudito. Además, Elena Quiroga es una mujer rubia y joven que hace poco publicó una novela con título que sabe a San Juan de la Cruz—«La soledad sonora»—. Pues bien, este año la obra premiada—se titula «Viento del Norte»—es también otra novela de las broncas, según declara su autora. Todo sucede en un pazo gallego, donde el ambiente, el paisaje y el clima influyen broncamente en los personajes, que, claro está, no son nada optimistas, sino «como la vida misma», pues ésta, para Elena Quiroga—como para el sembrador de «Santuario»—es bronca. Así es que contamos con una novela bronca más, con una escritora joven y guapa más y con un Premio Nadal menos... (Y no se nos olvide caer en lo de este «nervio»—nada de «tesis»—ventoso que de un tiempo a esta parte sacude la literatura femenina: Un día, allá en el Oriente, fué un viento dual el que movió la veleta del Nóbel; después fué otro viento memorable que se llevó no sé cuantas cosas allá en los estados bucólicos del Sur, y ahora es otro viento, del Norte, el que sopla desde la verde y húmeda Galicia, la de los pazos tiernos y broncos de doña Emilia y de don Ramón, el que hoy airea en el Nadal su nervio femenino y bronco). Por cierto: ¿qué significa eso de «bronco»?



Entre los nombres que las tertulias de Madrid barajan en torno a las trescientas mil pesetas que don Agustín Pujol dedica a premiar tres obras teatrales, ya están los de Cayetano Luca de Tena, Julia Maura, Joaquín Calvo Sotelo y Leocadio Machado. Y añaden que también «están» José Antonio Medrano y José Suárez Carreño. Pero dice Leocadio Machado que cien mil pesetas serán para él ciertamente. «¿No soy yo, pues, el autor teatral de mi generación?» (Y conste que esta frase no es original suya, sino que se la solemnizó una noche Antonio Buero Vallejo, después de que Machado le hubo leído su comedia de «El demonio en la fábrica».)



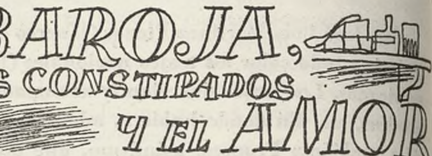
En una tertulia literaria madrileña, hablando un día de la obra teatral de Víctor Ruiz Iriarte—«El landó de seis caballos»—cierto joven dramaturgo dijo que seis caballos son poco para arrastrar el coche de Víctor, y añadió que hacían falta más caballos. (Unos opinaron que el joven dramaturgo parafraseaba un parlamento de «Don Mendo», pero otros pensaron que hacía un chistecito.)



Una vez, en los días dorados de la Cacharrería, Ledesma Miranda se encontraba paseando cerca de la cabina telefónica del Ateneo. Y sin proponérselo, oyó cierta conversación entre Adolfo Reyes y Gómez de Baquero. Total: Que algo se tramaba de un premio literario, de un seudónimo alemán que usaba Adolfo Reyes y de un lema, también alemán, que daría la pista. Y sin pensarlo mucho tiempo, Ledesma, que por entonces era un mozalbete decidido, se fué a la biblioteca, hizo cierto trabajito (creo que un cuento); le puso cierto lema en alemán y lo envió. A los pocos días Ledesma Miranda era premiado, Adolfo Reyes era muy sorprendido y Gómez de Baquero aconseja al mejicano que para otra vez, y siempre que utilizara lemas alemanes, especificara a los jurados qué decía su lema, pues no bastaba con hacerlo en lengua alemana, «ya que ésta puede ser conocida de varios». Y eso fué todo.



No, no se trata de explicar ahora un nuevo juego de naipes, sino que los madrileños, mirando las dos nuevas fuentes que le han colocado a la Puerta del Sol, dicen que son el dos de copas. Y el pintor Pedro Bueno, que tampoco es mudo, añade que esas fuentes son «como dos ceniceros». Otros, que no tienen tanta visión plástica de las fuentes, se contentan con decir que «son las dos gemelas del Ayuntamiento presentadas en sociedad». Por cierto, comentó un chusco, que la presentacioncita resultó bastante cara. (Esto no quiere decir nada; es el buen humor de los madrileños, simplemente.)

Don Pío Baroja, aunque parezca mentira, también tiene su alma en su armario y también ha definido el amor. Y éste, según el autor de «El laberinto de las sirenas», es «como los constipados: entra por la cabeza, llega al pecho y luego se sale por los poros, o sea, que se suda...» Es decir, que, desde ahora al clásico intercambio de dos fantasías y otras definiciones del amor habrá que agregar el barojiano catarro, sin más lirismos. ¡Y es de ver el miedo que don Pío tiene a los constipados!



Eugenio Montes tiene pendiente con la Academia su discurso de ingreso. Mejor dicho, el que lo tiene pendiente es Eugenio d'Ors con la contestación que aun no ha escrito. ¿Y por qué?, se preguntan todos... «Estoy esperando, dice, casi silbando, el maestro, a que Montes esté dos horas seguidas en Madrid».



Sí, señores, y no va de broma: Hipócrates y Apeles se han reunido a finales del pasado año en Elche. ¿Cómo? Así: porque los médicos-pintores de España quisieron celebrar una exposición y la celebraron. Y según dicen los que la vieron, hubo médico allí que dejó sin valor el chistecito que les resucitaron («Médicos entre los pintores y pintores entre los médicos»). A la cabeza de los expositores estaba el Dr. Jiménez Díaz, y de ellos dijo Marañón que «lo que empuja a los médicos hacia los remansos del Arte es la necesidad de lo permanente», y añadió que a tal exposición había de entrarse «con espíritu de trascendencia sobre la simple curiosidad y sobre el puro amor a lo que es bello». No, no es ninguna tontería pensar que aquello del misterio de Elche está ya aclarado. Cosas como esta no se ven en cualquier ciudad, y mientras las demás envidiaron la originalidad de la alicantina, la Dama ibérica y misteriosa dedicaba su mejor sonrisa al médico y al pintor que un bello azar reunía.



Madrid anda en estos meses con cierta trifulca en torno al academicismo o pseudoacademicismo y el surrealismo, lo abstracto, el suprarrealismo y otros ismos pictóricos. El excelente dibujante Lara, autor de muchas ilustraciones aparecidas en esta revista, llega a la Redacción de MVNDO HISPANICO. Charla con los redactores y, al final, pregunta:

—¿No hay algún trabajo para mí?

—No. Esta vez queremos salir sin surrealismos—le replica, medio en broma nuestro Director.

—Es que yo también sé pintar cosas feas...—argumenta Lara.



Junto al «veni, vidi, vinci» de Julio César y a los conocidos ejemplos de la concisión espartana, no desmerece la donosa respuesta que dió el gentilhombre don Luis Zapata de Chaves a un hidalgo. Este le había comunicado: «Escríbame, don Luis, llamándome, que con solas dos letras suyas, yo iré luego». La contestación de don Luis, escrita en todo el pliego de una carta, fué la siguiente: «Ea».



El joven pintor Rodríguez Palacios, en unas declaraciones hechas al crítico Manuel Sánchez Camargo, dice, refiriéndose a los Salones de Otoño, que «no está bien que en estas exposiciones figuren firmas conocidas con tres o cuatro cuadros, con el cartel de «fuera de Concurso», mientras que a otros pintores que están empezando, con categorías de algo más que promesas, se les ponga el veto (¡oh trascendencia de la ONU!) para no recibirles ni un solo cuadro «por falta de espacio». «Esto, termina diciendo Rodríguez Palacios, mirándolo, no ya desde el punto de vista sentimental, sino renovador, creo que es frenar las aspiraciones de los nuevos valores.» Nosotros, en estas cosas, no hacemos más que captar la onda, o hacernos eco, como gusten.



En la última velada poética del madrileño café Varela los poetas de la Medianoche hicieron un cálido homenaje a César González Ruano. Y el escritor Lizón leyó las cuartillas de César. Pero en vez de pedir unas gafas, como hacen muchos en estas ocasiones, Lizón pidió una capa. Y bajo una capa Lizón leyó las cuartillas de César, no sin antes dedicarle un párrafo de lírica amistosidad en el que lo llamó Luis Candelas y dos o tres cosas por el estilo.

LA CIUDAD SIN HORIZONTES N.Y.

1.er PREMIO DEL II CONCURSO DE REPORTAJES "MVNDO HISPANICO"

Por PABLO GARRIDO

(FOTOGRAFIAS DE PEDRO D'ANDURAIN)

CUANDO el hispanoamericano pisa por vez primera tierra estadounidense, le invade un desconcierto supremo. No es cuestión idiomática —que aún esto ya lanza al experto en lengua de Shakespeare fuera de quicio— ni lo es por la infinita gama de la pigmentación de sus habitantes. No son las mil ocurrencias que la mecánica y la tecnología surten en aras del «safety first» (seguridad ante todo) o del apremio que exige la vida «moderna».

Cuando New York se abre ante los ojos atónitos, como abanico con lacas de funambulescos ensueños, ya pareciera que todo «aquello» nos era familiar. En verdad, jamás ciudad alguna del mundo civilizado tuvo mayor publicidad y, ciertamente, hasta en los rincones más lejanos adolescentes taciturnos sueñan con la babilónica estructura del Empire State Building, rascacielo de 102 pisos, con capacidad para 80.000 personas. Nosotros, los que ya formamos la generación recién desplazada, soñábamos con la Torre Eifel, pieza mecánica de extraña mística montparnassiana, a la que Vicente Huidobro llamara un día «guitarra del cielo».

Caminamos por las simétricas calles —no las hay mejor trazadas en otras grandes urbes— admirando un orden que nos violenta frente a nuestra conducta demasiado imprecisa en lo que a reglamentos y disposiciones de tránsito público se refiere. Los automóviles parecen amordazados, puesto que sus bocinas si llegan a escucharse, es sólo cuando acontece un retraso inesperado o inexplicable en la sincronía del movimiento integral del tráfico de peatones o vehículos motorizados. Aún en las arterias de aglutinación humana, como Broadway, la Calle 42 y Times Square, las masas compactas se mueven con una regularidad desesperante, no estando ajeno a ello el permanente cordón de policía con su voz parca de «siga caminando» que amedrenta al curioso embobado en alguna vitrina y lo saca de su letargo momentáneo. Y cuando llega la hora del «rush» (precipitación, que significa propiamente avalancha), cada tarde a las cinco, cuando cuatro millones de empleados terminan sus labores cotidianas, es siempre un horroroso espectáculo del que conviene apartarse, so pena de ser prácticamente arrasado por el aluvión humano totalmente desquiciado. Cuatro millones de hombres, mujeres, viejos y jóvenes, que arrancan desesperados hacia sus lejanos hogares, fuera del radio



EL EMPIRE STATE BUILDING, UN ORGULLO DE NEW YORK: EL EDIFICIO MÁS ALTO DEL MUNDO: 102 PISOS, 60 ASCENSORES Y CAPACIDAD PARA 80.000 PERSONAS. ALGO MÁS QUE UNA CIUDAD. FUÉ CONSTRUÍDO EN 1931.

de Manhattan, la isla que creció hacia las nubes sobre una base de apenas 311 millas cuadradas, comprendidos los distritos de Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond, que la rodean y alimentan. Entonces los «subways» (ferrocarriles subterráneos) y los «buses» (omnibus), compiten con el ahora único «el» ferrocarril elevado, que corre por la Tercera Avenida, y aunque parezca mentira, en una hora la ciudad entera recobra la extraña calma normal, normal decimos, en relación a su estructura ciclópea.

Pero, no es allí donde radica el desconcierto que oprime y deprime al hispanoamericano cuando llega a la capital del mundo. ¿Cómo definir esa angustia, ese desconsuelo sórdido? Evoca, uno, las campiñas doradas con sus campesinos llenos de alegría de vivir; hurga en el fondo de las metrópolis bullentes: Buenos Aires, Río de Janeiro, México, Bogotá. Pero, nada hay de común con esta ciudad de cemento y acero. Cierto es que aquí todo es de proporciones gigantescas, todo se hace en grande escala, todo «tiene» que ser lo mayor, lo más grande, lo único. Y ya aquí empezamos a comprender que estamos un tanto en derrota. Porque ¿no es verdad que a nosotros nos basta con lo mínimo, lo imprescindible, lo ligeramente pasable?

Por ejemplo, ¿qué empresa de espectáculos iría a crear, en nuestros países, un cinematógrafo colosal como Radio City, o una pista cerrada como el Madison Square Garden, donde se apretujan miles y miles de seres humanos? Lo más probable es que, con igual inversión levantáramos numerosas estructuras menores, o, posiblemente, varias de diversa índole. Cuando recorremos el Rockefeller Center, en el corazón de New York, y observamos sus catorce rascacielos apiñados en tres cuadras, entre la Avenida de las Américas y la Quinta Avenida, y vemos su pista de hielo y jardines al aire libre, todo trazado como por la varita de virtud de las hadas de nuestra niñez atormentada, es entonces cuando comprendemos la angustia de esta ciudad que quiere crecer y no tiene hacia donde, sino hacia el azur. Es entonces cuando comenzamos a entender, también, que el crecimiento vertical va a infligir la caducidad de la visión horizontal. Pero, y he aquí algo fatídico, el neoyorkino no mira hacia la cresta de sus rascacielos portentosos, y si lo hace es tal vez con la indiferencia del que sabe que cualquier construcción allí tiene que elevarse arriba de cuarenta pisos, y que después de éstos puede haber quinientos más. No le interesa escalar alguno de los centenares de rascacielos, sabe que en cuestión de segundos está arriba con ascensores que saltan de 15 en 20 pisos en cada parada. Pero, hay algo más.

El crecimiento vertical, no en hondura, sino en elevación, crea, por la copiosidad de las masas de acero y cemento, la negación del horizonte propiamente tal, con todo el para nosotros preciado campo de sugerencias, evocaciones y añoranzas. Nuestras costas, nuestros pueblos, nuestras campiñas, nuestras pampas o desiertos, todo, absolutamente todo nos invita a tender la mirada en el remanso del horizonte. Somos pueblos de grandes horizontes, donde la fantasía y el recuerdo —congeniados por milagro inadvertido— precisan de esa balsámica vagancia que es reposar el ojo en el infinito, que es como mirar dentro del alma. Y aquí, de seguro, un neoyorkino nos respondería que eso de «horizontes» no es ni práctico ni útil, que es un concepto romántico y anticuado que sólo se registra en los libros de poesía que ya nadie lee y que tampoco para nada sirven. Es cierto, hubo hombres así entre ellos: Poe, Whitman, Emerson, y tal vez los haya entre los extraños habitantes del Greenwich Village, donde se agrupan (como piños de ganado) los hombres que pintan, dibujan, hacen literatura, danzan y crean música «long haired» (de cabellos largos, que quiere decir exactamente música culta o «clásica», aunque lo sea atonal).

Pero si el consenso neoyorkino presume de huir de las grandes manifestaciones del espíritu, la ciudad está dotada, como ninguna otra en el mundo, de los mayores y mejores museos donde se pueden encontrar colecciones de valor artístico, científico y literario insoñado. Aparentemente, pues, hay un conflicto, entre las autoridades civiles y los filántropos que crean estos magníficos palacios del arte y de la cultura espiritual, y el morador de la metrópolis. Y si se hacen estadísticas, sin embargo, la afluencia de visitantes es realmente arrobadora. ¿Cómo explicarse esta actitud del hombre de la calle? No quiere, en verdad, crearse problemas estudiando el origen de la Cultura, y le basta, parece, con visitar de cuando en cuando aquellos museos, acudir a conciertos y conferencias y enterarse por la prensa y otras publicaciones sumariamente «de qué se trata». Por ello, Picasso puede ser tan familiar como Babe Ruth (el recientemente desaparecido jugador de base-ball), y Jascha Heifetz pasa a ser un hombre de todos los días, con la sola diferencia que Babe Ruth y los suyos son ídolos, y los otros son personajes que «conviene oír de vez en cuando». Es práctico, en esto, el neoyorkino, y quizás tenga sus razones. En todo caso, cuando le interesa saber sobre Modigliani o El Greco, puede entrar a un museo y: «allí está». Como algo ajeno, como algo exótico, quizás importante en su época, ya que merece venir a parar a un museo, pero nada más.

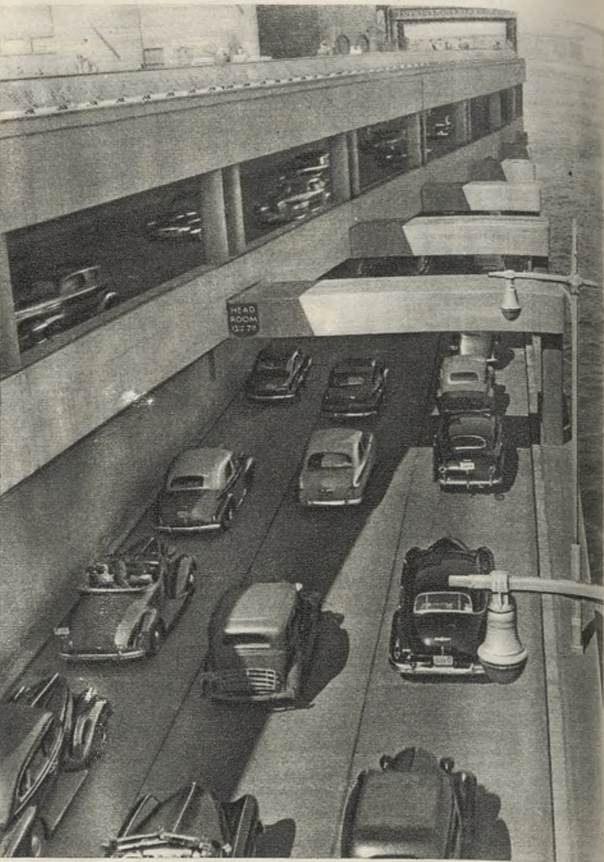
Y, cosa curiosa, no hay artista intelectual o científico que no anhele «pasar» por New York. Cuarenta exposiciones se abren en las Galerías de la Calle 57, cada semana; quince conciertos diarios se anuncian. Aquí es la «consagración», diríase. ¿Por qué? ¿Cómo explicarse esta paradoja? Pareciera que el solo paso por New York da categoría al intelectual y al artista, ya que todos, sin excepción añoran hacerlo. Y, ¡cuántas decepciones hemos visto, cuántos fracasos, uno tras otro, a diario, muchos al día! Conocemos pintores, escultores, escritores y artistas músicos creadores e intérpretes, que, tras ingentes sacrificios han venido a buscar la consagración a esta capital del mundo, y han tenido que marchar amargados malogrando sus espíritus al no encontrar siquiera «contacts» (contactos, vale decir personas de influencia que los patrocinen o den derroteros). Algunos han logrado hacer demostraciones de su talento, y hasta han obtenido notitas en los periódicos o diarios y revistas de «arte», pero, de nada les ha valido, porque el «manager» (empresario) que podría abrirles camino sólo busca «big names» (nombres grandes o consagrados), y el público no quiere sino lo que se le da respaldado por gran publicidad.

No obstante, hay «elites», como en toda gran ciudad, y es posible encontrar hombres jóvenes de real talento —nativos o foráneos— abriéndose paso difícilmente, pero con seguridad. Así, los grupos de pintores «non-objective» y «abstract» y los compositores que escriben en el llamado estilo «contemporáneo», tienen sus capillas, tienen sus pequeñas salas y su grupo de seguidores.

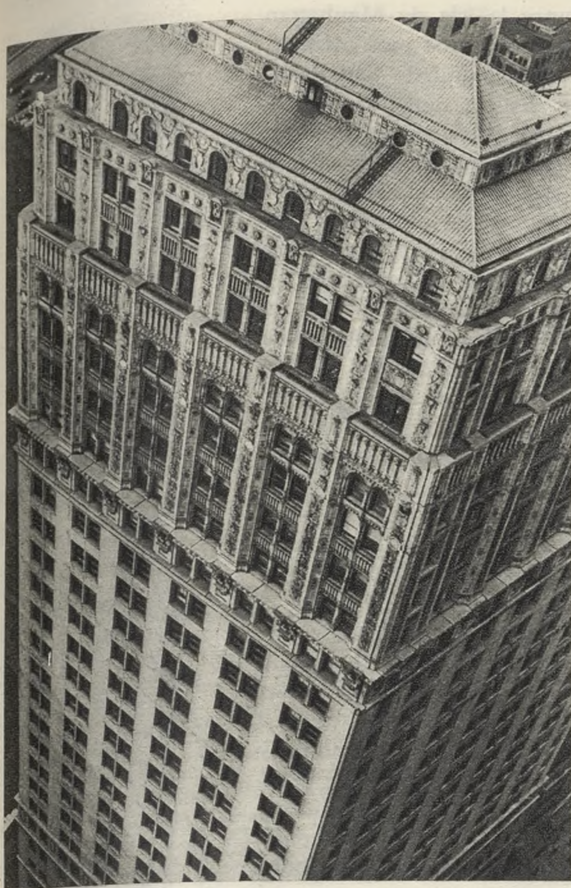
Y cuando el forastero quiere indagar sobre el vecino, sobre sus vicisitudes, encuentra otro abismo. Nadie sabe nada, nadie se entera de nada, ni se interesa por lo que ocurre en torno suyo. Vemos caras, pero no corazones —como dice el adagio—. En la playa, en Coney Island (ese febril campo de diversiones mecánicas), en el pulmón del Central Park (con su laguna y sus museos), en las plazas públicas, en todas partes, el hombre camina ensimismado, ajeno a la alegría contagiosa del niño que se desliza por el «tobogán» o en el trineo de nieve albísima, ajeno al harapiso que porta su media botella de «rze» (whiskey nativo) asomando por el bolsillo de su americana, o la pizpireta «flapper» que con su paso ondulante parece abanicar el follaje de Riverside Drive.

En una Exposición de Fotografía, las modelos posan sonrientes para las cien cámaras de los aficionados. En esas sonrisas, con astucia femenina encubren mil miserias hogareñas, hambres y desilusiones sufridas en el fallido anhelo de una «segunda parte» o «extra» del Hollywood monstruoso y sublime. A veces, en algún parque público, un viejo queda abstraído bajo el calor de un sol fugaz de invierno, y pensamos: «la vida». Eso es, allí está retratada la «vida», en ese desconocido que jamás volveremos a encontrar. Y él pensará —cuando nos ve enfocar nuestra cámara fotográfica— que es imposible que nosotros le estemos tomando un retrato a él, a él que lleva el peso de una existencia tortuosa, que es la caricatura de un ser humano, que ha sido pisoteado por el destino y que de buen grado huiría de aquel infierno que tanto amó. Duerme, quizás, en los muelles de la Catorce, o en las bancas de las Plazas (si los «cops» no lo invitan a caminar). La vida, la vida, parece decir con un rictus de amargura. Quizás tiene su morada en el Barrio Judío, en el Bowery o en el Bronx. Qué más da, todo es igual, incoloro, sin sentido —¡tal como su vida!

Otras veces nos remontamos a la terraza del RCA

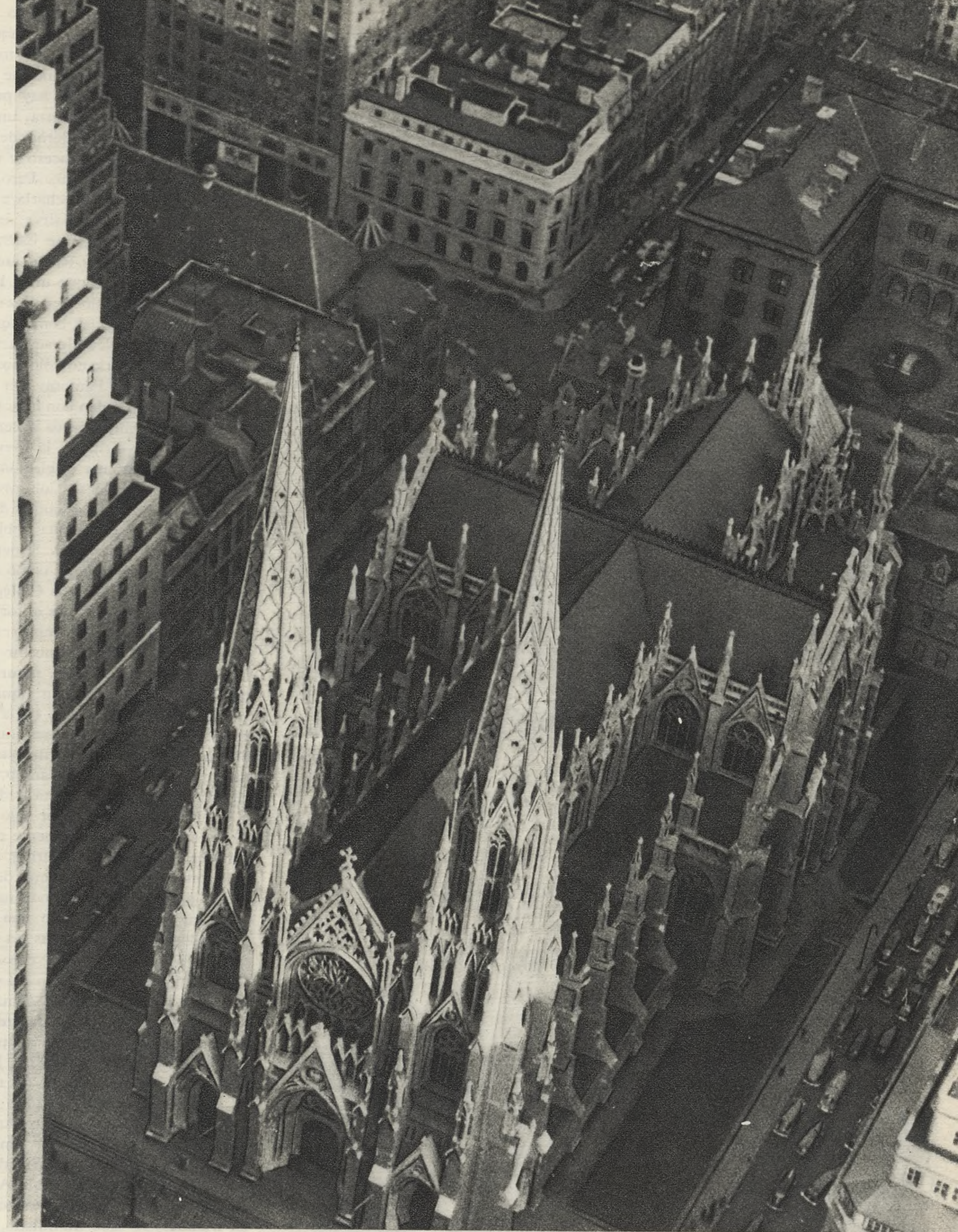


EAST RIVER DRIVE, PISTAS ARTIFICIALES, ORILLAS DEL RÍO.



VISTA DE UN RASCACIELOS DESDE «SOUTH FERRY»

EDIFICIO PARAMOUNT, DESDE LA TERCERA AVENIDA



CATEDRAL DE SAINT PATRICK, CATÓLICA, «TAPADA» POR LOS 14 RASCACIELOS DEL ROCKEFELLER CENTER.



IMPRESIONANTE PANORÁMICA DEL «HORIZONTE» DE N. Y., DESDE LA PLÁCIDA LAGUNA DEL CENTRAL PARK.



ARTISTAS DEL GREENWICH VILLAGE: AQUÍ, UN PINTOR EN PLENA CALLE.



CONEY ISLAND, EL PARQUE DE DIVERSIONES MÁS GRANDE DEL MUNDO.

Building, desde cuyo 70º piso dominamos la isla de Manhattan y, por fin, el «horizonte«. Y aquí abajo, a nuestros pies mismos, se empinan las agujas de las torres de la Catedral de San Patricio, remedo de la Catedral de Colonia. Es un remanso para el espíritu pensar que aquí hay paz, aquí hay convivencia humana, fe cristiana y una esperanza, una gran esperanza. El gótico de su fábrica, proyección moderna del siglo XIII, parece desafiar triunfante los monolitos de acero y cemento que ya la parapetaron en aras del progreso urbano. Pero, la tierra se hace chica en New York, y hay que aprovecharla a cualquier precio. Así, también, el East River Drive, que sirve de carretera exclusivamente para el tráfico de automóviles, se construyó artificialmente a lo largo de la ribera este del East River, área estrictamente residencial. ¿Y qué decir de los puentes que unen la isla de Manhattan con los diversos distritos? No sólo son piezas de ingeniería ingeniosa, sino tienen su belleza especial, como aquel Washington Bridge que conecta New York con New Jersey a través del río Hudson.

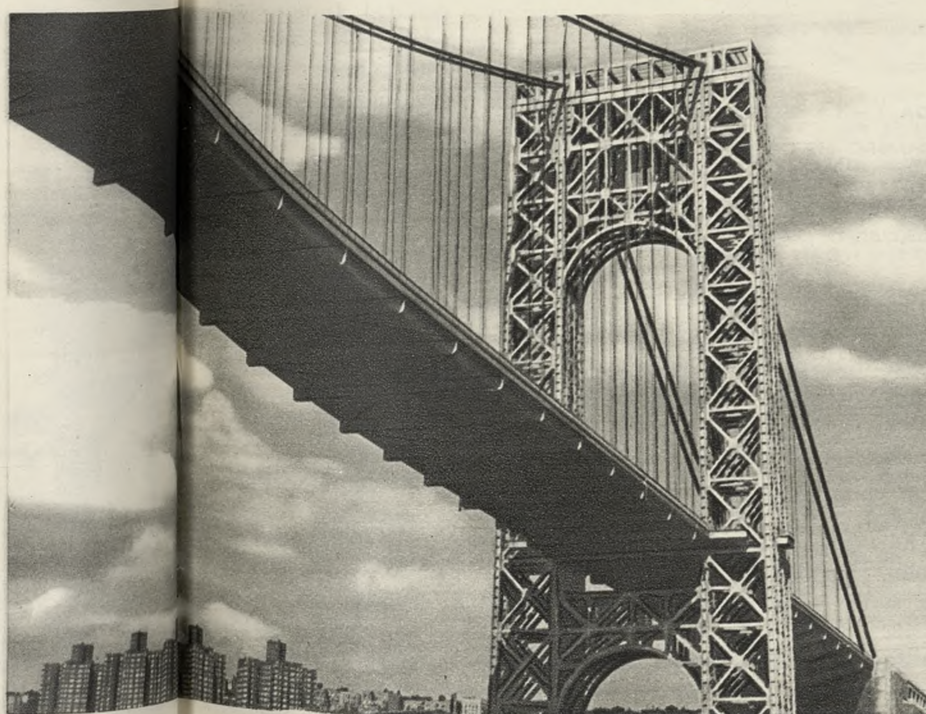
Pero, New York no sólo posee «records» en su grandeza material o urbanística. Famosas son sus universidades, que en número superior a 30 cumplen con la noble misión de darle las herramientas de la cultura humanística a centenares de miles de muchachos y niñas. Así, por ejemplo, la New York University en sus diversas escuelas registra una población universitaria de arriba de 65.000 individuos, y la célebre Columbia University cuenta con no menos de 50.000 alumnos. La ciudad de New York mantiene cerca de 800 escuelas públicas, con una población escolar superior al millón, y el Consejo de Educación Superior de New York supervisa instituciones tan prestigiosas como el City College, Brooklyn College, Hunter College y Queens College. Aquí puede notarse cuán honda es la preocupación de las autoridades educacionales, ya que todos y cada uno de esos establecimientos están dotados de cuanto material instrumental es dable concebir como útil para el mejor desarrollo de los mismos y en esto, naturalmente, no creemos que nadie les haya superado, igualado o siquiera acercado.

Y, entonces pensamos en la austeridad de material pedagógico de nuestros equipos educacionales, y comprendemos la enorme distancia que nos separa de este poderío sin límite tan admirablemente enfocado en este campo. Nada que el niño o el hombre de ciencia desee saber le está vedado, todo está como «a la mano». Y si el hindú quiere saber algo sobre su patria, allí en sus bibliotecas está todo, absolutamente todo clasificado. Y si el niño quiere conocer la vida de las cavernas, allí están los «dioramas», las reconstrucciones cabales con cuanto detalle es dable imaginar. Nada falta, y aún pareciera que de todo hay de sobra, que ya llegará un instante en que tendrá todo una aplicación práctica.

Todos los credos, todas las razas, caben en esta funambulesca ciudad, a su modo, pero caben. Hondas escisiones dividen a la ciudadanía, es cierto, pero así y todo, cada cual es útil a su manera, y a la manera de los demás. Por ejemplo, el judío —que hay discriminación cerrada y fuerte— se sabe humillado, pero de esa condición saca justamente su provecho. Así, no siendo su día de guarda el domingo, el Barrio Judío de New York es uno de los sitios más frecuentados y de mayor tráfico comercial justamente en los domingos, cuando todo el comercio «cristiano» está cerrado por descanso legal. El negro sufrirá humillación —que hay discriminación cerrada y fuerte, también—, pero sabe que, a la postre, sacará la mejor lonja divirtiendo al «blanco», ya con sus orquestas (¡ay! Duke Ellington, Louis Armstrong, Cab Calloway!), ya con sus «shows», ya con sus campeones en deportes y destrezas físicas. El irlandés, se sabe humillado, pero, a la postre supera sus complejos, porque viste el uniforme del policía, y el policía es «la ley», y con la ley nadie juega. El puertorriqueño —lanzado a las barriadas de Harlem y Bronx, destinadas a los negros— sufrirá vejámenes por hacer de New York la primera ciudad de Puerto Rico, pero está seguro que en un momento dado los 400.000 puertorriqueños de la capital del mundo serán objeto de la codicia del político en apuro. Nada ni nadie, en verdad, está de más en esta extraña ciudad, ni la nieve que obstruye caminos y calles, ni el calor endemoniado que hace sudar a la gente como en infernales baños turcos. La nieve exigirá contingentes especiales para limpiar las vías, y el calor dará inusitado movimiento a las «soda-fountains» o refresquerías que por millares de millares surgen en el área metropolitana.

Paradojal ciudad ésta, que al hispanoamericano agobia en su primer contacto, y que, a la larga, trata uno de asimilar en toda su grandeza y miseria. ¿Qué le falta para ser perfecta? ¿Qué no tiene que tengan nuestras metrópolis? Hay de todo, desde los vestidos más lujosos, exóticos y de buen gusto, a los irritantes «salcks» (pantalones de mujeres); desde las joyas más finas hasta los avalorios fabricados en serie, que se ponen de moda por una semana para ser suplantados a la siguiente por otros; desde las corbatas más ridículas en trazados pseudo-cubistas y de irritante contrastes de color, hasta las muy finas que podría lucir el más exigente «dandy» londinense; desde el «chile con carne» mexicano hasta el «chow-mein» chino; desde el turrón de Alicante hasta el «cheving-gum»; desde el receptor de Televisión hasta los telescopios ambulantes; desde el Father Divine (aquel redentor negro que tiene varios procesos encima) hasta el Cardenal Spellman; desde Einstein hasta Cantinflas. Todo cabe, todo; lo más irritante y lo más subli-

ESTA ES UNA ZONA INCONFUNDIBLE, POR LOS TIPOS HUMANOS, LOS NOMBRES DE LOS ANUNCIOS Y LAS ACTIVIDADES DE SUS HABITANTES: EL BARRIO JUDÍO DE N. Y.



EL FAMOSO PUENTE DE WÁSHINGTON, SOBRE EL RÍO HUDSON.



TIPICA MODELO DE N. Y., POSANDO PARA LOS FOTÓGRAFOS AFICIONADOS EN UNA EXPOSICIÓN.



EL HOMBRE: TIPO FINO, NOBLE, LAS MANOS LARGAS, LOS ZAPATOS GASTADOS, LA CAMISA RAÍDA. ES LA VIDA, EN LA CIUDAD FABULOSA QUE LE ENVUELVE. ¿RECUERDA EL LECTOR A AQUEL MENDIGO CON QUE ABRÍA UNA ESTUPENDA PELÍCULA DE ANATOLE LITVAK: «CIUDAD DE CONQUISTA»? A LA CONQUISTA DE LA CIUDAD, CON LA ESPERANZA DEL TRIUNFO MATERIAL, LLEGAN CADA DIA MILLARES DE HOMBRES, DICE EL MENDIGO, ESCÉPTICO, EN EL INTROITO QUE SIRVE DE TESIS. DESPUÉS, LA INMENSA CIUDAD IRÁ DEVORANDO A TODOS LOS PERSONAJES DE LA PELÍCULA, MENOS A UNO. PERO VOLVAMOS AL PRINCIPIO, CUANDO EL MENDIGO ESTÁ RECOSTADO EN LA BARANDILLA DE UN PUENTE DE NEW YORK. UN GUARDIA CONMINA DURAMENTE AL HOMBRE FRACASADO: «SIGA SU CAMINO». Y EL HOMBRE, FILOSÓFICAMENTE, REPLICA CON UNA SONRISA AMARGA: «¿Y CUÁL ES MI CAMINO, GUARDIA? ¿LO SABE USTED?» EN EL RICTUS DRAMÁTICO DE ESTE CIUDADANO DE NEW YORK—QUE NO ES EL DE LA PELÍCULA, SINO OTRO CUALQUIERA—SE PINTA TODA LA TRAGEDIA DE LA CIUDAD SIN HORIZONTE.

me, en aparente concomitancia y violenta congruencia.

Pero, siempre, algo falta, algo echamos de menos. ¿Qué es?

Extraña ciudad ésta, contraste violento con el resto de la nación norteamericana, especie de Hollywood sin romance ni feliz epílogo. Por un lado surcan la niebla los «gans» (grupos juveniles ligados por ociosidad delincuente) que asaltan barriadas enteras, y por otro el «Salvation Army» (Ejército de Salvación) predicando la bondad cristiana. Por una parte la Y.M.C.A. (Asociación Cristiana de Jóvenes), y por otra la Y.M.H.A. (Asociación Judía de Jóvenes), cada una buscando el camino de la verdad.

Pero, ¿es que hay una verdad?

Pero, ¿interesa «otra» verdad?

He aquí un planteamiento paradojal, pero legítimo.

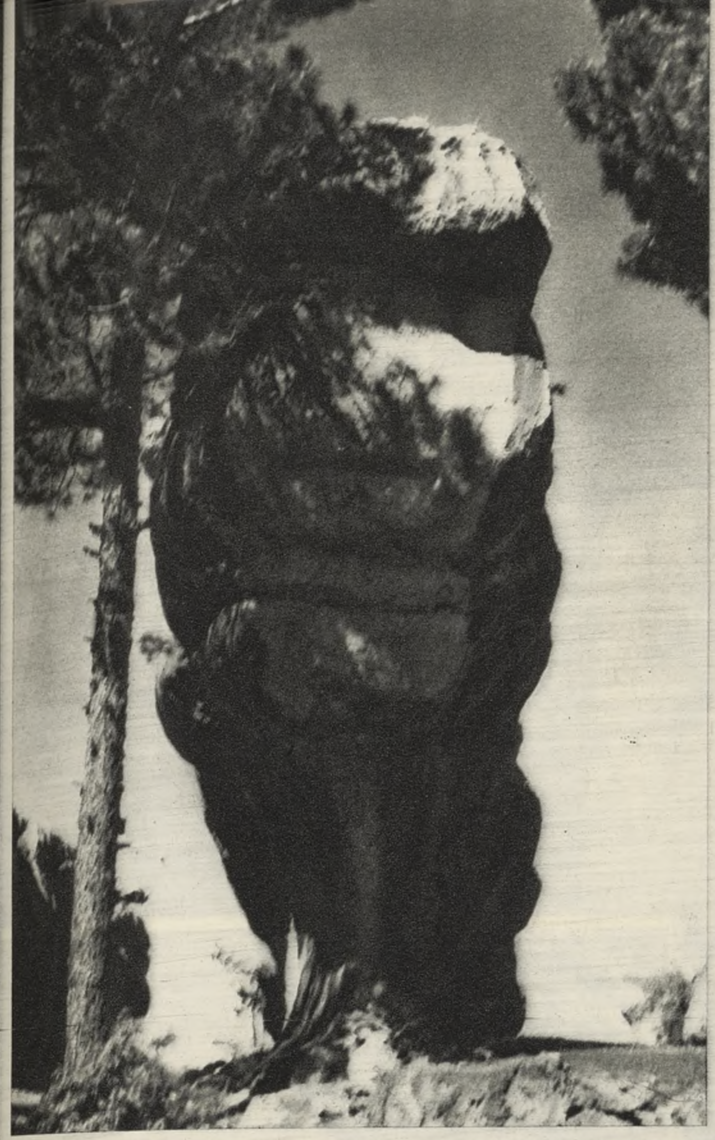
¿Cómo llegar a él? El desarrollo material de este pueblo ha sido tan inusitado y tan esplendente, que diríase asfixiado en su propia arrogancia. A veces, en medio del laberinto neoyorkino hemos pensado en los símbolos que se enarbolan en las franjas y estrellas de la bandera norteamericana, hemos entrevisto a los peregrinos del «Mayflower», hermanados con la magra estampa de Abraham Lincoln, caminando hacia esa colosal estatua de la Libertad anclada en la puerta de la ciudad mayor del mundo. Y hemos pensado en el vía crucis del pueblo norteamericano cobijando hombres de todos los pueblos, con anhelos y ensueños, haciendo un hogar nuevo de la tierra americana. ¿Se sumaron esos forasteros a los ideales sinceros y puros de aquellos símbolos? ¿No habrán arrollado los objetivos generosos, en la angustia biológica de revivir en tierra foránea?

Porque, y he aquí lo que tanto buscábamos, a esta ciudad de gigantes lo que le falta es cordialidad humana, amor y convivencia auténticos, eso de que los pueblos hispanoamericanos no alardean por desconocer que se pueda vivir sin aquella entrega total respecto del destino individual. Cuántas bendiciones nos trae, en nuestra pequeñez y pobreza, esa cordialidad humana, que aquí, si aflora, es de tarde en tarde y en el rincón secreto del hogar de aquellos que mucho han amado y mucho han vivido en santidad cristiana.

Uno abre las ventanas de su hotel, y por encima de las negruzcas humaredas de los hornos y la viscosidad de la atmósfera, surgen voces lejanas de pretéritos colonos holandeses, y como si entreviéramos un área desierta por allá lejos a comienzos del siglo XVII, y como si la silueta de silentes indios se hermanara con tostados europeos y morenos esclavos, todos en un consorcio de genuinas fantasías y mitos. Vemos a George Washington leyendo, un 9 de julio de 1776, la declaración de la Independencia, y despertamos ante esta tremenda realidad de una ciudad con propiedades por valor de 17.000 millones de dólares; y, tenemos fe, creemos en que así como se operó el milagro sobre la roca dura, habrá de operarse otra vez ahora sobre las estructuras de cemento y acero.

Nos reconciliamos entonces con esta ciudad afiebrada, y pensamos que la cordialidad humana necesita horizonte, mucho horizonte. Acaso, en estos tiempos modernos ¿no sería preciso revisar el concepto de horizonte? Nosotros tal vez estemos apegados a tradiciones mañosamente hermosas, pero ¿no será posible edificar un pueblo o una ciudad sobre algo más asidero que la tradición? New York es un reto a los convencionalismos y a las románticas concepciones del pasado. Su estatura no se apoya en tradiciones, porque en nada refleja tradición, a la manera que la tienen sus fundadores y moradores primitivos. Es posible, creemos, que sobre esta soberbia metrópolis se abra un nuevo tipo de horizonte: el de la cordialidad humana, y eso es lo que nosotros, hispanoamericanos, echamos de menos entre tanta cosa arrogante y bella y —sobre todo— práctica.

UNA CIUDAD ENCANTADA



Tiene algo de proa, de orgullosa proa, más aún, de león altivo que se incorpora, el frente de la gigante masa central de piedra que con otras dos de análoga apostura delimita las grandes avenidas de la misteriosa ciudad. Esta vacilación entre la forma viva y la pura pesantez, hace más expectante el profundo silencio, silencio que no altera el rumor hondo del pinar rompiendo mansamente al borde de la ciudad.

CUENCA, en España, prepara disimuladamente al viajero para la visita a la Ciudad Encantada. La brusca sorpresa sería demasiado... Por ello, lleguéis por un lado u otro, os recibirán pinos que abandonando la unanimidad del pinar se asoman, solitarios, a los abismos; que, despeñados, no acaban nunca de caer o que al fondo de pavorosas cuencas que por aquí llaman «torcas», se ahilan en desesperado intento de conquistar la luz.

Veréis en las piedras formas de iniciación, de adiestramiento, ya modeladas, junto al hervor primigenio de masas rocosas talladas, cuando más, rudamente, a grandes planos, por la helada. Y al llegar a la ciudad de Cuenca, la primera de las ciudades encantadas de esta región consignada a la magia, estaréis en condiciones de admirar las maravillas que os esperan, iniciados ya... Escribo «iniciados», a sabiendas de lo que quiero decir, porque nos hallamos, ciertamente, en lugares de encantamiento.

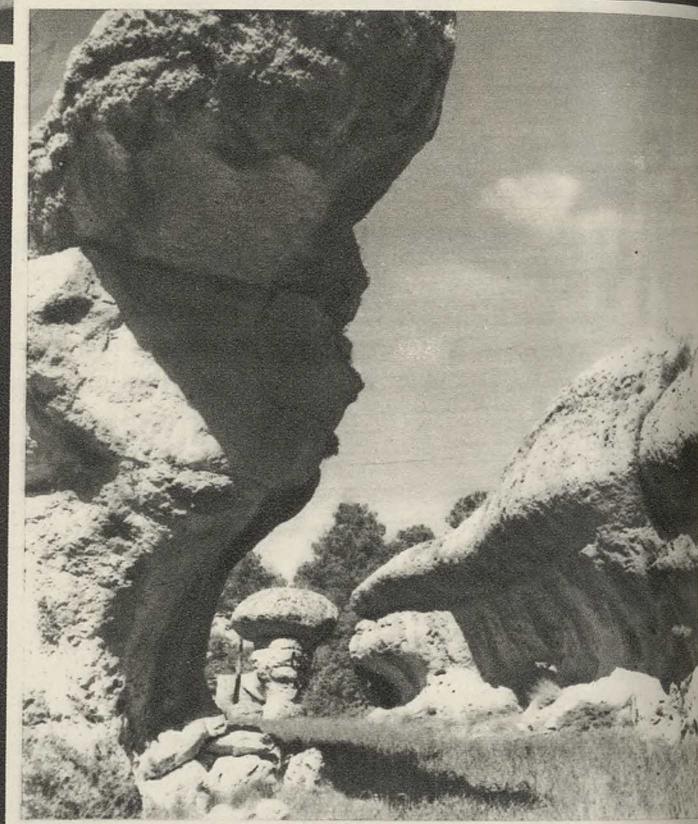
Para los más quizá baste el espectáculo único de la ciudad de Cuenca, en volandas de roca, sobre un piso o pedestal donde tallada está la teogonía más extraña que se conoce. Venced no obstante la sugestión de esta primera maravilla y a dieciocho kilómetros y sobre una cumbre de mil trescientos metros visitaréis la famosa Ciudad Encantada. No haced demasiado caso a los geólogos cuando os hablen de erosiones de aguas y vientos sobre un suelo cretáceo... Algo tienen que decir los pobres para justificarse. Yo, que como hijo de estas tierras estoy en el secreto, os aviso: La razón está más allá... Cuando hayáis visto me entenderéis del todo.

FEDERICO MUELAS
Cronista Oficial de Cuenca

«El Tormo Alto» ha pasado a ser la expresión en piedra viva de todo el mundo extraño que a su alrededor y en mil formas distintas desazona al visitante de la inmensa ciudad silenciosa. Erguido, casi en retadora actitud, en trance de vuelo, amarrado apenas por un pedúnculo que las aguas y los vientos hacen más delgado cada día, esta maravillosa cometa de piedra se aproxima lentísimamente —cada año unas décimas de milímetro— al límite fatal, inexorable, en el que, abatido, hundirá su gallarda proa en la tierra. El ánimo se sobrecoge pensando en la cifra, la fórmula en roca que la airosa mole representa. Acaso el instante de su derrumbamiento sea el señalado para que todo este misterio roquero, toda esta magia formulada de manera tan rotunda, destrence su arcano recatado durante milenios. Mi intuición de hijo de estas tierras me hace hablar así: Porque yo sé que en esa hora remota un temblor o calofrío recorrerá las vértebras de piedras articuladas de extravagante manera bajo la guarda silenciosa de «El Tormo Alto». ➡



Dintel, arco triunfal, balaustrada, pasadizo, dolmen... El hombre se pregunta la razón de la gigantesca presencia, alzada allí donde las gentes sitúan el arrabal de la ciudad. Quizá la respuesta esté en el gesto grácil del pino apoyado delicadamente en el rocoso antepecho o en el ademán sumiso y cabizbajo con que se disponen desde milenios a iniciar el desfile, los proboscidios en piedra alineados frente a la monstruosa arcada, que espera su paso.

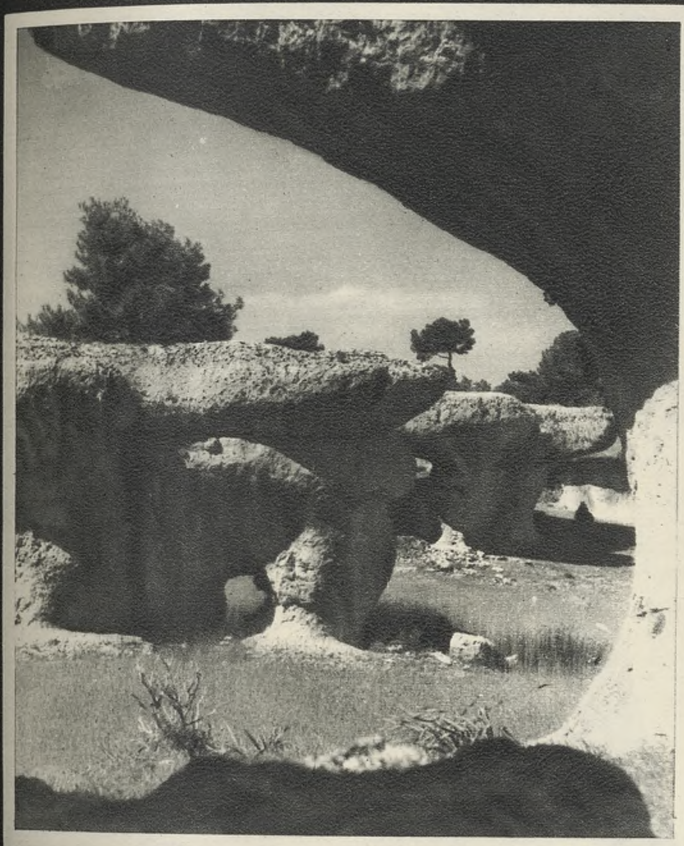


Indiferente a las horas y a las estaciones, este mundo parece sumido en el recuerdo de alguna época lejana o en espera de un acontecimiento inusitado. El hombre en el tremendo escenario pasa inadvertido, menos que la tímida lagartija o la sierpecilla fugaz. Las cabras audaces, las rapaces altivas, se petrifican en actitudes copiadas de las rocas. ¡Cima de soledad para el inútil rigor de soles inclementes o de lluvias tenaces! ¡Orgulloso conciliábulo de preñadas frentes en las noches claras bajo el curioso parpadeo de las estrellas!

¿A qué época prehistórica, de qué especie desaparecida este ser, gigantesco y humilde, separado aun más que por millones de años por brumas de fábula de la memoria? En otro lugar cualquiera, su presencia nos sorprendería. En la Ciudad Encantada nos parece perfectamente lógico por razones que sobre la razón están.

Muy de vez en vez, las piedras se congregan hasta tocar sus frentes, en un afán casi humano de intimidad. La hierba despliega entre ellas su alfombra más jugosa y hay, en la primavera tardía, hasta el milagro de unas margaritas venidas en comunidad. El viajero que llega hasta estas rinconadas, estas plazoletas levemente cordiales, piensa que acercándose a las piedras oirá dentro como un abejar sonoro, como un agua ciega... Pero las rocas de la Ciudad Silenciosa guardan celosamente su secreto, oculto hasta el final de los tiempos.

Pacen mansamente eternidad estos elefantes de piedra. Las aguas y los vientos modelan sus flancos, estilizan sus trompas. Y no faltan grajas insolentes que se aventuran sobre el lomo estimulándoles en vano, momentáneos cornacas. Frente a la rebeldía del *Tormo Alto*, engallado, campeador, la mansedumbre de estos elefantes de piedra, meditabundos, solemnes, casi oficiantes del gran rito de la portentosa ciudad encantada.



Centrando severo arco de rocas con majestad de aves de presa en reposo, un macizo pedestal. ¿Sería sobre este cerrado puño de piedra, en este ara salvaje, donde incineraran sus gentes, sus ásperas gentes indomables, el cuerpo de Viriato, vencido por la traición? A veces, sin saber por qué, el humo prolonga en el aire el ansia represada de estas gruesas columnas al arder, sin que nadie los prenda, tupidos fieltros de hierbas secas almacenados año tras año. Y a la memoria viene, sin querer, el recuerdo de las rudas exequias que en este lugar tributaron sus hombres al jefe muerto.







EL CID Y EL GENIO DE ESPAÑA

POR

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

Historia y angustia

¿Qué misterios del genio español dejaron huella más intensa, más angustiosa, en la conciencia nacional y popular reflejándose perennemente sobre nuestras letras y nuestro arte?

En los pueblos sucede como en nuestras individuales vidas: que las decisivas impresiones son las de la infancia.

Por eso los psicoanalistas de pueblos debemos ir a los *complejos fundacionales* para encontrar claves y soluciones.

Y en el genio de España yo he encontrado cuatro *traumas psíquicos* que determinarían su posterior Historia.

1) La angustia frente a la «invasión oriental» (simbolizada en el tema plurisecular de *Rodrigo* o la «pérdida de España». Tema que se reiteraría con otro—sucedáneo—y no menos angustioso: el de la judía *Raquel*, en Toledo).

2) La segunda angustia: aquella de la «invasión de Occidente o europea». (Que se inició con el tema de *Bernardo*—y tuvo sus variantes, desde el fervor por la Virgen del Pilar frente a franceses hasta la preocupación estratégica del cambio de anchura en nuestras vías de ferrocarril en relación con las europeas).

3) El tercer tema: fué y será siempre el de la «Reconquista y Unificación de España» frente a esas dobles puertas de invasión y de peligro (Oriente, Occidente) para España. Angustia que se simbolizó en el *CID* y llega hoy hasta Franco.

4) Tema y angustia es el tercero que va enlazado con otro también simbolizado por el *Cid:* el de la

EN LA PÁGINA ANTERIOR: COFRE DEL CID CAMPEADOR, EN LA CATEDRAL DE BURGOS

hostilidad secular entre Reyes y Caudillos en España. Hostilidad que ha puesto muchas veces en peligro la unidad y continuidad de la Historia española.

* * *

¿Qué método nos ha guiado para demostrar que un tema es «fundacional» y «determinante» del genio español»?

Justamente: la tradicionalidad. Su perduración a través de las Letras hispánicas.

Porque todos esos cuatro grandes temas tienen, ante todo, su «Romancero». Tienen, sobre todo, su versión «cronical» o histórica. Su «dramatización». Y su «prosificación legendaria». Y pronto tendrán su «cine»; cuando el «cine» en España termine por cumplir su deber.



Alfonso VIII, en la batalla terrible de Alarcos, se debió a otra judía, la *Raquel*. (El judío, genio oriental infiltrado en Occidente, tiende siempre a recuperar lo que cree un rapto del genio ario: Europa. Para devolverla a Asia o a Africa. Hoy se está repitiendo este tema, de nuevo en el mundo, con el bolchevismo.)

* * *

En el tema segundo, o de *Bernardo*, hay también un trauma angustioso que dejó profunda, indeleble, huella en la subconsciencia española. Hay también un «amor incestuoso» que trajo la invasión de Carlomagno, el occidental, el europeo, el «francés»: sobre España. (¡El bastardo Mudarra de la leyenda!). Por lo que *Bernardo* no vaciló en unirse al Oriente moro para derrotar en Roncesvalles al occidental invasor.

(El *Cid* repetiría esa hazaña cuando defendió a los moros de Zaragoza frente a «europeos» como el Conde de Barcelona y otros grandes señores catalanes y franceses, de Besalú, Ampurdán, Rosellón, Carcasona, Cerdeña y Urgel.)

* * *

Y en cuanto al gran tema central del *Cid*—o de la Unificación y Reconquista de España—todo él gira en torno a otra mujer fatal: la Infanta de Zamora, *Doña Urraca*, la que armando el brazo de Bellido Dolfos y matando al Rey Don Sancho detuvo la Unificación de España que Don Sancho, con el *Cid*, su Caudillo, hubiesen anticipado en siglos. Haciendo también que triunfante el Rey Alfonso VI, su hija *Teresa* desposase un francés que separó Portugal de Castilla «irremediablemente».

MUJER Y TRAUMA HISTORICO

El rasgo curioso—y de inquietante psicoanalismo—es que de esos cuatro traumas fundacionales de España llevan los tres primeros (el del temor a la invasión de Oriente, a la de Occidente y al del fracaso de la Unidad española), un signo como de pecado original, una Eva fatídica. Lo que Eva representó en la Biblia y Elena en la guerra de Troya. Así—en nuestros misterios nacionales—, hay también un *Fatum* de mujer. Reiterado.

* * *

La «Pérdida de España» por *Rodrigo* frente al «Oriente» se debió a su amor trágico y desastroso por *la Cava* (probablemente judía y no goda).

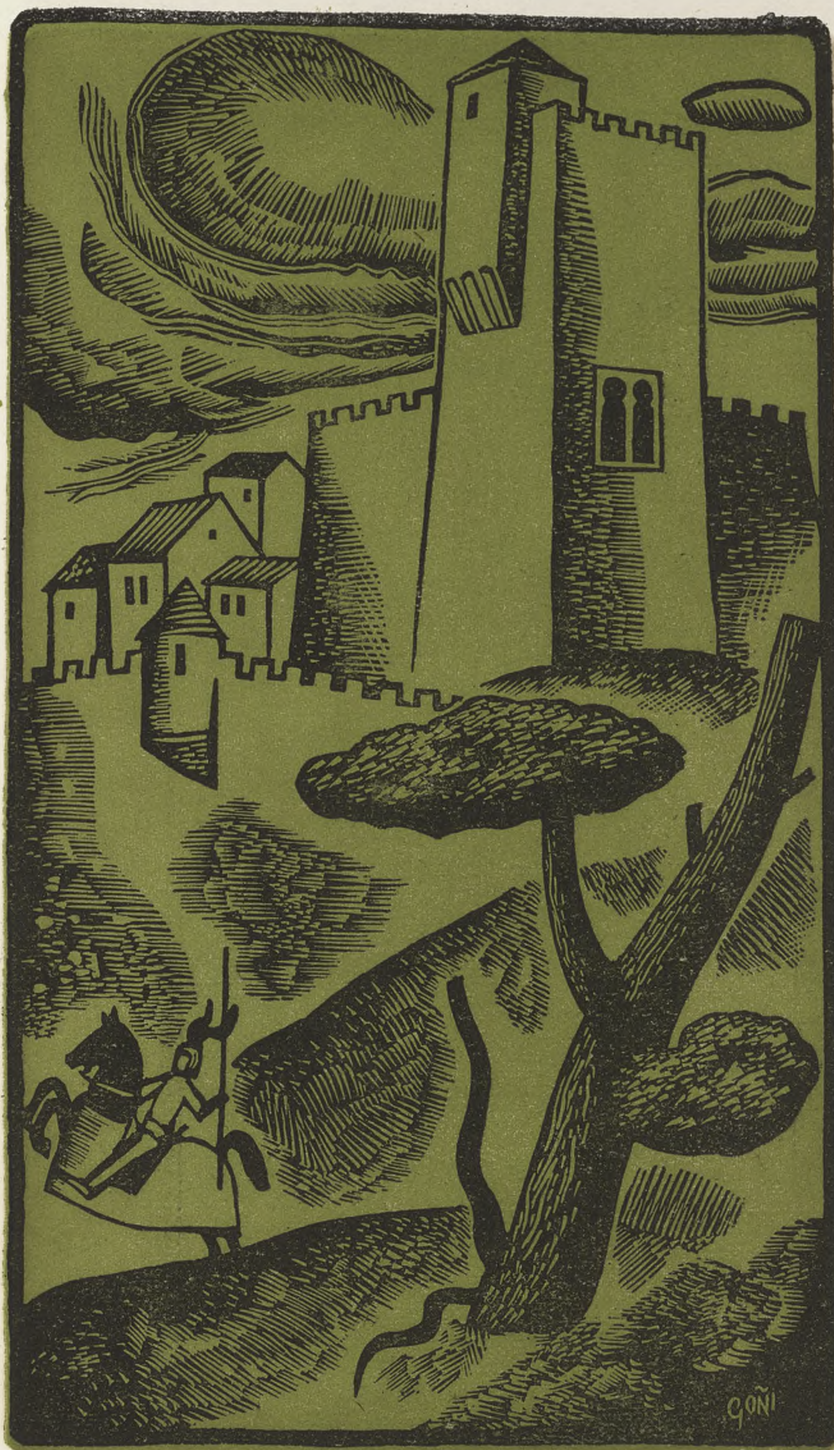
El volverse casi a perder España en el siglo XII con

La Cava, Raquel, Urraca, Teresa... Nombres de fatales amores para la Historia de España. Prescindiendo de los cuales nuestra Historia queda sin claves profundas de explicación.

* * *

El «Cerco de Zamora», que desvió por centenios la «Unificación y Reconquista de España» simbolizada en el *Cid*, quedó vivo en la subconsciencia nacional.

El «Cerco de Zamora», en el siglo XI, fué un trauma de tal angustia que, aun hoy, quedan coplas, romances y refranes en el pueblo. Vive. Y vive con tal fuerza que yo ahora mismo, al escribir uno de mis libros más dramáticos de español, «Amor a Portugal», sólo he podido comprender el «hecho portugués» gracias a aquella huella que dejara en nuestro subconsciente nacional el cerco de Zamora por el siglo XI; cuando aun no existía la delimitación portuguesa, pero ya pesaba sobre Portugal su genio céltico y atlántico frente al de Castilla. La rivalidad de aquella Zamora frente al Sancho y al *Cid*—simbolizada en *Urraca*—era ya la misma que luego, constituído Portugal, hizo asesinar a Inés de Castro, la Castellana.



Bellido Dolfos parece que fué gallego o portugués (El Hagen o Ganelon de nuestra Tragedia). Pero Zamora, que estaba en la linde de lo castellano, se defendió de ser traidora. Por lo cual, si Zamora hizo salir de sus muros al traidor Bellido, también supo defenderlos y dejarlos inmaculados con el heroísmo sublime de Arias Gonzalo y de sus hijos.

Lo cierto es que de Zamora es de donde arrancan las mocedades del *Cid*. Zamora es la gestación del *Cid* y su reconquista de España. Zamora—da con el *Cid*—el tema más genial de todas las Letras españolas. Un tema que tuvo inmediatamente «cantares de gesta» (el perdido de «Don Sancho», el de «Mío Cid»...). De esos «cantares épicos» saldría luego el *Romancero* más rico y universal de todo el genio español como vieron ya Rengifo y Mariana, y luego, Wolf, Herder Milá, Carolina C. Michaelis de Vasconcellos, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal.

Un tema—ese del *Cid*—que hace estremecer toda la historiografía española. Desde el Medievo (crónica Najerense, crónica General, Fray Juan Gil de Zamora, Crónica de 1344); luego, el Renacimiento (Cartagena, Valera, Salazar, Almela, Medina, Ocampo, Martínez de Toledo, Garibay, Mariana, Arévalo...).

Y desde el XVIII a hoy: Berganza, Flórez, Riesco, Novoa, Menéndez Pidal, C. Reig... Tema: que además de épica, lírica y prosa histórica, fué uno de los más dramatizados en España: Juan de la Cueva, Lope, Guillén de Castro, quizá Calderón, Zárate, Matos Fragoso, Diamante, Quirós, S. de la Concha, Duque de Rivas, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Marquina... Tema que ha quedado en la sabiduría gnómica del pueblo, en proverbio como el de que «no se ganó Zamora en una hora».

* * *

Resumiendo:

De las tres angustias primordiales en la Historia de España, más que aquella ante la invasión de Oriente *(Rodrigo)* y más que aquella frente a la de Occidente *(Bernardo)* ésta del *Cid* fué la suprema: por constituir el más vehemente anhelo nacional: el de la *Unidad histórica*.

* * *

Pero hemos dicho que hay un cuarto tema «agónico» o de lucha, que debemos también al *Cid*.

El tema del *Caudillo frente al Rey*. Inmenso *leit motiv* a lo largo de toda nuestra vida hispana.



Reyes y Caudillos

En España—no sé si desde la Prehistoria—sólo hay dos clases de regímenes: los *caudillales* y los *dinásticos*.

Los regímenes «caudillales» son aquellos que, en un momento de peligro y de crisis del país, brotan genialmente en nuestra Historia para salvarla.

Los regímenes «dinásticos»—son aquellos en que, a esa Historia ya salvada—pretenden darle continuidad por ley de herencia, con mecanismo de sucesión familiar y pacífica. Hasta que ese mecanismo se oxida con el tiempo y excita una nueva crisis en el país, provocando la necesidad perentoria de lo caudillal.

El régimen caudillal procede, en su sentido profundo, del pueblo mismo. Y es unipersonal, indiviso y *monarcal*—en el significado etimológico y sublime de esta palabra: con «mando único» («mona»—«arquía»). Reinar y gobernar.

El régimen dinástico, por el contrario, suele venir de fuera, yuxtapuesto, sobrepuesto y, a veces, contrapuesto al pueblo. Es representativo. Y puede adoptar lo mismo la forma teóricamente monárquica que la republicana. Reina o preside, pero no *gobierna*.

* * *

En determinadas circunstancias ambos regímenes se funden en modalidades mixtas. Por ejemplo: un caudillo—Pelayo—crea dinastía. O bien, dinastas—el Rey Fernando el Santo o el Rey Carlos V—se erigen en caudillos absolutos.

* * *

Pero lo general es la antítesis y la hostilidad recíproca, lo que caracteriza a ambos regímenes. El *Cid*—está en la línea *caudillal*. *Alfonso VI*, su Rey, en la línea dinasta. Por eso Alfonso VI hostilizó al *Cid*, desterrándolo. Y no recatando su resentimiento y envidia por él.

* * *

El continuador caudillal del *Cid* en el siglo XIII fué *Giménez de Rada*, el verdadero salvador de España en las Navas de Tolosa frente al Oriente. Y no su Rey Alfonso VIII, liado torpemente con una judía (Raquel) y a punto de hundir otra vez vez a España, como Don Rodrigo.

(La batalla de Alarcos resultó casi otro Guadalete).

* * *

En el siglo XV el caudillo fué *D. Alvaro de Luna*. Y su envidioso perseguidor el abúlico y desastroso Enrique IV, que no vaciló en ahorcarle quizá consciente de que ahorcaba, con D. Alvaro, la Unidad de España, que retrasó en un cuarto de siglo.

* * *

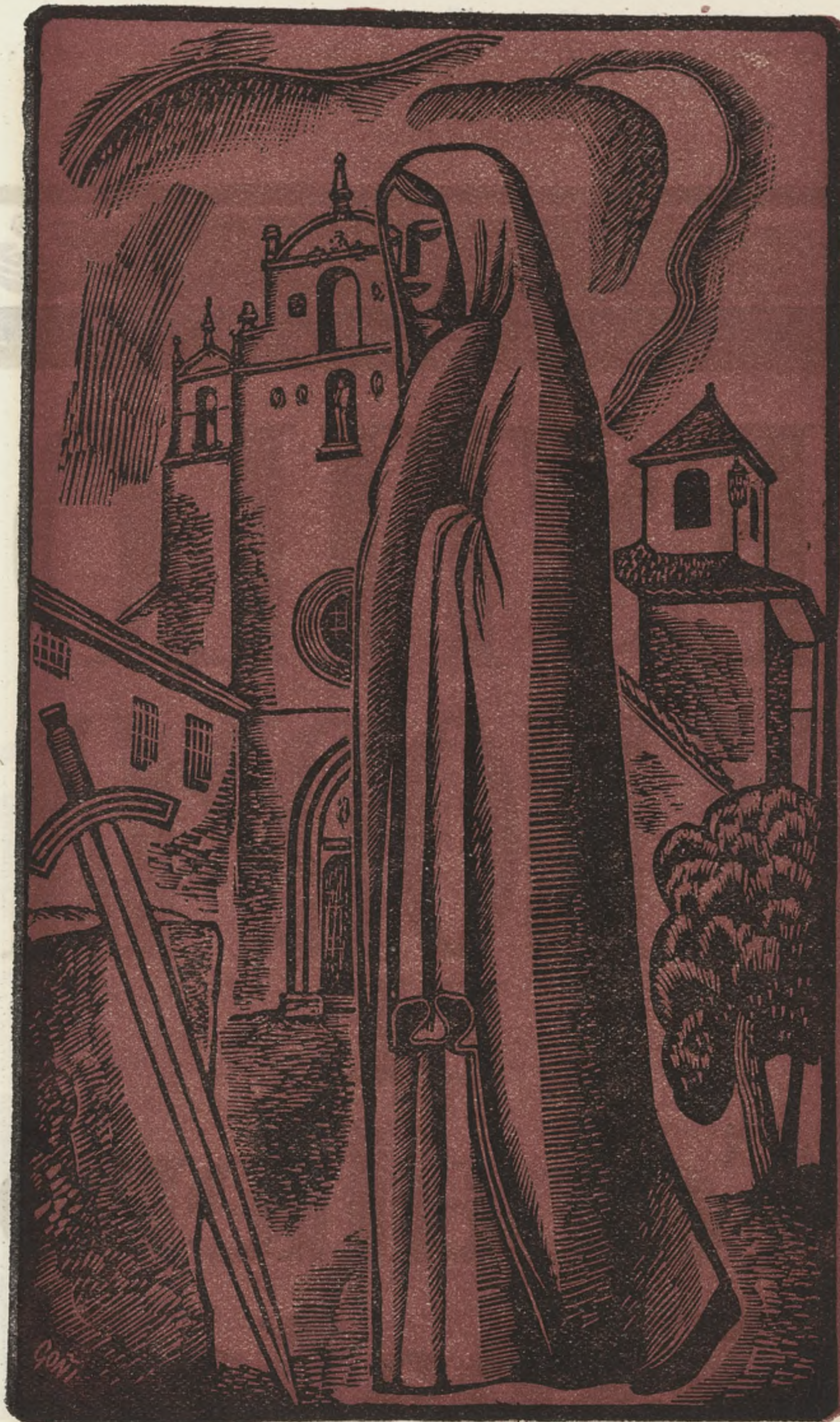
Cisneros fué el continuador caudillal en el siglo XVI de D. Alvaro de Luna, de Giménez de Rada y del *Cid*.

Carlos V, antes de erigirse en monarca-caudillo, hizo de Rey dinasta y desautorizó cruelmente a Giménez de Cisneros.

* * *

La decadencia española del siglo XVII tiñó con su debilidad ambas instituciones.

Caudillos que no pasaron de «privados» (Olivares, Lerma, Uceda, Valenzuela, Nithard) y Reyes que prepararon la ruina de la propia dinastía.



* * *

En el siglo XVIII esa decadencia tuvo el mismo ritmo mediocre que en el XVII.

La Casa de Borbón—salvo el esfuerzo absolutista, pero a la francesa, de Carlos III—no tuvo que envidiar a los últimos reyes decadentes de la Casa de Austria. Y los ministros—como Floridablanca, Aranda y Godoy—no lograron pasar el límite de la Privanza para alcanzar el Caudillaje.

* * *

En cambio, el siglo XIX fué el siglo magnífico—pero desgraciado—de los Caudillajes que se malogran. Todos los pronunciamientos de Generales. Todos los libertadores de Hispanoamérica.

* * *

Ya en el siglo XX tenemos aún el caso de don Miguel Primo de Rivera a quien su dinasta Alfonso XIII destierra o aleja a París, como otrora Alfonso VI al Cid, ultrafronteras.

Quizá por eso—¡raíz de la angustia española ante ese trauma secular!—el Pueblo derribó la Dinastía buscando un continuador del Caudillo malogrado. Tanteando con el hijo del propio Primo de Rivera (José Antonio, también sacrificado). Hasta encontrar a un Caudillo de veras, *Francisco Franco.*

La República de 1931 en España, podría afirmarse que fué, en su subconsciente histórico, un referéndum revolucionario a favor del régimen Caudillal, aunque parezca paradójico.

Eso pasó ya en Roma con Julio César, asesinado por los conservadores dinásticos, sin que ese asesinato valiera más que para traer a Augusto. Un César elevado a la enésima potencia.

* * *

En general, esta es la ley psicológica que podría deducirse de este cuarto trauma histórico: «Reyes y Caudillos difícilmente conviven. Se recelan mutuamente. Y, orgánicamente, se repelen».

La gran lección tradicional la dejó para siempre el *Cid.* Como lo atestigua la leyenda, en aquellos versos populares e indelebles, puestos en boca del Rey don Sancho dirigiéndose a su Caudillo de Vivar:

¡No fíes en mis hermanos!
¡Fíate en Dios y en tu espada!

Los reyes somos ingratos
casi siempre... Pero el Pueblo
te pondrá, que ellos ¡más alto!

* * *

Más alto que todos los reyes aparece hoy el Cid en la memoria de nuestro Pueblo.

El Cid—*¡unidad, reconquista, lucha contra Oriente y Occidente!*—es la grande y suprema clave del genio de España.

ESTILO Y NORMA DEL Caballero Español

POR FRANCISCO SINTES OBRADOR

«MVNDO HISPÁNICO» SE HONRA EN OFRECER A SUS LECTORES FRAGMENTOS DEL ENSAYO DE FRANCISCO SINTES OBRADOR «ESPÍRITU, TÉCNICA Y FORMACIÓN MILITAR», DE INMINENTE APARICIÓN, Y AGRADECE VIVAMENTE A SU AUTOR LAS FACILIDADES OTORGADAS PARA PODER DAR ESTE ANTICIPO

Don Ramón Menéndez Pidal dice: «No podemos soñar ningún grupo selecto de Estados feudales que al acabar el siglo XV, ofrezca un carácter histórico semejante al de estos reinos: Castilla, asumiendo desde tiempos del *Cid* la parte principal de la Reconquista, directora de la cultura penisular, dominadora de las islas de Africa y de América; Aragón con sus empresas de Sicilia, Nápoles y Grecia; Portugal con sus atrevidas exploraciones en Africa, Asia y América. Estos reinecitos llenan más sitio en la historia que en el mapa de Occidente, y llega a tiempo en que cuando se reúnen, llenan el mapa, en toda la redondez del mundo y de la Historia.

»Que el particularismo racial cuajase no en ducados sino en reinecitos llenos de individualidad independiente, fué lo que más determinó el insólito engrandecimiento de la España unida en el siglo XVI, la cual entonces pudo manejar bajo una sola dirección empresas antes dispersas en el Mediterráneo y en el Atlántico».

Es entonces cuando la cultura española llega a su momento de mayor florecimiento, expresándose en formas, instituciones, sistemas y hábitos de los que todavía el mundo moderno puede extraer ejemplares enseñanzas, pero, fundamentalmente, en un tipo humano—el hidalgo—fruto quintaesenciado de las mejores virtudes hispánicas que, consciente de su papel en el mundo, siente la necesidad de manifestarse en formas de expresión adecuadas a su especial situación, que fueron en él características y han dejado profundamente marcado con el sello de su poderosa personalidad su surco en la Historia.



García Valdecasas recuerda la observación de Cánovas del Castillo en sus *Estudios de problemas contemporáneos*, sobre el hecho de que los españoles, cuyo carácter meridional les hacía alegres, comunicativos, llanos y ligeros, transforman su manera de ser en los siglos XV y XVI, «pues para ejercer el mando sobre el Imperio español hubieron de hacerse serios y graves, y revestirse de dignidad y reposo» y, agrega en una línea de pensamiento totalmente de acuerdo con lo que aquí llevamos dicho: «Creo que más que un cambio sustancial en el carácter español, lo que ocurre en este tiempo es una proliferación y difusión exigida, efectivamente, por el esfuerzo de regir un Imperio, de un tipo de español que existía con anterioridad».

Y para seguir registrando la vigencia de una línea de conducta—de un estilo hispánico—a través de los tiempos, recordemos que la doctrina de las virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, desempeñará después en España un papel de primera importancia en la concepción de la nobleza y de la hidalguía. A ella se incorporan—según García Valdecasas—las virtudes teologales, «acentuándose como virtud esencial, generosa y creadora, la caridad». «¿Qué es noble e nobleza?», pregunta el Victorial, y responde: «Que haya el corazón ordenado de virtudes. El buen caballero virtuoso conviene que sea cauto e prudente, e que sea justo judicante, e que sea atemperado e mesurado, e que sea fuerte e esforzado; e con estas que haya gran fe en Dios, e esperanza de la su Gloria, e que habrá galardón del bien que hiciese, e que haya caridad e buen amor a las gentes».

Menéndez Pidal, en el acabado estudio que realiza del carácter heroico del *Cid*, observa y especifica claramente—sin un deliberado propósito de reducir a virtudes fundamentales el carácter del héroe—su sentido de fidelidad, su nuevo concepto de patria, y su alto y permanente sentido de justicia: «Pues si yo mantengo el derecho en Valencia, Dios me la dejará y si hago mal en ella con soberbia o con injusticia, pienso que me la quitará.» Junto a una cierta altivez y desmaña que le hace fracasar en buena parte de sus negociaciones, como en el pleito con su rey Alfonso, o en sus manejos con Ben Yehhaj o con los Beni Uéyib o en sus negociaciones para la rendición de Valencia destaca una prudente cautela que le hace incluso adelantarse mucho a su época en la valoración militar del secreto...

* * *

Y aquí entramos a tocar un aspecto absolutamente necesario si queremos completar la visión que el tipo humano de selección supone, cual es el del pueblo en que y con qué actúa. Sin el coro no queda realzado el papel principal, que lo es en tanto exista un coro que lo realce. Igualmente, caudillo y pueblo, minoría dirigente y masa, se necesitan mutuamente y el uno supone la inevitable existencia del otro para realce y contraste de la suya propia. Son como el anverso y el reverso de una misma medalla y lo que afecta a uno afecta necesariamente al otro o se relaciona con él... Por ello es natural y conveniente ante una deificación de la masa que está hoy en boga... que inteligencias claras recuerden, como Spengler: «que el inventor de la máquina es el que da la pauta, no el maquinista», y que «si Roma resulta un fenómeno único y maravilloso dentro de la Historia universal, no lo debe al «pueblo romano», que en sí mismo fué, como cualquier otro pueblo, una materia prima sin forma, lo debe a esa clase gobernante que puso al pueblo «en forma» y lo mantuvo en esta situación con o contra su voluntad»...

El español—en virtud de cualidades que se tienen, pero que no se aprenden—muestra desde los primeros tiempos de su actividad histórica, una

extraordinaria sensibilidad a la acción de mando, la necesidad de un convencimiento previo—que nada mejor que la ejemplaridad personal en la conducta del jefe puede darle—para su entrega; pero realizada ésta no tiene tampoco reservas...

Las condiciones especiales de la Reconquista—falta inicial de espacio de maniobra, penuria permanente de medios de acción—determinaron que hasta una fecha considerablemente adelantada—siglo X para Castilla y siglo XI para Aragón—, con la llegada al Duero y al Ebro, no se iniciara la participación de la Caballería y, cuando ésta lo hizo, la tradición de empleo del hombre a pie tuvo que seguirse por la necesidad de contar con la totalidad de los medios disponibles. Por ello y por las especiales características que el feudalismo revistió en España, la participación en la acción guerrera—y consiguientemente en el ordenamiento jurídico y en la vida toda del país—contó siempre, no sólo con la sangre, sino también con el calor y la conciencia del pueblo. La circunstancia de haber llevado Castilla la dirección hegemónica de la Reconquista y de la cultura de la totalidad de España, tuvo también su influencia decisiva en este sentido. Ello explica que la mayor gloria del Arte Militar español coincida con el auge de la Infantería, y es que los infantes que con el Gran Capitán en Italia, y después, con el Duque de Alba o con Farnesio en Flandes o con Hernán Cortés o Pizarro en América, asombraron al mundo, se apoyaban en una tradición, que si no queremos remontar a las tribus, que esparcidas por la Península obligaron a los romanos a un esfuerzo bélico de doscientos años, debemos inexcusablemente fijar en el grito de independencia de Pelayo en Covadonga y valorar por las especiales circunstancias de la Reconquista...



Los últimos frutos de nuestra Edad Media y los primeros de nuestro Renacimiento, en los dos campos de la aventura y de la cultura, en que se manifiesta gran parte de la actividad de los hombres y de los pueblos —defensiva incansable del Occidente contra el Islam, expansión mediterránea, exploración atlántica, colonización de América, Contrarreforma...—producen las condiciones para que este estilo hispánico, que hemos visto brillar en alguno de sus ejemplares más representativos, acabara de encarnar en un tipo humano de selección. Es característico signo de madurez de una cultura la aparición de este tipo selecto, que se deduce y deriva de la cultura misma en forma semejante a como el árbol produce su fruto: con una sencilla naturalidad externa, que encierra, empero, todo un complicado sistema de procesos internos y de amorosos cuidados, de cultivo. *Gentilhome*, *cortigiano*, *junkers*, *samurai*, *gentleman*, hidalgo... son esos tipos de selección humana, de cultivo, de cultura. De ellos, el *junkers* y el *samurai* están afectados de una buscada y precisa limitación, son más el producto de una clase o de una casta que de un pueblo...

El *gentleman* y el hidalgo tienen una mayor universalidad, como correspondientes a dos grandes creaciones imperiales. Pero el *gentleman* —como el *gentilhome*—... «se caracteriza por la exterioridad y el espacio», es un producto formado como de fuera adentro, mientras que el hidalgo, la gran creación española, formado de dentro afuera, está caracterizado por su interioridad, por una fundamental fidelidad—recordemos ahora la «fides hispánica» de que hablara Trogo—no solamente con todo y con todos, sino especialmente consigo mismo, con la norma de vida que considera superior a la vida misma, y que le obliga a ser más hidalgo que nunca cuando está a solas consigo mismo.

¿Cuál es esta norma de conducta? El hidalgo extrae su norma de vida, por un lado, de una tradición caballeresca que hunde profundamente sus raíces en principios, usos y costumbres medievales. Por otro lado, del credo religioso católico, honda y vitalmente sentido. Si en el variable fluir de la historia española han podido darse en más de algún momento fenómenos, como el observado por Menéndez Pidal, de defasaje o de colisión entre dos dimensiones de la actividad humana, como aventura y cultura, no se han producido, en cambio, como características las colisiones entre aventura y contemplación. «La vieja gran hostilidad de la acción y de la contemplación, del castillo y de la catedral», que observa Spengler, no se da en el hidalgo, que une en sí las dos dimensiones, caballeresca y religiosa. De la permanente y dura ejemplaridad a que está obligado, de la equivalencia entre algo por su significado exacto de virtud, del que ésta no es la expresión sola de la fe, sino que necesita de la comprobación constante de las obras realizadas, las cuales se miden, no por el éxito o el triunfo, sino fundamentalmente por el esfuerzo, se deduce toda una manera de ser, todo un estilo español de vida. «Hay en el pensamiento español, dice Valdecasas, como un eje diamantino, inconmovible, que, esquemáticamente, podríamos formular así:

1.º La nobleza no consiste sino en la virtud. Donde haya o pueda haber virtud habrá o podrá haber nobleza. Toda otra condición es secundaria.

2.º La ascendencia noble no arguye nobleza, sino obligación de ser noble, y, a lo más, un crédito de confianza: se espera un noble comportamiento de quien tal ascendiente tiene.

3.º La virtud se prueba por las obras, como por los frutos se conoce el árbol. Por consiguiente, cada cual es hijo de sus obras.

4.º Las obras consisten en la acción esforzada, no en el resultado ni en el éxito.»

La diferencia radical entre el hidalgo y el *gentleman* procede de la actitud de cada uno frente al hecho religioso. Es la expresión de la diferente manera de entender lo religioso de las culturas de que proceden.

El *gentleman* es un producto de la moral del éxito. Caracterízalo, pues, su porte externo, sus maneras correctas—*fine maners*—, su juego limpio —*fair play*—, pero juego al fin y cuya duración será mientras, de verdad, no se *juegue* nada vital. El hidalgo es nuestro hombre fundamental, el que no queda justificado por la apariencia o el éxito de la obra realizada o de la acción emprendida, sino por la auténtica dirección intencional que la informaba y que, en consecuencia, se preocupa no tanto del parecer como del ser. En vez de maneras, a las que en cierto modo desprecia por externas e inauténticas—«juego de manos, juego de villanos»—tiene estilo, o sea actitud fundamental frente a la vida, y este estilo aun en su exteriorización inevitable, no representa sino el excedente de su fuerza interior, de su fortaleza, que domeñada y templada por su voluntad, se resuelve en externo sosiego. «Sosiego sólo puede haberlo donde hay una gran energía en potencia. Es capaz de sosiego el mar, porque es capaz de tempestades; pero la mísera charca de aguas estancadas, no lo es. Esta imagen nos revela el sentido íntimo del sosiego. A primera vista «sosiego» sólo parece expresar una situación, una exterioridad; pero lo exterior, en todo lo que afecta al hidalgo, es expresión de espíritu, como lo escribiera Castiglione: *«gravitá riposata che molto serva la nazione spagnola perche le cose delle estrinsiche spesso fan testimonio intrinseche»*.

* * *

Se podrá objetar que la Historia no retrocede, que lo que es válido para una época no lo es para otra, y, por tanto, que de nada sirve fijar la atención en la excelsitud moral de un tipo humano que no puede darse en las condiciones actuales de la vida moderna. Si esto fuera así, verdad absoluta, habría que renunciar a extraer de la Historia cualquier valor de ejemplaridad y se restaría a su estudio una de las mayores fuentes de eficacia vital.

Pero, afortunadamente, no creemos necesario detenernos siquiera en demostrar lo contrario. Siempre ha sido reconocida la Historia como fuente de vida futura, porque todos los hechos entrañan a la vez algo perecedero, producto efímero de la circunstancia, y algo perenne, inmortal, que se verá reproducido en el futuro. Y en la medida que sepamos estudiar el pasado nos pondremos en condiciones de preparar el futuro.

Precisamente, en orden a la cultura, cada vez se acentúa más la apreciación de ese sentido histórico que, por ejemplo, en Spengler, permite buscar paralelismos entre esos grandes entes culturales, como la cultura china, la egipcia, la arábiga o mágica, la antigua o apolínca, y la europea, moderna o fáustica, siguiendo la nomenclatura spengleriana. Si así ocurre con las culturas, análogamente se ha de producir con esos supertipos humanos de selección que ellas producen. Es posible seguir y comparar sus líneas de conducta, así como deducir aquellos de sus elementos imperecederos que, en una u otra forma, podremos ver reaparecer en estadios sucesivos de desarrollo cultural.

Por lo que respecta al hidalgo, contra la posible acusación de anacronismo, queremos citar el testimonio de don Miguel de Unamuno. «España—dice—ha tenido un proceso mucho más homogéneo que se cree, una verdadera continuidad espiritual íntima... Y esta íntima y permanente alma española, si llegó alguna vez a revelación y eflorescencia, fué, sin duda, en el siglo XVI. Hemos progresado mucho desde entonces, seguimos progresando, pero las cualidades que habrán de darnos a los españoles significación y valor históricos universales en el mundo son las cualidades que entonces pusimos de realce, si bien acomodadas a nuevas empresas y a nuevas formas.»

Además, resulta altamente consolador para un español de hoy poder comprobar la pervivencia actual de tipos hidalgos en todo el ámbito de la proyección americana de España, en las antiguas provincias de ultramar del Imperio hispánico, hoy florecientes repúblicas americanas, cargadas de futuro. Por ello, por lo que supone de objetiva comprobación de cuanto llevamos dicho, consideramos útil recordar aquí algunos párrafos de un emocionado artículo de Víctor de la Serna con motivo de la muerte del prócer mejicano don Carlos Rincón Gallardo y Romero de Terreros, Duque de Regla: «Don Carlos era madrugador, cristiano acendrado a quien se veía diariamente en misa de alba, después de haber andado una docena de kilómetros con un paso menudo y fino. Montaba todos los días cuatro horas cuando no había charreada. Porque los días de jaripeo—que él procuraba que fueran muchos—el Duque de Regla, cabalgando su bien conocido *Califa*, montaba al amanecer para descabalgar sólo en el *Tirón de la Muerte*, suerte de jaripeo en la que, a pesar de sus años, no tuvo nunca rival».

Casi, sin querer, se nos va el recuerdo hacia el hidalgo de la Mancha, que, de creer a Cervantes, era «de complexión recia, seco de carnes, enjuto





de rostro, gran madrugador y amigo de la caza». El paralelismo surge, inevitable, entre esos dos grandes hidalgos españoles y hace del difunto Duque de Regla uno de los hombres más representativos de «esa gran familia caballeresca americana donde se da el hidalgo campero, nieto de españoles, amador delirante de la patria que hicieron sus abuelos y aficionado a esa noble bestia amiga a cuya jineta se han realizado las más estupendas hazañas de la más estupenda estirpe de hombres jamás conocida». Gran familia dispersa a lo largo y a lo ancho de la geografía cordial de la América, escenario de nuestros antepasados, cuyos sucesores, reflejando las peculiaridades nacionales, han dado al viejo tipo de hidalgo español una floración de seguidores—el gaucho, el llanero, el guaso, el charro, el guajiro—, como expresión objetiva y evidente de su pervivencia en América. Así «cuando se quiere decir que un chileno es muy chileno, se dice que es muy *guaso*. Cuando de un cubano, que es muy cubano, que es muy *guajiro*. Cuando de un argentino, que es muy argentino, que es muy *gaucho*. Cuando ahora se quiere decir de un mejicano que es muy mejicano, habrá que decir que es muy *charro*, si es que ya no se dice gracias a quien acaba de morir dejando como herencia nada menos que una estirpe moral, un modo de ser, una caballería, una orden agraria caballística y romancesca en que lo español está presente, funcionando por lo nativo, de una manera medio agresiva, medio nostálgica, igual que está presente en lo gaucho, en lo llanero, en lo guajiro y en lo guaso».

* * *

Realizada la que es, a la vez, la más aleccionadora y más satisfactoria comprobación para un español de hoy, cual es ver el arraigo de su tipo histórico en las tierras de América, importa comprobar ahora si esta objetiva persistencia del tipo hidalgo en todo el ámbito de las tierras hispánicas, a uno y otro lado del Atlántico, es sólo la comprobación de unos restos que sobreviven o entrañan la posible perennidad de virtudes humanas dignas de pervivencia.

El hidalgo, como todos los tipos histórico culturales, es hijo de la carne y del espíritu. En su primer aspecto, su encarnación se produce condicionada por las circunstancias materiales de la época en que ve la luz. El hidalgo nace campesino, y es, regularmente, pobre. «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos», consumía las tres partes de la hacienda de Don Quijote, que pasaba, además, en ocio la mayor parte del año. El hidalgo, más dado a la contemplación que a la acción ordenada, no crea técnica y, consecuentemente, no crea riqueza. Además, desarrolla tradicionalmente sus actividades dentro de círculos cerrados—familia, guerra, política—, fuera de los cuales no considera la posibilidad de una ocupación digna.

Por ello quedó al margen de la gran corriente utilitaria de los tiempos modernos, de la que percibió claramente sus aspectos nocivos, sin darse cuenta de sus posibilidades de bondad. Y este fué su gran pecado, pecado redimible, por el que fué momentáneamente desplazado por el *gentleman*, del que observa agudamente Ortega: «Conviene notar que *gentleman* no es el aristócrata. Sin duda fueron los aristócratas ingleses lo que principalmente idearon este modo de ser hombre, pero inspirados por lo que diferencia al aristócrata inglés de todas las demás clases de nobles. Mientras las demás son cerradas como clases, y además cerradas en cuanto al tipo de ocupaciones a que se dignaban dedicarse—guerra, política, diplomacia, deporte y alta dirección de la economía agrícola—, el aristócrata inglés, desde el siglo XVI, acepta la lucha en el terreno económico del comercio, de la industria y de las carreras liberales. Como la Historia iba a consistir desde entonces, principalmente, en estas faenas, ha sido la única que se salvó, manteniéndose en la brecha de la plena eficiencia. De aquí, que al llegar el siglo XIX crease un prototipo de existencia—*el gentleman*—que vale para todo el mundo». Pero, obsérvese también, que en las circunstancias que condicionan el nacimiento del *gentleman* están contenidos los elementos de su decadencia. «El ideal del *gentleman* llevó, en efecto, a crear una enorme riqueza, y a la vez la supuso. Sus virtudes sólo pueden respirar y abrir sus alas en un amplio margen de poderío económico.» Por eso se pregunta Ortega: «¿Cabe ser pobre y, *sin embargo*, ser inglés? ¿Pueden subsistir sus virtudes características en un ambiente de escasez?» Pero la pobreza que amenaza el mundo hace cada vez más necesario ese conllevar la escasez material, que con tanta dignidad realiza el hidalgo, y esto sólo es posible estando en posesión de su alto nivel de vida espiritual. Por ello, no vemos otro tipo que el hidalgo para hacer compatible un estilo de vida que conserve lo que de estimable existe en las virtudes del *gentleman* y sea a la vez «compatible con la pobreza que inexorablemente amenaza a nuestro planeta», según Ortega. Se trata de un problema de equilibrio entre Técnica y Espíritu. Ya no es dable a nadie vivir desconociendo las realidades materiales del mundo circundante. Pero el pretender vivir exclusivamente atenido a ellas, conduce todavía a peores males que el ignorarlas. Y sólo por una vuelta al Espíritu es posible superar tales males.

EL LIBRO DE LOS CABALLEROS DE BURGOS



Burgos, ciudad de vertebrales piedras castellanas: su catedral; de vertebrales estrofas del idioma: el «Cantar de Mío Cid», ha enviado a la capital de España una gran parte de su tesoro de arte medieval y renacentista, para celebrar una Exposición en los salones de la Sociedad de Amigos del Arte. Entre las obras del tesoro burgalés — extraordinario por la cantidad, calidad y rareza de las mismas — figuró el libro de la Cofradía de San Pedro y Santiago, llamado el «Libro de los Caballeros», que contiene, entre otros documentos, el texto de las reglas por las que había de regirse la cofradía y los retratos miniados de los caballeros cofrades que pertenecieron a la misma desde el siglo XIV hasta el XVI. Tanto en las páginas de texto, adornadas con primorosas orlas y capitulares, como en los propios retratos de caballeros, puede apreciarse claramente la evolución sufrida por la indumentaria de los mismos y el enjaezado de sus caballos, como el progreso del arte de los miniaturistas a través de los tres siglos que transcurren desde el comienzo del libro hasta sus páginas finales, miniadas en el año 1531. Este «Libro de los Caballeros», sobre el que hizo un documentado artículo el Marqués de Laurencín en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», del año 1904, forma, con la Biblia de Maguncia, ejemplar único en España, que también figura en la exposición burgalesa, y con las «Ordenanzas del Gremio de Zapateros» de Burgos, del siglo XIII, y los textos de los Privilegios concedidos a Burgos por los reyes Alfonso X, Fernando III el Santo y otros, una auténtica joya bibliográfica de incalculable valor y de indiscutible rareza, que ahora exhibió Burgos en Madrid. En esta plana y las siguientes, se reproducen algunas de las páginas de dicho libro. La capitular que abre este texto reproduce la cruz de cobre y vidrios de Alfonso VIII, perteneciente al patrimonio del monasterio de Santo Domingo de Silos.

93

DON DIEGO MARTINEZ DE LERMA

1656=

Los cavalleros confrades que se for
maron en esta gloriosa confradia enel
año de nuestra salvaçion de mill y quin
entos y vno son los seguientes que de
lante estan asentados.

Iten el señor san
cho de Rojas.
Johan bocane
gra alcalde mayor
El comendador
Johan alfonso de
la mota alcalde
mayor.

Bernaldino de la
ma alcalde mayor.
Desines de maçue
lo alcalde mayor.
Thesorero dela casa
dela moneda.
Luys barahona
alcalde mayor
Gonçalo de carta
El comendador garç
ruys dla mota alfon





EL «Frontal de Silos», nombre popular con el que se conoce esta joya del arte románico, es una pieza de madera de encina, recubierta de oro y esmaltes, que perteneció al arca que contuvo durante varios siglos los restos de Santo Domingo de Silos, restaurador y abad de aquel monasterio, fallecido en el año 1073. Dicha pieza, esmaltada, burilada y repujada, constituye una original y verdadera obra del arte románico español, cuya principal rareza, según anota A. L. Mayer en su libro «El Estilo Románico en España», consiste en el hecho de que, únicamente las cabezas de Cristo y los apóstoles aparecen de bulto y las demás figuras tan sólo dibujadas y esmaltadas. Esto parece indicar, a juicio del citado comentarista, una etapa primitiva del románico, que le induce a considerar el «Frontal de Silos» como perteneciente a los comienzos del siglo XIII. Con la reproducción fotográfica de la citada obra y un detalle central de la misma, aparece en esta página una de las tallas policromadas del siglo XV, de autor anónimo, pero de extraordinaria belleza, que se conservan en un altar de la parroquia de Gamonal de Río Pico, en la provincia española de Burgos. Con sólo estas escasas muestras que reproducimos podrá el lector considerar la riqueza y belleza de las obras que componen la Exposición de Arte Medieval, Renacentista y Moderno que la provincia de Burgos trajo a Madrid. Dicha Exposición estuvo integrada por 174 obras entre pintura, escultura, códices, hierros forjados, orfebrería, telas antiguas, capas pluviales, cálices y otros ornamentos. Las obras varias que figuraron en la exposición fueron aseguradas en 300 millones de pesetas. Intervinieron también en la exposición—con sus trabajos—autores actuales, como el orfebre burgalés «Maese Calvo» y Valdivielso; los pintores Santamaría, Ciruelos y Bernal; y los escultores Félix Alfonso, Barbadillo y otros.



VENEZUELA DERROCHA EL ABRAZO

POR J. CANELLAS CASALS

UNA de las manifestaciones externas del alma que en Venezuela llama en seguida y más particularmente la atención es el abrazo. Y ello no es por el acto en sí como exteriorización sensoria de las efusiones del corazón, sino por el modo típico material que se tiene de practicarlo, y especialmente por el concepto básico netamente venezolano de usarlo en las diversas circunstancias que origina la convivencia social, esto es, no reservado para esos instantes de emoción suprema cuando el pariente o el amigo, que el tiempo nos robó largamente, retornan a nosotros, sino derrochado generosamente como tesoro bendito en sustitución del formulario saludo universalmente corriente.

Pero lo más bello de este acto sentimental quizá no estribe genuinamente en la elocuencia de su efusión, sino en las fuentes psicológicas de que brota, que muchos viajeros fugaces, cerriles, o movidos por pasiones subterráneas, no podrán captar jamás en su verdadera raíz, y limitarán a una mera y rutinaria fórmula de cortesía que aquí ha cristalizado en forma de abrazo, como hubiera podido hacerlo con leves toques de frente, o bien restregándose la nariz, como ocurre en ciertos grupos étnicos desperdigados por tierras retrasadas; o simplemente, si se quiere, en el clásico y tan difundido apretón de manos, consuetudinario en algunos países europeos, como Francia, por ejemplo.

Lo bello, pues, estriba en que el abrazo en Venezuela, siendo, por definirlo de algún modo, la fórmula corriente de la cortesía social, no recuerda ninguno de los fríos elementos de la fórmula, sino la cálida substancia permanente de aquel abrazo que las gentes reservan común y únicamente para las conmociones más profundas, y en que es un acto necesario a la naturaleza cordial, efusiva y expansiva del venezolano, como le es implícito al mar el eterno movimiento y la maravilla cambiante de los colores.

Porque la versión del grupo simbólico hispanoamericano en el que Venezuela es representada por un soldado, es pura circunstancia histórica de origen político para explicar que el fermento de la emancipación del sur de este Continente corresponde al venezolano general Bolívar, conduciendo a un pueblo fuerte, valiente y distinguido por su espíritu de independencia; nunca para delatar un sentimiento belicoso, porque ello está en manifiesta contradicción con el espíritu del venezolano, cuyo movimiento interior espontáneo, por constitución nativa, es substancialmente pacifista y efusivo. Y aunque «lo cortés no quita lo valiente», las leyes de la psicología demuestran que el guerrero nato, lo mismo si se da en forma individual que colectiva, se distingue más por un sentimiento rígido y altivo que por una floración coral flúida y risueña. Al menos en la regla, que es la que estamos comentando aquí.

No hay aspecto, ángulo, recoveco, matiz o movimiento del ánimo del venezolano en el que no se respire esa atmósfera de humor fresco, y no se contemple esa viva corriente del lenguaje, peculiares del carácter abierto y alegre. Por esto, quizá, una de las cosas más jugosas y acabadas del mundo intelectual criollo, y ello dentro de su medio específico, sea un semanario humorístico caraqueño titulado «El Morrocoy Azul» (aquí a la tortuga se la llama «morrocoy»). Cualquier acto que se aparte de esta tónica puede imputarse inequívocamente a influencias extrañas a la normalidad del carácter venezolano; estas causas pueden ser: un energúmeno (los había hasta en la Grecia clásica); el pecadillo de la efervescencia sanguínea, que delata el rastro hispano; o bien las neblinas que produce el alcohol, usado en lamentable cantidad.

Tan acentuada es aquí esa desbordancia del ánimo, que uno de esos citados aspectos ha debido seguramente inspirar hace cierto tiempo aquella crónica que un periodista norteamericano escribió de vuelta de uno de esos viajes de estudio, raudos como meteoros, que yo, humildemente, no he sabido comprender jamás, y que tituló «Todo el mundo está loco en Caracas».

Aquí se prestaría la moraleja de que la auténtica misión de la literatura es acercar y hermanar a los hombres, y no enmarañarlos en un tejido de retintines, ironías mordaces y chocarrerías pedantes. Pero prefiero hacer mutis sobre esto y recordar tan sólo a aquel sabio sacerdote, quien, en ocasión de hallarme en los archivos secretos de la Ciudad del Vaticano examinando una de las cartas autógrafas del general Bolívar, en la que se le exponían a la Santa Sede algunos extremos relativos a la emancipación grancolombiana, me reveló que llevaba veinticinco años de asiduo visitante allá estudiando siempre la misma materia. Aquel padre de almas sabía que no se puede escribir precipitadamente.

El citado aspecto, pues, de la desbordancia anímica que nos ocupa, y que bien pudo haber inducido al periodista de marras a cometer lo que un astrónomo titularía «error de paralaje», esto es, de falsedad de ángulo de observación, es, simplemente, el diálogo entre personas que se ven por primera vez. En la calle, en el *bus*, en cualquier parte, acuciado por la vista de un suceso grande o chico, el venezolano es inevitablemente un comentador y un conversador amigable y vivo con su vecino inmediato y circunstancial, quienquiera que sea.

Pero lo más sorprendente todavía es el monólogo, cuando, al producirse un suceso digno de ser comentado, la fuerza expansiva sociable del criollo no tiene a mano un colocutor oportuno para combatirlo.

El monólogo venezolano tiene dos fuentes matrices: la de un estímulo exterior y la de una preocupación de carácter íntimo; pero en cualquier de estas dos formas es siempre una manifestación indubitable del fondo efusivo característico. El viandante habla en voz alta soltando las típicas exclamaciones locales como un chorro caudaloso incontenible. Y las pruebas inequívocas de que este acto procede de un espíritu equilibrado están en que al iniciar su monólogo el venezolano, si está parado, se vuelve hacia la persona que tiene más cerca, y si anda, mira al transeúnte que se cruza con él. Lo cual revela claramente el proceso de conciencia corriente entre el estímulo, la reacción y su inmediata consecuencia, que es la necesidad humana de obtener la admiración del prójimo y compartir las emociones con él mediante el vehículo de la palabra.

Los testimonios vivos de este espíritu locuaz y comunicativo son superabundantes, y entre ellos merece también especial mención el de la riqueza, prácticamente inagotable, de frases formularias de cortesía social, bordadas, por así decirlo, alrededor del españolísimo y originario adiós: «¡Adiós, pues! ¿Qué hubo? ¿Cómo estás tú? (aquí es corriente el tuteo). ¡Bueno, pues! ¡Mucho gusto! ¿Qué tal, paisano? ¡Hola, compadre! ¿Cómo le va? ¿Qué tal, hermano? ¿Cómo le ha ido? ¡Felicidad, pues! ¡Saludos, coronel! ¿Cómo están las cosas? ¿Qué fué? ¡Hola, jefe! ¡Saludos, pues! ¿Qué tal, mi viejo? (en este caso, viejo es una denominación cariñosa independiente de la edad)», son matices de un colorido, seguramente



¡Hola, compadre!
¿Cómo le ha ido?
¡Felicidad, pues!
¡Saludos, coronel!
¿Qué tal, mi viejo?
¿Qué hubo?
¿Qué tal, paisano?





el más rico de todo el Continente, que llena la vida social dondequiera que se presente. Y frecuentemente, la aplicación de la conjunción causal «pues», aparentemente estéril, pero necesaria al temperamento venezolano para quitar sequedad al vocablo escueto, cuyo objetivo es participar en la suerte o la desgracia del prójimo.

En este ceremonial destaca la nota curiosa de que cualquiera que sea la frase empleada por dos amigos, o conocidos al cruzarse, no implica necesariamente el pararse; ni tan sólo por el «¿Qué tal?», que entre los españoles establece detención obligada para iniciar conversación. Aquí se pronuncia de paso y equivale al «¡Adiós!», lo cual, en los primeros tiempos lo desorienta a uno, cuyo primer acto maquinal, engendrado por el hábito, es hacer acción de pararse.

Y es porque uno no sabe todavía que cuando aquí hay parada, aquellas frases desbordan, múltiples, en caudalosa riada, embellecidas con el abrazo...

El abrazo venezolano no es un abrazo común. Su esencia es consubstancial a la geografía del país, a su aire, a su color, a su luz; tiene la propiedad inalienable de los ragos distintivos nativos. No es propiamente un apretón ardiente, sino más bien una fusión íntima suave en la que ambos amigos al tiempo que cambian sonoras frases de afecto, completamente de frente, enlazan mutuamente sus brazos, se dan palmaditas tiernas a los hombros y permanecen prolongada y delicadamente cogidos por ambos lados superiores del torso.

La otra modalidad, consuetudinaria y que acompaña indefectiblemente al saludo, es menos aparatosa, pero tiene yo no sé qué magia espiritual que cada vez que uno la practica parece sentirse más cerca del corazón del amigo a quien la ofrece. Y consiste en enlazar mutua y opuestamente el brazo y darse suaves palmaditas en el hombro, con el cuerpo puesto ligeramente de lado; con la particularidad de que cualquier tipo de estos abrazos es practicado indistintamente por individuos de diferente sexo, y entonces esta cortesía cobra una ternura casta sencillamente admirable.

Como el abrazo es practicado también en la despedida, cuando la postura física circunstancial de ambos elementos es incómoda por estar alguno de ellos detrás de una mesa, o un mostrador, entonces se estrechan el brazo, se acarician la mano, o en fin, ejecutan un movimiento cualquiera, indeterminado y libre. pero siempre de modo que constituya un contacto material que enlace sentimientos.

Esta necesidad lírica del contacto físico es universal aquí, y es por ella por la que podemos llegar al fondo espiritual indisputablemente latino. Porque en el aspecto religioso, por ejemplo, no ha de ser precisamente en los fervores de Semana Santa, en los que es católica y tradicional la costumbre de tocar las imágenes de la devoción particular, o pasarles una moneda u otro objeto cualquiera por las llagas y heridas de la Santidad; es todos los días cuando uno ve a la mujeruca blanca o de color, o a la morenaza joven devota pasar la mano, antes de persignarse, por el cristal de la hornacina que, conteniendo un Dolorosa o el Ecce Homo, suelen algunos templos exponer en la puerta. Concretamente, por ejemplo, en el ciclópeo atrio de la iglesia de Santa Teresa, de Caracas.

Y uno asocia y recuerda con profunda emoción, además de los incontables puntos de referencia hispanos, la gigantesca imagen de San Pedro, existente en la Basílica de Roma, en cuyos pies, de bronce, hay un hueco increíblemente cavado por la suave caricia mística de los millones de dedos de los fieles que desfilaron por el primer templo del mundo a través de los siglos.

No es que el indio venezolano haya de ser necesariamente árido para que tengamos que atribuir exclusivamente las virtudes de la efusión criolla a la incorporación de sangre hispana en el cauce amerindo, pero indudablemente que ha sido la fusión de ambas corrientes, combinadas con el medio, lo que ha producido el milagro del abrazo incomparable. Porque si bien el indio sabe celebrar bromas y chistes con sana risa, como se puede ver en la tribu de los Panare, que habitan en la región de El Tigre, en el Estado de Bolívar, o Guayana venezolana, no es menos cierto que sus características psicológicas distintivas tienden al recelo y a la concentración. Y esto es por el testimonio de las mismas tribus guayanesas, algunos de cuyos miembros, desertores del medio primitivo original, conviven con los buscadores de oro y diamantes a quienes sirven en sus rudas y peligrosas labores. Estos indígenas a veces, cuando la selva es poco generosa y las necesidades crecen, se ausentan durante trece o catorce días para regresar con algunos racimos de plátanos. Pues bien, al llegar no pronuncian una sola palabra de saludo, limitándose a entrar en la choza y depositar en un rincón la fruta traída.

En este proceder puede haber, innegablemente, los efectos de la falta de educación social, pero seguramente es más decisiva y profunda la influencia racial. Pues, por si faltaran remaches a la teoría del origen asiático del amerindo, el Dr. Carleton S. Coon, de la Universidad de Pensilvania, ha presentado recientemente a la Asociación Americana de Antropología un informe por el que asegura haber sido descubiertas en el norte dos zonas libres de hielo durante la última edad glacial; una, situada en Mongolia, y la otra, al sur del Báltico, la primera de las cuales pudo haber sido asiento de la raza amarilla que luego se extendió por el Continente americano a través del Estrecho de Behring.

Y seguramente que de Asia no pudieron haber traído directamente aquellos hombres, entre tantas cosas aquí enumeradas, la afabilidad ni actos tan finos y elegantes como son la caballeresca rúbrica establecida tácitamente por los automovilistas.

No sé hasta dónde está divulgado que Caracas, sin citar a Maracaibo y otras poblaciones metidas en zonas de confluencia petrolera, es de las ciudades del mundo que tiene más automóviles (aquí se llaman «carros») embotellados en sus estrechas calles virreinales. Incluso se sostiene que tiene más que Chicago, que pasa por la primera en estos achaques del maquinismo.

Esto da ocasión a «galletas» (aquí al lío se le denomina así) dantescas en cruces y bocacalles. Entonces es frecuente contemplar el espectáculo del señor que «maneja» (así se dice de todo aquel que empuña un volante) un «carro» al que, según las ordenanzas del tránsito, le corresponde la prioridad de paso en determinada ocasión, ceder éste a otro «carro» conducido por una dama (a las señoras se las llama siempre así) e inclinarse al mismo tiempo galantemente desde su asiento, mientras la dama, que suele ser, invariablemente, de una belleza sencillamente turbadora, como la de todas las venezolanas, corresponde con una sonrisa de limpia gratitud.

Pero no es esto todo, ni mucho menos, el objeto que me mueve a describir esta nueva modalidad de la gentileza criolla; actos así podrían ser perfectamente catalogados dentro de las normas universales de la buena galantería. Lo interesante y notable es cuando se da la misma circunstancia anterior entre dos hombres. El favorecido saluda levantando el brazo con una gracia cordial que no se me ocurre titularla más que típicamente venezolana. v sonríe con agradecimiento.

Y esto lo he visto en gentes de color, sentadas al *baquet* de un camión a mero título de peones.

Por su efusión y cordialidad, yo me atrevería a afirmar que el día que este pueblo alcance la madurez será un modelo de vida cívica, con un tipo de fraternidad que le distinguirá entre todos los del Continente.



LA NACIÓN PANAMEÑA OBRA DE ESPAÑA

POR

CARLOS SUCRE C.



El sevillano don Rodrigo Galván de Bastidas descubre el Istmo de Panamá a principios del siglo XVI, posiblemente en 1501. El descubridor de América, Almirante Cristóbal Colón, en 1502 descubre una bahía de Bocas del Toro que lleva su alto título y otra que nombró Portobelo. El Adelantado don Vasco Núñez de Balboa, en 1513, atraviesa valientemente nuestro país y descubre el Océano Pacífico. Diego de Albítez, probablemente en 1516, establece que la mejor ruta para pasar de un mar a otro es la vía Panamá-Nombre de Dios. Pedrarias funda la ciudad de Panamá en 1519 y conquista para España casi todo el territorio istmeño. Desde entonces hasta principios del siglo XIX, 28 de noviembre de 1821, la historia de nuestro país es parte de la gloriosa historia española.

Con frecuencia se empequeñece o se condena esa obra española. Para ello suele compararse la conquista y colonización de la América Sajona y de la América Indoespañola. La primera está más próxima a Europa. Su geografía facilita las comunicaciones internas; su clima la vida del hombre europeo y sus grandes riquezas naturales el avance de la cultura humana. En la América Indoespañola las cordilleras cierran caminos de penetración; la industria no encuentra, como en el Norte, abundancia de hierro, carbón y petróleo en áreas adecuadas; el clima, por lo general, retarda la civilización. En un Continente sobreviven los indígenas y en el otro sólo quedan grupos insignificantes para curiosidad de turistas.

Cuando los españoles llegaron a nuestro país existían aquí numerosas tribus indígenas. Los guaymíes, cunas, doraces, entre otros, se dividían el territorio istmeño sin el más elemental principio de unidad política, económica, lingüística o religiosa. Los conquistadores someten todo el Istmo a su autoridad y cultura creando así la base esencial de nuestro actual Estado, la integración territorial y la unidad política.

No es posible adaptar a Panamá las críticas formuladas en Mexico, Perú o Guatemala sobre la destrucción por los españoles de una ponderada civilización indígena porque los indios nuestros, cuando llegaron los conquistadores, dependían económicamente, como pueblos primitivos, de la pesca, caza, maíz y yuca. Habitualmente los hombres vestían con taparrabos y las mujeres, cuando lo hacían, con rústicos camisones. La venida de los españoles significó, pues, la dominación de pueblos de mentalidad rudimentaria por otro de cultura superior que introdujo en nuestro país mejores tipos de vivienda que el modesto bohío indígena y fuentes de vida desconocidas: ganados de diversas especies; aves domésticas, frutas, hortalizas, caña de azúcar, arroz y nuevos sistemas de trabajo.

No fué fácil para los españoles la colonización de nuestro país. Tenían que vencer la impiedad del clima, el cambio brusco de alimentación y la naturaleza rebelde. Como ejemplo debemos recordar que la lujosa expedición de 1.500 hombres traída por Pedrarias a Santa María la Antigua del Darién, a los dos meses quedó reducida a una tercera parte. Precisamente con la colonización de América inician los españoles esa dramática lucha, aun no terminada, del europeo por dominar el trópico. Compárese la colonización española en esta zona durante los siglos XVI y XVII con la colonización inglesa de las Guayanas, Honduras Británica o la India durante los siglos XIX y XX, para obtener más acertadas conclusiones sobre la magnitud de la obra de los hombres que trajeron la civilización europea al Pacífico y

LA OBRA DE ESPAÑA EN PANAMA

Toda las rutas de expediciones y caminos son aproximadas.
Una sola fecha indica el año de fundación de las ciudades.
Dos fechas, fundación y destrucción

OCÉANO ATLÁNTICO

NOMBRE DE DIOS
PALENQUE
PORTOBELO
CRUCES
CAMINO REAL
CHAGRES
PANAMA LA VIEJA (1519)
PACORA
CHEPO
CAMINO DE CRUCES
PANAMA ENERO 21, 1673
BELEN (1502-1502)
ACLA (1514-1537)
LA PALMA (1770)
YAVISA (1634)
PINOGANA (1634)
SANTA MARIA LA ANTIGUA DEL DARIEN (1510-1524)
PENONOME (1581)
OLA (1587)
NATA (1522)
SANTA FE (1589)
SAN FRANCISCO
DOLEGA (1793)
GUALACA (1793)
DAVID
ALANJE (1791)
SAN FELIX (1605)
REMEDIOS (1589)
LAS PALMAS (1679)
SANTIAGO
ATALAYA
MONTIJO (1591)
RIO DE JESUS
STA MARIA
PARITA (1557)
LOS SANTOS (1557)
LAS TABLAS

Pedrarias Dávila salió de Santa María en marzo de 1519 y el 15 de agosto de ese mismo año fundó la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción de Panamá (Panamá la Vieja).

Desconocemos la fecha del descubrimiento del istmo de Panamá por Rodrigo Galván de Bastidas. Se cree que fué durante el año 1501. El descubridor de América, Almirante Colón, en 1502 descubrió una bahía que lleva su nombre y otra que nombró Portobelo.

Balboa salió de Santa María la Antigua del Darién el 1 de septiembre y el día 25 del mismo mes descubrió el Océano Pacífico desde una de las alturas panameñas. Baiboa llegó al Golfo de San Miguel el 29 de septiembre de 1513.

Antonio Téllez de Guzmán llegó al villorrio indígena de «Panamá» seguramente en 1516, despachando a Diego de Albítez hacia el Atlántico. Diego de Albítez cruzó el istmo desde Panamá hasta Nombre de Dios y proclamó esta ruta como la mejor para unir mar y mar.

El camino real de Panamá a Portobelo era utilizado en la estación seca (verano). El camino de Cruces, en la estación humeda, terrestre hasta Cruces, seguía después el curso del río Chagre, y finalmente iba por mar desde la desembocadura del rio de Portobelo.





OCÉANO PACÍFICO

Para estudiar este mapa debe tenerse presente que, únicamente destacamos cuatro expediciones de las muchas que se realizaron hasta completar la obra de España en este sector del continente americano. Tales expediciones partieron de Santa María la Antigua del Darién, en el Atlántico, y de la ciudad de Panamá, en el Pacífico, en cuanto ésta fué fundada. El período del descubrimiento y conquista principia en 1501 y termina, prácticamente, en 1539. Continúa entonces la colonización: ya se conocen bien la insalubridad y la pobreza minera del país; importante, sin embargo, como centro de comunicaciones.

No es posible desconocer la significación de otras expediciones, no representadas en el mapa con el fin de evitar confusiones. Colón recorre, en su cuarto y último viaje, la costa atlántica del Istmo y funda, sobre el río Belén, la primera población española en la parte continental de América (1502), pero esa colonia es destruída y abandonada poco después. Diego de Nicuesa, procedente, como Bastidas, de los mares colombianos, recorrió toda nuestra costa atlántica; en 1509 funda y abandona Nombre de Dios, con unos cien hambreados sobrevivientes de los ochocientos hombres que salieron de Santo Domingo. Gaspar de Morales y Francisco Pizarro cruzan el Darién, desembarcan en nuestro Archipiélago de las Perlas y escuchan allí informes iluminantes sobre el Perú. Gonzalo de Badajoz, 1515, atraviesa el Itsmo y lo recorre por la sección pacífica hasta la región donde mucho más tarde se fundó la población de Parita. Gaspar de Espinosa, en 1516, recorre el mismo trayecto, la península de Azuero y parte de Veraguas; y en una segunda expedición marítima descubre Nicaragua y recorre nuestra costa pacífica para desembarcar en Veraguas y, ya por tierra, fundar la ciudad de Natá en 1522. El Capitán Hernando de la Serna y Pablo Carzo, en 1527, señalan como la mejor ruta interoceánica la que sigue el río Chagres, ya nunca más abandonada. El Licenciado Juan Ruiz de Monjaraz, en 1556, fundó las poblaciones de Parita, Los Santos y Olá. Por último, hubo expediciones que partieron de Natá para someter la provincia de Veraguas, 1559, y fundaron la ciudad de Santa Fe. Siglos después se abriría el C. de Panamá.

que demostraron la posibilidad de que los pueblos del Viejo Continente se adaptaran a la vida del trópico. Clima, enfermedades y hambre transformaron bien pronto las alegres ilusiones de los colonizadores en amargas decepciones. En la batalla contra la Naturaleza hostil se endurecía el corazón del conquistador que lograba sobrevivir, porque aquí, antes de que unos pocos consiguieran radicarse, los más perecían o emigraban abatidos por fuerzas contrarias. En Europa sólo el pueblo español, tenaz, valiente y fervoroso, podía en aquella época iniciar la población civilizada del trópico americano. Los escoceses, en cambio, renunciaron a todo intento de colonización en cuanto su lujosa expedición de 1698 para conquistar nuestras costas del Atlántico se enfrentó con la realidad mortífera del clima.

—Todos sabemos que el proyecto francés de la construcción del Canal de Panamá fracasó, entre otros motivos a causa de las fuerzas adversas del trópico, que segaron vidas y destruyeron virtudes provocando uno de los mayores escándalos de la historia humana—.

Cuando Diego de Albítez, Pedrarias y sucesores, establecieron la ruta, primero, Panamá-Nombre de Dios y, después, Panamá-Chagres, para comunicar los dos grandes Océanos, se descubrió la función natural de nuestro país como centro de intercambios de culturas y mercaderías. Ellos recorrieron todo el Istmo Centroamericano, originalmente en busca inútil del estrecho que uniera naturalmente los mares y, más tarde, para encontrar el camino menos difícil de comunicación. Cuando seleccionaron esa ruta adelantaron nuestro destino y dieron al Istmo de Panamá un período épico y fecundo de centro de descubrimientos, conquistas y colonizaciones por todo el resto del continente, pues de aquí partían las expediciones de aventureros y civilizadores como parten las varillas de un hermoso abanico de su centro. Falta aún la novela o la obra que describa las conspiraciones, planes, delitos y grandezas que se incubaron y planearon en la destruída ciudad de las leyendas que debió ser Panamá la Vieja, primera fundada por europeos en el Pacífico y primer reto del hombre civilizado al trópico implacable de entonces.

Los españoles habilitaron el camino interoceánico y estudiaron ya la posibilidad de construir en nuestro país el Canal, imposible con los recursos de aquella época; pero su temprana visión es antecedente importante del ferrocarril y de la vía canalera realizados cuando el progreso de la higiene y de la ingeniería permitieron llevar a la práctica lo que en su origen fué chispa del genio. Cuando los españoles les pusieron en actividad nuestra función natural de centro de intercambios indicaron inteligentemente la fuente cierta de nuestra vida, formación y prosperidad, hasta estos instantes de inquietud que aconsejan para el país ingresos adicionales porque la creciente densidad de población y la multiplicación de necesidades obliga a Panamá a explotar sus otras riquezas naturales o a resignarse a que se detenga el desenvolvimiento nacional en hora feliz iniciado por los españoles.

En el mapa que resume la inmortal jornada española en Panamá, puede observarse que aún sobreviven y prosperan más de veinte poblaciones, de las fundadas durante la época colonial. Esas villas y ciudades están distribuídas por todo el territorio nacional y aun sirven de base para la división administrativa del país. El idioma, la religión, la cultura y los monumentos de esa veintena de comunidades se combinan para mantener y avivar el culto hacia la Madre Patria que sin encontrar en Panamá, como en casi todos los otros países conquistados, clima bondadoso y enormes riquezas de oro y plata, creó las bases de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad. La noble herencia española ha sido, es y será nuestro mejor escudo para defender los altos destinos de la República contra las fuerzas disolventes que operan sobre todo centro geográfico.

PREMIOS CVLTVRA HISPÁNICA -1951-

La producción literaria de un país y de una época es el reflejo externo más claro y preciso de la realidad vital de este mismo país. Es como si por ella fluyera el pulso mismo de la vida. En algunas de las sesiones celebradas recientemente por el Congreso de Cooperación Intelectual que, convocado por el Instituto de Cultura Hispánica, ha reunido en Madrid a eminentes intelectuales hispanoamericanos, europeos, y españoles, se ha revelado claramente en el título de una de sus comunicaciones—«La Literatura que América espera»—el ansia que se siente en los distintos países del orbe hispánico de obras literarias que reflejen el sentir y el estilo de las nuevas generaciones, surgidas entre dos guerras a uno y otro lado del Atlántico.

España experimentó la primera convulsión cruenta entre las fuerzas antagónicas del mundo moderno. Por ello, América espera que todo el cúmulo de vivencias despertadas con motivo de dicha ocasión, se refleje en obras literarias expresivas del espíritu de las generaciones que vivieron aquellos instantes, que pueden considerarse augurales de una nueva concepción en las relaciones entre los pueblos hispánicos, ya que la contienda española por encerrar elementos en los que se insinuaba la problemática de futuras contiendas mundiales, despertó en América un eco de extraordinario interés y polarizó las actividades antes dispersas de los más selectos grupos intelectuales.

El conjunto de países que constituyen el espacio cultural de la Hispanidad es, sin duda alguna, la agrupación que con más personalidad marca su sello en la Historia. Por ello, interesa destacar todo género de obras de creación que ponga de manifiesto la especial manera de ser y de entender la vida del hombre hispano, sea cual fuere el ámbito de su proceso vital.

Por ello, el Instituto de Cultura Hispánica al convocar con motivo del Día de la Hispanidad, 12 de octubre de 1950, los premios «Cultura Hispánica» de 1951, dirigió un llamamiento a todos los escritores hispanoamericanos, filipinos o españoles que presenten motivos emocionales, principios constitutivos o estilos de vida propios de los países hispánicos, tratados en su proyección actual con entera sinceridad y honradez intelectuales.

PREMIOS PARA NOVELAS

a) Premio de 25.000 pesetas y un accésit de 10.000 pesetas para la mejor novela de ambiente español o hispanoamericano que, a juicio del Jurado, se ajuste a los principios antes dichos.

1.ª Puede aspirar a este premio cualquier novela publicada o inédita cuyo tema encaje en los términos del preámbulo.

2.ª El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica (Alcalá, 95, Madrid) hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la obra y el nombre y dirección de los autores.

3.ª El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad. Su acta será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

4.ª En el caso de tratarse de una obra inédita, será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica. En el caso de estar ya publicada, el Instituto se reserva su derecho de reedición, concediendo a los autores un 10 por 100 del beneficio que se obtenga.

5.ª Si el autor o autores premiados no residieran en España, podrán optar entre recibir el importe del premio o ser invitados a visitar nuestro país durante un mes, corriendo todos los gastos de viaje de cuenta del Instituto de Cultura Hispánica.

PREMIOS PARA ESTUDIOS DE SOCIOLOGIA

b) Premio de 15.000 pesetas y un accésit de 10.000 pesetas para el mejor estudio sobre Sociología Hispanoamericana (monografías sobre indigenismo, clases sociales, situación de las clases medias, etc.).

1.ª Pueden aspirar a este premio el artículo o colección de artículos publicados hasta el 30 de junio de 1951 desde cualquier fecha anterior en la prensa hispanoamericana, filipina o española.

2.ª El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la revista o periódicos donde hubiesen aparecido, la fecha de aparición y el nombre del autor con su domicilio.

3.ª El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad, reservándose el Instituto el derecho de reproducir los trabajos premiados. El acta del Jurado será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

PREMIOS PARA ESTUDIOS SOBRE EL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO

c) Premio de 25.000 pesetas al mejor estudio valorativo del pensamiento hispanoamericano contemporáneo.

1.ª Pueden aspirar a este premio el artículo o colección de artículos o libro publicado hasta el 30 de junio de 1951 por cualquier editorial, periódico o revista hispanoamericano, filipino o español.

2.ª El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la revista o periódico en su caso.

3.ª El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad. Si se tratase de libro inédito, el Instituto se reserva el derecho de editarlo y si ya lo estuviese, de reeditarlo concediendo a los autores un 10 por 100 del beneficio —

I BIENAL HISPANOAMERICANA DE ARTE

FRAGMENTOS DE LAS BASES

Fines y límites de la Exposición

El Instituto de Cultura Hispánica, en cumplimiento de los acuerdos tomados en el Congreso de Cooperación Intelectual y para asociarse con el mayor esplendor posible a los solemnes actos conmemorativos del Centenario de los Reyes Católicos y de Colón, fundadores de América, crea la Exposición Hispanoamericana de Arte para fomentar en Hispanoamérica y España el mutuo conocimiento de las Artes plásticas producidas por los artistas contemporáneos de esta comunidad de países.

A los artistas de Brasil, Estados Unidos, Filipinas y Portugal se les considera invitados de honor, con los mismos derechos que los demás participantes.

Esta Exposición se celebrará en Madrid cada dos años y será convocada para el mes de mayo. Se reserva el año intermedio para la realización de la misma en el país hispanoamericano que se proponga organizarla.

La Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte estará integrada por las manifestaciones de las Bellas Artes que a continuación se expresan, divididas en cuatro secciones: *a)* Arquitectura, incluída la especialidad de Urbanismo — planos, maquetas y fotografías de obras realizadas—; *b)* Escultura en todas sus materias definitivas; *c)* Pintura en todos sus procedimientos; *d)* Dibujo y Grabado.

Constitución de la Junta Organizadora y normas generales para la misma

La Junta Organizadora de la Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte estará constituída por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, Director General de Relaciones Culturales, Director General de Bellas Artes, Director del Museo Nacional de Arte Moderno, Presidente del Patronato del Museo de Cataluña, Presidente del Patronato del Museo de Bilbao, tres profesores de Historia del Arte, tres críticos de arte, cuatro miembros libremente designados por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, los Secretarios de la Oficina de Cooperación Intelectual Hispanoamericana y un Interventor administrativo.

El nombramiento de los Vocales delegados de los países que intervienen en la Exposición es facultad de los Gobiernos de los países respectivos.

Los Jurados de Selección

El Jurado de Selección para las obras españolas estará integrado por los miembros ya citados de la Junta Organizadora, con excepción del Interventor Administrativo.

El Jurado de Selección de cada país hispanoamericano y de los países invitados de honor será nombrado por el Gobierno del país respectivo o, en su defecto, por la institución que acoja el patrocinio de este certamen.

Al Jurado de Selección de cada país hispanoamericano y de los invitados de honor se le confiere plena autonomía en el ejercicio de sus funciones, por lo que también podrá utilizar el procedimiento que considere más oportuno para la selección de las obras, procurando dar en el conjunto seleccionado, antes que una visión exhaustiva del arte nacional, una expresión de calidades sobresalientes.

El delegado del Instituto de Cultura Hispánica en cada país participante será el enlace entre el Jurado de Selección y la Junta Organizadora de la Exposición.

Los Jurados de Selección exigirán a cada artista seleccionado la presentación de tres obras.

La expedición de las obras seleccionadas deberá encontrarse en Madrid con un mes de antelación a la fecha de apertura.

Las expediciones de obras llevarán esta dirección: Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte. Madrid. España.

El transporte de las obras hasta Madrid desde los países de origen y el regreso de las obras enviadas a la Exposición, así como el importe de seguros, etc., relacionados con estos envíos, estarán a cargo de los países expedidores de las mismas.

Si por razones de espacio no fuera posible exhibir la totalidad de obras enviadas, la Junta Organizadora se reserva el derecho de elegir las que puedan figurar en Exposición.

Jurado de Calificación

El Jurado de Calificación estará compuesto por la Junta Organizadora, excepto el Interventor Administrativo; por seis delegados de los países hispanoamericanos, designados estos países por orden alfabético, orden que continuará sucesivamente en las Exposiciones venideras, más un delegado por cada uno de los países que participen en este certamen con carácter de invitados de honor, y seis artistas plásticos, que serán designados, una vez cerrado el plazo de admisión de las obras, entre los que no hayan concurrido a la Exposición, para asegurar de este modo, en beneficio de los propios artistas, la más amplia libertad de participación en este certamen.

Los delegados de los países participantes designados para el Jurado de Calificación serán huéspedes del Instituto de Cultura Hispánica durante su estancia en Madrid.

Las recompensas

El Instituto de Cultura Hispánica otorga, para los participantes de esta Exposición, los siguientes premios:

Arquitectura y Urbanismo: Gran premio de 100.000 pesetas.

Escultura: Gran premio de 100.000 pesetas.

Pintura: Gran premio de 100.000 pesetas.

Dibujo y Grabado: Gran premio de 50.000 pesetas (Dibujo).

Gran premio de 50.000 pesetas (Grabado).

Cada país participante podrá contribuir a la creación de nuevos premios. Estos premios llevarán los nombres de los países donantes.

El Instituto de Cultura Hispánica crea además cuatro premios, de 25.000 pesetas cada uno, para críticas y crónicas informativas sobre esta Exposición publicadas en diarios o revistas de España y América.

OTROS PREMIOS LITERARIOS

PREMIO «CAFE GIJON»

Se convoca el premio anual para novelas cortas que ostenta la denominación de Premio «Café Gijón», con arreglo a las siguientes bases:

1.ª Podrán tomar parte en este concurso todos los escritores de lengua española. 2.ª Los trabajos, originales o inéditos, mecanografiados a dos espacios y por una sola cara, tendrán una extensión mínima de 80 cuartillas y máxima de 140 (o de 40 a 70 folios). 3.ª El premio se organiza bajo el patrocinio y a expensas del escritor y actor Fernando Fernán-Gómez y está dotado en la cantidad de 2.000 pesetas y la edición de la novela, de la que se reservarán al autor los correspondientes derechos. 4.ª El premio no podrá declararse desierto ni será divisible en ningún caso. 5.ª Los originales vendrán obligatoriamente firmados con el nombre y apellidos—o seudónimo habitual—del autor, y asimismo se hará constar en ellos el domicilio de residencia. 6.ª Los originales serán enviados al café Gijón, de Madrid, Avenida de Calvo Sotelo, 21, con la indicación «para el concurso de novelas cortas», antes del día 10 de marzo del corriente año. 7.ª el fallo del Jurado, que será nombrado en fecha oportuna, y cuyas decisiones serán inapelables, se hará público el primer día de la primavera de 1951.

PREMIO «BOSCAN»

El Seminario de Literatura «Juan Boscán», de la Sección Universitaria del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, abre su concurso anual para premiar el mejor libro de poesía, de tema libre, escrito en lengua española

Base 1.ª Cada poeta presentará un solo original.

2.ª La extensión de los originales no sobrepasará los setecientos versos. Métrica y forma, libres.

3.ª Los originales se presentarán por duplicado y escritos a máquina. No constará en ellos ni el nombre ni la dirección del autor. Aparte enviarán los poetas un sobre que contenga esos datos. En la parte externa del sobre irá consignado el título que se presenta.

4.ª El plazo de admisión de los originales comprende hasta el 31 de marzo inclusive. El concurso será fallado el día 1 de junio de 1951 por un Jurado cuya composición será dada a conocer en la misma fecha.

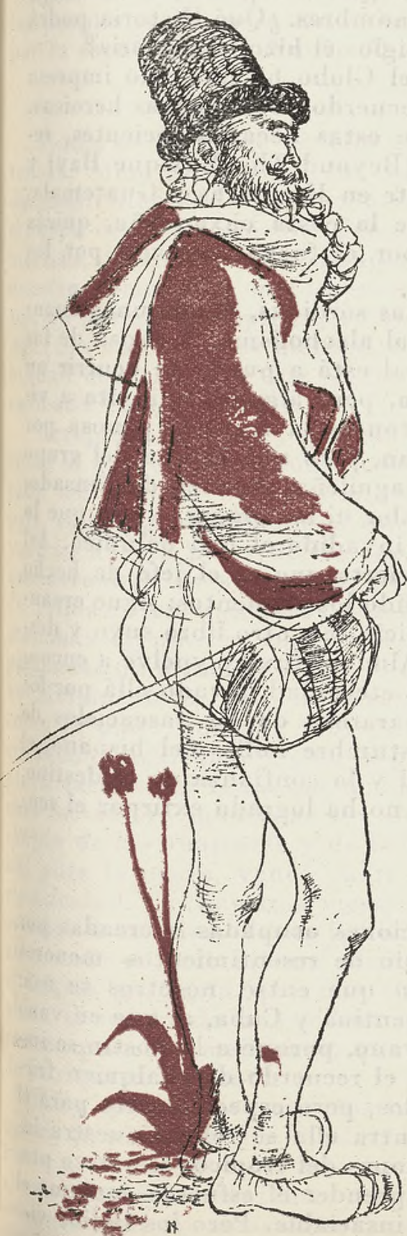
5.ª El Premio Boscán importa cuatro mil pesetas y es indivisible.

6.ª El autor premiado cede los derechos de la primera edición de su obra al Seminario de Literatura «Juan Boscán». Esta edición constará de 500 ejemplares.

ELOGIO DEL ESPAÑOL DE TODOS LOS RUMBOS

POR

JOSE VASCONCELOS



LES precedió la leyenda. Siglos antes Quetzalcoatl se había marchado, pero dijo que volvería. Su ausencia dejó a los pueblos de América entregados a la desolación. Había fracasado el Bien. La reforma de las costumbres no había podido vencer. A Quetzalcoatl le faltó la fuerza y se ausentó; fué a traer la fuerza y ahora llegaba con ella. Se presentó Quetzalcoatl sobre un extraño monstruo: el caballo. En la diestra empuña un arma que lanza el fuego de la muerte a voluntad; pero sólo la usa contra el que quiere destruirlo.

A los hombres de bien les sonríe. Al hombre de a caballo le llamaron *acatzopin: gachupín*. Guerrea y vence, pero no quiere que se sacrifique al vencido. Su voluntad está dirigida por la inteligencia del político que levanta a los oprimidos y los pone a pelear contra el opresor; para imponerse cuenta con la técnica de una civilización que con la pólvora inicia su señorío sobre los elementos.

El *gachupín* emplea medios avasalladores en la lucha, pero en seguida, en la paz, con el misionero hace lo que recomendaba Quetzalcoatl: se muestra humano. Detrás del hombre de a caballo se halla en potencia toda Europa: la Europa de los monasterios que salvaron la ciencia y la fe; la Europa de los cruzados y de la Reconquista. El caballo, de origen asiático igual que la pólvora, es también el símbolo de toda la cultura del Africa: fruto abigarrado del egipcio y el griego, el cristiano primitivo y el turco guerrero. Junto con el caballo, el *gachupín* trae la rueda y su motor primitivo: la





bestia domesticada. Apenas se establece, el *gachupín* se organiza según los sistemas políticos de la civilización: el municipio que hace a un lado la fuerza para la convivencia y la sustituye con la elección entre pares que engendra la autoridad.

El poder fundado en el mandato de los mandatos. De inmediato se propaga el ejemplo: los esclavos se insurgen. En Zempoala, un reino tributario, levanta la espalda doblada y se suma al invasor, que es también el libertador. La justicia social inicia su marcha. En la meseta, en la cruel y orgullosa Tenochtitlán, los verdugos tiemblan. Pero son poderosos, están acostumbrados a dominar y no cederán fácilmente. El gran Imperio abarca del Valle de México a Tlaxcala hacia el Sur y los zapotecas de Oaxaca, todos tributarios de Moctezuma.

Tlaxcala resuelve pelear y es vencida. El *gachupín* vencedor no acostumbra exterminar al enemigo. Al contrario, lo convence de que una nueva etapa histórica está comenzando y le ofrece participación en la cruzada de la libertad. Leal a sus tratos, porque es hombre de conciencia, para cuando llega la hora de asaltar el poderío azteca ya son más de cien mil los indios que luchan a su lado para destruir la opresión en el Continente Nuevo.

Se enseñorean los *gachupines* del país y quizás muchas tribus sienten que es poco lo que han ganado al cambiar de amo. El español no se limita a imponer tributos, porque trabaja y obliga a trabajar. Se apodera de la vida toda de cada habitante, señalándole obligación, hora por hora, según los deberes del civilizado y así comienza el tránsito de la barbarie primitiva al coloniaje espléndido. Todo se va transformando, el campo y las minas y las ciudades. Una disciplina férrea, pero también hermosa porque su meta es la paz y el mejoramiento público, empieza a crear naciones por todo lo que hoy es la América Española y más allá, hasta las Californias y Alaska.

Naciones y tribus que bajo el régimen de la guerra perpetua jamás habían levantado cabeza, ahora en la paz laboran y producen, mejoran su economía y aprenden el secreto de la sonrisa. Una profunda revolución se consuma. La barbarie de los sacrificios humanos ha sido reemplazada con los cánticos de la misión que reza y trabaja. Las brutalidades de las conquistas alternativas encuentran freno en las Leyes de Indias, inspiradas en la piedad cristiana más auténtica. Y por primera vez, la dulzura de las costumbres que predicara Quetzalcoatl se abre paso y se establece. En unas cuantas décadas se ha dado un salto en la técnica y también en la moral, en las instituciones y en el espíritu.

¿La obra final? Veinte naciones, desde Alaska hasta la Patagonia, con provincias en Oceanía, como las Marianas y las Filipinas. Porque la obra del *gachupín* se ha extendido por los Continentes, creando la mejor epopeya que han visto los siglos. De su grandeza queda un testimonio geográfico. La lengua del *gachupín* cubre el mapa de la tierra con la gloria de sus nombres. ¿Qué Historia podrá ignorar al *gachupín* si por más de tres siglos él hizo la Historia?

Sobre los más distantes rincones del Globo ha quedado impresa la huella de sus manos creadoras y el recuerdo de sus almas heroicas. Aldous Huxley, el viajero de genio de estas décadas recientes, recorre una parte de nuestro territorio. (Beyond The Mexique Bay) y se sorprende de la obra española patente en Honduras y Guatemala. A nuestro país llega por un puerto de la costa oaxaqueña, quizás Puerto Angel. Un caserío calcinado por el fuego, acosado por los mosquitos, minado por la malaria.

No hay actividad sino en las tabernas sórdidas, donde unos cuantos que disponen de dinero se dedican al alcoholismo. A causa de las visiones innobles que produce el mezcal está a punto de ocurrir un asesinato. Huxley escapa de la taberna, pero alguien lo invita a visitar un ingenio próximo; describe entonces la travesía penosa por un camino malo, en que todos se fatigan, pero a la cabeza del grupo va un español enjuto y alto, de nariz aguileña. Avanza descansado, parece que contra él nada pueden el calor ni las plagas, y eso que la tez amarillenta revela que ya lo tiene invadido el mal palúdico. Así y todo, se mueve y en seguida se advierte que es el jefe de hecho de la comarca desolada. No lo han rendido los elementos: sigue creando y actuando ajeno a la pereza y al vicio. En otro libro suyo y después de un salto a través del Océano, Aldous Huxley vuelve a encontrar en las Filipinas el sello romano de eternidad llevado allá por los españoles. Por debajo del cambio aparatoso de los rascacielos de Manila, subsiste, según Aldous, la costumbre noble del hispano, el temperamento perdurable en la lealtad y la confianza en el destino. Medio siglo de ocupación anglosajona no ha logrado extirpar el sentimiento hispánico del pueblo.

Cierto que en cada una de las naciones ocupadas o creadas por españoles ha quedado como testimonio de resentimientos menores algún apodo equivalente del *gachupín* que entre nosotros se usa: *godos*, en Colombia; *gallegos*, en la Argentina y Cuba, al que en vano se ha dado intención peyorativa. En vano, porque a la postre se imponen la admiración y el afecto sobre el recuerdo de cualquier fricción desagradable. Aspera es para todos, pero especialmente para el bárbaro, la disciplina del trabajo. Contra ella se rebela nuestra indolencia. Todavía hoy, en muchas regiones del trópico, el nativo prefiere mantenerse en su pobreza, a emprender el esfuerzo con que el blanco se afana noche y día y parece insaciable. Pero los indios vie-

ron también que si ellos eran obligados a trabajar, el nuevo amo, hombro con hombro, también se apega a la tarea.

Y es que, querámoslo o no, con el *gachupín* estamos ligados por la fuerte atadura del destino común. Leales a Méjico, a nuestro lado se han sacrificado cuando ha sido menester defenderlo. Buena prueba de ello es el hecho de que a menudo el español que habita entre nosotros, es el blanco preferido de los que pretenden robarnos el alma después de haber dominado nuestra economía. Asimismo, en cada uno de esos episodios de nuestra historia independiente, en que nos hemos visto obligados a hacer respetar con las armas lo que resta de nuestro patrimonio, constantemente ha sido el *gachupín* el primero en poner su hombro al lado del nuestro, cayendo con el heroísmo desesperado del que se adhiere a causas perdidas, pero justas. Nunca he cultivado la erudición histórica, pero el azar de alguna lectura me dió a conocer la pelea que hubo de sustentarse para salvar el Puerto de Guaymas de una peligrosa incursión filibustera, por el final del siglo XIX. Aquel relato hace notar el brío con que pelearon, junto a los mexicanos, los dos o tres *gachupines* que había en el puerto.

Los descendientes de los españoles de la Colonia, en California, ajenos al mote de *gachupín*, porque por allá no había indios, se portaron, sin embargo, como *gachupines* en la defensa heroica que hicieron de aquellos territorios en la guerra del 47. A tal punto que sus hazañas han creado toda una literatura en el habla inglesa. A todos se les tiene por *spanish* y se les muestra estimación irrestricta. Eran gentes que, abandonadas por nosotros, no tenían la menor esperanza de vencer y, sin embargo, lejos de rendirse a discreción, pelearon hasta lograr, aun en la derrota, trato de iguales frente al vencedor. Gracias a la bravura de aquellos hispanomexicanos, el nombre mexicano todavía goza en California de un aprecio que, por desgracia, no se extiende a otras regiones del país vecino.

Una ostensible decadencia se advierte, en cambio, en todas aquellas ciudades y puertos del territorio mejicano, que han perdido su población española para reemplazarla con emigrados inasimilables. Recuerdo mis viajes por el interior del país y por algunas naciones de Centroamérica: el refugio y el ejemplo en cada aldea solía hallarse en la tienda del *gachupín*. En ella encontraba el viajero, en vez del mezcal perverso o de la cerveza plebeya, el vino tinto importado.

Allí también, con la buena conversación y el trato franco y sincero, los enlatados de Europa, ostras, atunes y sardinas, preparados en buen aceite de oliva. Era aquel islote de la rancia tradición del buen comer que guarda la salud y satisface el gusto. A diferencia del comercialismo seco con que hoy se expenden los enlatados llenos de salmueras, que podrán pasar como alimento, pero degradan el apetito. En una infinidad de aspectos todavía más importantes, resulta patente el efecto desintegrante de la política «tenebrosa» que ha dirigido las purgas sucesivas de *gachupines*, quizás menos rudas que las purgas rusas, pero no menos efectivas en su propósito de extirpar lo español en el Nuevo Mundo.

Nadie es capaz de develar el futuro. Es muy probable que, mantenida, como lo ha sido, con notoria insuficiencia por la capa cada día más tenue de la población criolla, combatida cada vez con mayor crudeza dentro de lo que debiera ser su baluarte o sea la población mestiza, la influencia española llegue a extinguirse totalmente de nuestro suelo. Nos quedaremos entonces, se quedarán nuestros hijos, de parias del espíritu, como ya en gran parte lo son de la economía. Sin embargo, es alentador reflexionar en el ejemplo de adaptabilidad constructiva que en los últimos decenios ha dado el español radicado en nuestra patria.

Arrojado del campo por un encono ciego que no supo distinguir entre el que creaba riqueza con su tenacidad y el que sólo la explotaba sin sentido de justicia, el español que no fué expulsado del país se refugió en la industria. En el nuevo campo de competencia y de lucha y a pesar de las enormes desventajas políticas y técnicas que actuaban en su contra, pronto el español ha logrado situación de primacía en industrias como la siderúrgica, que es básica en la economía de nuestro tiempo. No fué antes un azar, sino fruto de capacidades de primera, el hecho de que la industria española del Nuevo Mundo aleccionase a Europa en el uso y beneficio de metales como la plata que por tanto tiempo fué factor decisivo de nuestra economía mexicana. Quien supo dirigir el mercado mundial de la plata, fácilmente tenía que acomodarse a las exigencias de la producción metalífera moderna. De modo semejante aquel calumniado *gachupín* de los abarrotes y de la hacienda, que se suponía bueno apenas para la usura, vence ahora como técnico en la minería y en la electricidad. De nuestros viejos sistemas agrarios nefastos, no fué el español el creador. Es de justicia recordar a este respecto, que bueno o malo el ejido es una institución peninsular; pero en todo caso, el mismo *gachupín* que nos ayudó a hacer producir la tierra, es ahora el sostén de una industria que en los textiles y la ferretería, rescata para los mejicanos, que son sus hijos, un sector importante de la riqueza nacional.

Hace apenas unos cuantos lustros, un escritor célebre a quien no quiero recordar por su nombre—que en muchos aspectos es respetable—, cayó en un error de trascendencia cuando deseoso de halagar al poincentismo triunfante, aceptó, si no es que estableció, la distinción, que sería oprobiosa sino fuese totalmente injustificada y contraria



a toda realidad, entre el *gachupín* que vive entre nosotros y el español peninsular que sólo nos visita. Procedió aquel sujeto, y esto me consta, completamente ajeno al deseo de lucro, pero llevado de los prejuicios sombríos que después hicieron tanto daño a la España Republicana; el prejuicio de hallar mala toda influencia latina y bueno todo lo que mostrara antecedente en la Reforma protestante que se suponía era la causa de la prosperidad de los anglosajones.

A este mismo triste mentor secundario del republicanismo, le oí opinar en Madrid, cuando las disputas sobre la remoción que se hacía del Crucifijo en las escuelas, para quedar bien con algunas de las pandillas internacionales que invadían el viejo solar español: en lo del Crucifijo, adoctrinaba (por la Castellana) el célebre varón de las barbas largas, «se podría transigir porque también lo usan los protestantes». Es decir, que para defender un principio esencial de la cultura ibérica, de la cultura de Occidente, no le bastaba con la gloriosa tradición cultural de su patria española, sino que buscaba excusas en lo sajonizante, en lo extranjero. Sin embargo, en el fondo no hacía sino repetir la inconsciente posición de renegado que aquí adoptara al pretender que amásemos a los españoles de la Península—particularmente, sin duda, a los que también renegaban de España—, pero a condición de que condenásemos al *gachupín*, el español de aquí, al cual debemos no sólo la Colonia que forjó nuestras nacionalidades, sino también la colaboración que por más de un siglo ha estado prestando para elevar a las alturas de la civilización a los veinte pueblos hispanos del Continente Nuevo. Por otra parte, no quiso darse cuenta—el aprendiz de revolucionario que fué el gran literato—, que al denigrar al *gachupín*, en realidad ofendía a la mitad, por lo menos, de los mejicanos que llevamos sangre precisamente de *gachupín*, y aun a aquellos otros mejicanos que sin antecesores *gachupines* de sangre, es del *gachupín* de quien han recibido las costumbres y la lengua, los ejemplos que le dan ciudadanía en el vasto reino de la cultura occidental.

Tampoco quiso ver el aludido personaje que si bien determinados partidos políticos, a falta de doctrina eficaz, han propagado el odio al *gachupín*, como instrumento de demagogia, en el fondo de todo mejicano sigue vivo el sentimiento de atracción hacia la corriente racial que nos ha formado, así lo comprueban casos tan notorios como el de Juárez, que después de casar—no con india sino con mestiza casi blanca—, a sus hijas las desposó con españoles (cubanos, que es lo mismo); o de Porfirio Díaz, que se ufanaba de ser hijo de español y se rodeó en su gobiero de *gachupines*. Y entre la generalidad de criollos y mestizos, ¿quién es aquel que no cuenta entre sus genealogías alguno que estuvo detrás del mostrador en calidad de *gachupín*, aparentemente menospreciado a menudo y en realidad admirado en secreto y estimado siempre por una población que, a pesar de todo, siente al *gachupín* como parte de su carne y aliado a su destino?

El corazón humano es un raro compuesto de bien y de mal, de iniquidad y de nobleza; para conocerlo en sus apetencias profundas es menester observarlo, no tanto en sus actividades obligadas—trabajo y deber—, sino en la manera y prácticas como se divierte y goza. Es en la búsqueda de la alegría, y de lo que agrada y complace o provoca admiración de cariño, donde el hombre se manifiesta con la sinceridad de su sentir, en la hondura de su peculiaridad.

En la fiesta conócense y caracterízanse hombres y pueblos, mejor que en la tragedia o el afán. Según este criterio del goce, fácil es descubrir que el mejicano medio, igual que sus representativos superiores, ama y goza como español. Y si no, reflexiónese: ¿qué es lo que, por lo general, preferimos? Pancho Villa, después de saquear a los *gachupines* ricos de Torreón, a la hora de su recreo pedía baile con acompañamiento de castañuelas y lujo de mantones sevillanos. Los revolucionarios que llegaban a la capital, ansiosos de placeres y acaso después de haber maltratado al *gachupín* encargado de la hacienda, ¿adónde se dirigían? Al teatro ligero en que aparecía la Conesa, la danzarina que a todos deleitaba con su gracia y su buen humor, con sus picantes cantares y su ademán despreocupado, dichoso.

Rasgo digno de notarse es también que los más enconados *antigachupines* suelen serlo, no los indios, ni siquiera los mestizos, sino los blancos por descendencia directa de españoles y que bajo la influencia inconfesable de la masonería, denigran a sus ancestros, sin darse cuenta quizás de que con ello contribuyen a nuestro debilitamiento. Y al mismo tiempo, difaman lo más sagrado que poseemos, o sea la honra de nuestro pasado.

Olvidemos, pues, la desleal división que en mala hora se pretendió formular, la separación de *gachupines* y de españoles, para rendir tributo de reconocimiento y de admiración al español de todos los rumbos: el de Castilla y el de Andalucía; el de Extremadura o el de Barcelona; el de Argentina o el de Méjico, o el del Perú y de las Filipinas, ya que lo es y contribuye a la cultura común, todo el que se expresa en castellano, ya venga de la Península heroica o del sur del continente, de la Patagonia donde hace falta heroísmo para subsistir. Volviendo a nuestro propio ambiente nacional, baste con recordar que periódicamente largas peregrinaciones de indios acuden a venerar la imagen de la Virgen de los Remedios, la de Cortés, y que todos los mejicanos han convertido a la misma Virgen, o sea la de Guadalupe (la de San Diego), en insignia de la nación.







GUSTAVO ADOLFO BECQUER, POETA DE AMORES y dolores como dice esa lápida que trae aires sevillanos, luces y alegrías a la calle silente de Claudio Coello, 23, se apagó en esta casa antigua y de noble aire.





EN UNA AVENIDA DEL RETIRO CON RUMOR DE MAR y de barcas con estudiantes y modistas se alza el templete que guarda la lápida que es recuerdo entrañable para españoles y argentinos, al Presidente Dr. don Hipólito Irigoyen.





EN EL MISMO BARRIO DE CERVANTES, LOPE Y Quevedo está la casa de don Marcelino Menéndez y Pelayo que es la de la Real Academia de la Historia, calle del León, 21, donde falleció el gran polígrafo.

LA CIUDAD QUE NO OLVIDA

LÁPIDAS EN LAS CALLES de MADRID

POR JUAN SAMPELAYO





LA CASA OBSCURA Y TRISTE DE Cervantes, 2, tiene hoy por inquilinos un carbonero y una tienda de aceites. Allí vivió y murió el primer escritor de España.

COMO en un abanico se nos abren en la geografía urbana los itinerarios. Caminos y caminitos de la alegría y de la gracia, de la nostalgia y del saber, del buen comer y del arte, todos unos y otros llamándonos con encendidas voces.

Hoy hemos echado a andar por las callejas y las calles de la Villa del Oso y el Madroño sin fijarnos en eso tan triste que se llama un itinerario importante, sin hacer caso—ni poco ni mucho—del reloj, ni tampoco de volver a casa. Hemos andado muy largo y muy despacio y a la vuelta toda una teoría de recuerdos sentimentales se alojaba en nuestro corazón y nuestra cabeza. Una teoría sentimental que era bella realidad, recuerdo para los que están lejos en las placas del compañero fotógrafo.

Calles modernas y antañonas, barrios ruidosos y tranquilos que guardan los hogares de las gentes de fama, de los que dieron horas de gloria a la tierra española. Hogares en donde los genios y los ingenios crearon versos y músicas, donde amaron tranquila y desesperadamente, donde murieron santamente o la locura les arrastró por el triste y horrible camino del pistoletazo.

Itinerarios llenos de belleza y de nostalgia estos que ahora, cansados un poco físicamente, volvemos de recorrer y que hemos fijado en placas y en breves noticias para que los que estén lejos de nuestro Madrid los recorran también con los ojos del ensueño.





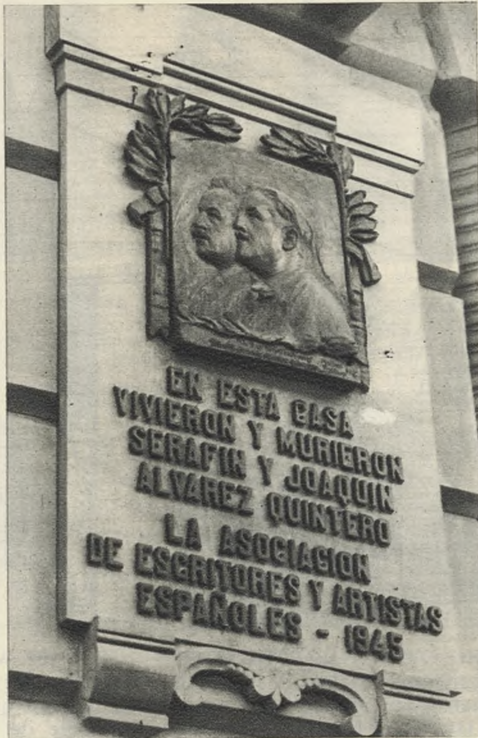
EN CLAUDIO COELLO, 20, TUVO SU ÚLTIMO hogar madrileño aquel buen poeta y gran caballero que fué Manuel del Palacio a quien la Academia Española rindió este tributo, recuerdo que nos recuerda sus versos.





SOLEADA Y TRANQUILA ES LA CALLE DE MALdonado, héroe castellano. En una casa sencilla y burguesa—el 25—tuvo su hogar de anciano, un maestro de la novelística: don Armando Palacio Valdés.









↑ **JOAQUÍN Y SERAFÍN están ahí en el bronce** atentos y fijos al tráfago callejero, casi piropeando a las muchachas desde su soleada ventana lapidaria de su casa de Velázquez, 76.

↑ **CRESPONES, ROSAS Y LAURELES DE BRONCE PONEN** marco a la lápida que dice al paseante que allí en aquella casa burguesa de la calle de Santa Clara, en el número 2, para ser más precisos, en una habitacioncita con balcón que se abría sobre la misma sonó una tarde, muy a primera hora—era un lunes 13 de febrero día de Santa Catalina y San Benigno—un tiro de pistola. Pero la callecita siguió tranquila como hoy lo está, como ahora en que tan sólo la gente del barrio mira sin curiosidad esa lápida que nos cuenta que en aquella casa vivió y murió un gran genio español que se llamó Mariano José de Larra, Fígaro en la gloria literaria.

HORAS DE JUVENTUD alegre, de creación, → de amor, paseo y charla pasó en Madrid, Rubén Darío. La ciudad que no marcó con mármol su fría residencia hotelera, colocó aquél en una bella placita, en que a Rubén le hubiera gustado vivir y conversar con el huésped que en su centro ve alzarse en bronce: Fray Félix Lope de Vega y Carpio.





AUNQUE LA LÁPIDA NO LO RECUERDE, AQUÍ DONDE HOY SE ALZA esta casa que tiene a la vera una señal del tráfico urbano, estuvo en otro tiempo el hogar humilde de José de Espronceda. Acaso en el mismo lugar de este colegio actual, de Los Madrazos, 17, se alzaba otro mirador como éste, desde el que don José soñara versos y amores. Aquellos castos amores que la muerte le impidió ver cumplidos. ↓



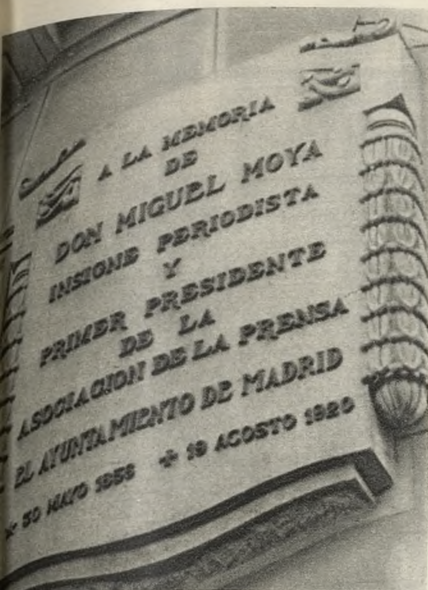


← **LA SENCILLEZ se hermana a la grandeza.** Sobre una tienda de placas y lápidas para comercios y oficios, una grande y gigantesca en Mayor, 61, nos recuerda que en ella vivió y murió don Pedro Calderón de la Barca.

EN ESTA CASITA chica de la → Plazuela de las Vistillas, con su balconcito humilde con una palma, frente al panorama velazqueño pintó mucho y charló largo don Ignacio Zuloaga, príncipe de nuestros modernos pintores.







MAESTRO DE periodistas y para nada hay aquí una frase hecha, fué Miguel Moya que en esta casa de la calle de Serrano, número 4, pasó largas horas de trabajo y paz familiar. Hace ya largos años que una lápida sencilla le recuerda en aquel rincón bullicioso del barrio de Salamanca donde Moya escribiera sus más hermosas páginas.





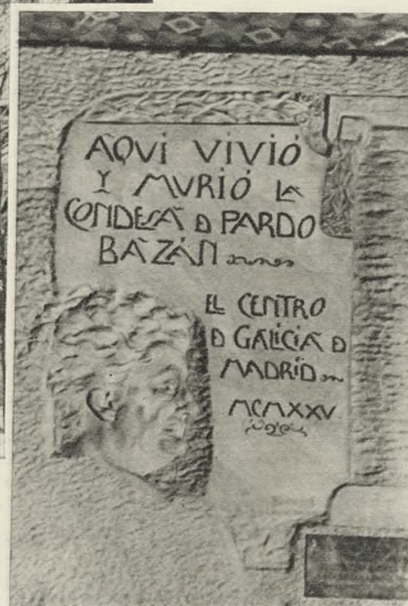


LA CALLE DE CERVANTES antigua y ruidosa, paseo de comediantes y comediantas, escenario de lances de espadas y amores guarda la casa de Lope de Vega. Una lápida sencilla nos dice que allí nos aguarda la emoción de la visita al hogar del gran poeta, —«monstruo» de la naturaleza—, restaurando tal como lo vivió.



ES UNA CALLE ANTIGUA, quieta y dormida ahora, ayer cargada de historia y bullicio decimonónico la de la Rejas, hoy de Guillermo Rolland, en la que una lápida recuerda al madrileño impar en Letras y en casticismo que es Ramón Gómez de la Serna.

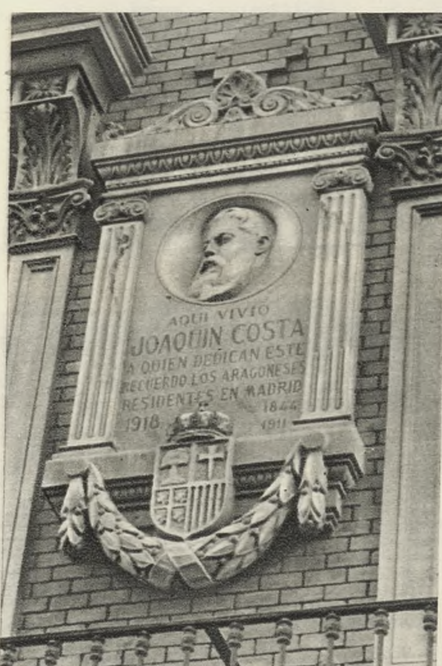




ESTA LÁPIDA QUE ESTUVO EN OTROS TIEMPOS en el hogar que en la calle de la Princesa viviera la eximia Condesa, se encuentra hoy en una habitación del Centro Gallego, a donde manos piadosas trajeron la lápida, cuando la piqueta se llevó por delante el hogar de doña Emilia.





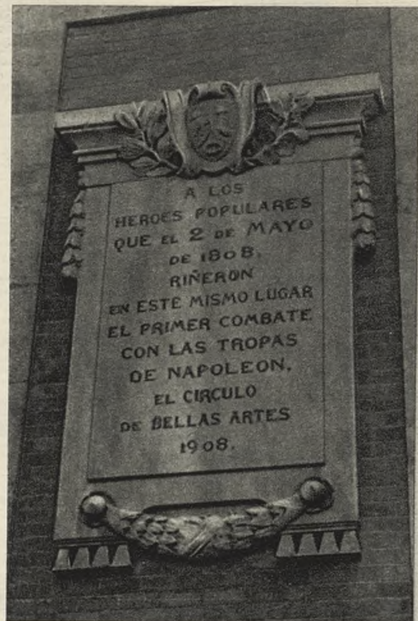


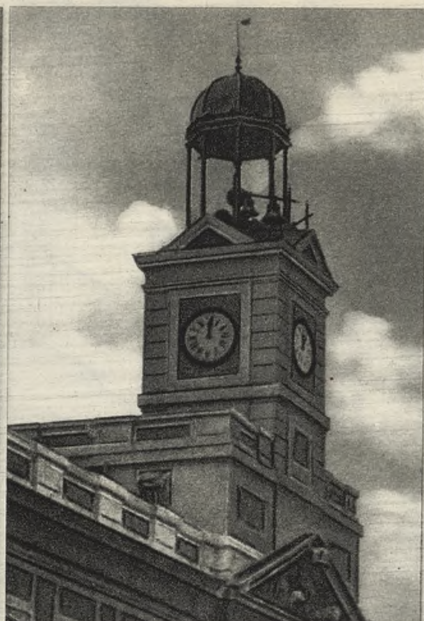




...N BARQUILLO, 11, SOÑÓ GRANDEZAS JOAQUÍN COSTA A QUIEN LAS GENTES ...e su tierra dedicaron el recuerdo de mármol que hoy nos trae al pensamiento ... figura y su obra, genial aragonés, bronco y duro, que anticipó a los del 98.

UN MIRADOR CON VISILLOS QUE SE ALZAN LEVEMENTE, UNA PALMA Y un rayo de sol sobre sus anchas patillas. Más que una lápida esta de la calle de Recoletos, 17, es un verso de su inquilino don Ramón de Campoamor y Camposorio.





AL CUMPLIRSE EL siglo de la hora heroica, se colocó una lápida en recuerdo de los madrileños que con su heroismo hicieron morder el polvo al que era el primer ejército de Europa. Estímulo heroico para los que sin prisa o con ella, cruzamos ese chico corazón de España que es nuestra Puerta del Sol.

MEDIADA LA CALLE de Cervantes una lápida noble en el Convento de las Trinitarias recuerda que allí yace Miguel de Cervantes Saavedra.



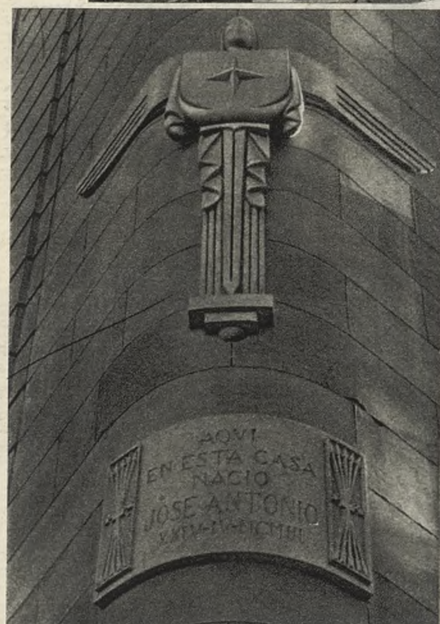




FRENTE A LO QUE es hogar de la Falange, estuvo el de su fundador José Antonio Primo de Rivera en la calle de Génova llena de juventud y alegría como él la tuvo

EL PUEBLO DE Madrid al que él amaba tanto, más que si fuera su propio hijo y al que llevó de modo magistral a sus novelas le dedicó esta lápida a don Benito Pérez Galdós.









ESTA MUDO EL VIOLIN, YA NO SUENAN sus cuerdas. Y el transeúnte de la calle de Bailén, no puede detenerse como antaño ante el número 13, para oír a Jesús de Monasterio que fué inquilino ilustre





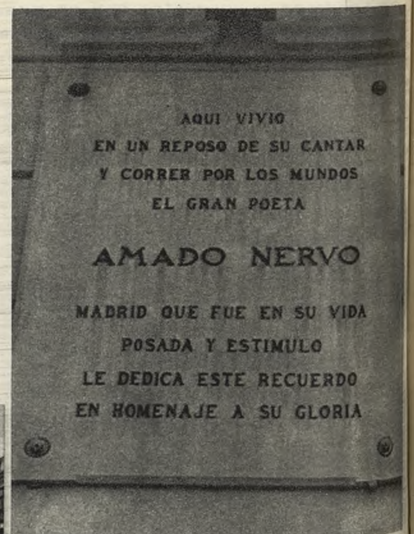
LOPE DE VEGA, 17, FUÉ EL HOGAR madrileño de Francisco de Quevedo y Villegas. Donde hoy está la carnecería y la Agencia de transportes, estuvo el bufete y la alcoba del gran don Francisco.





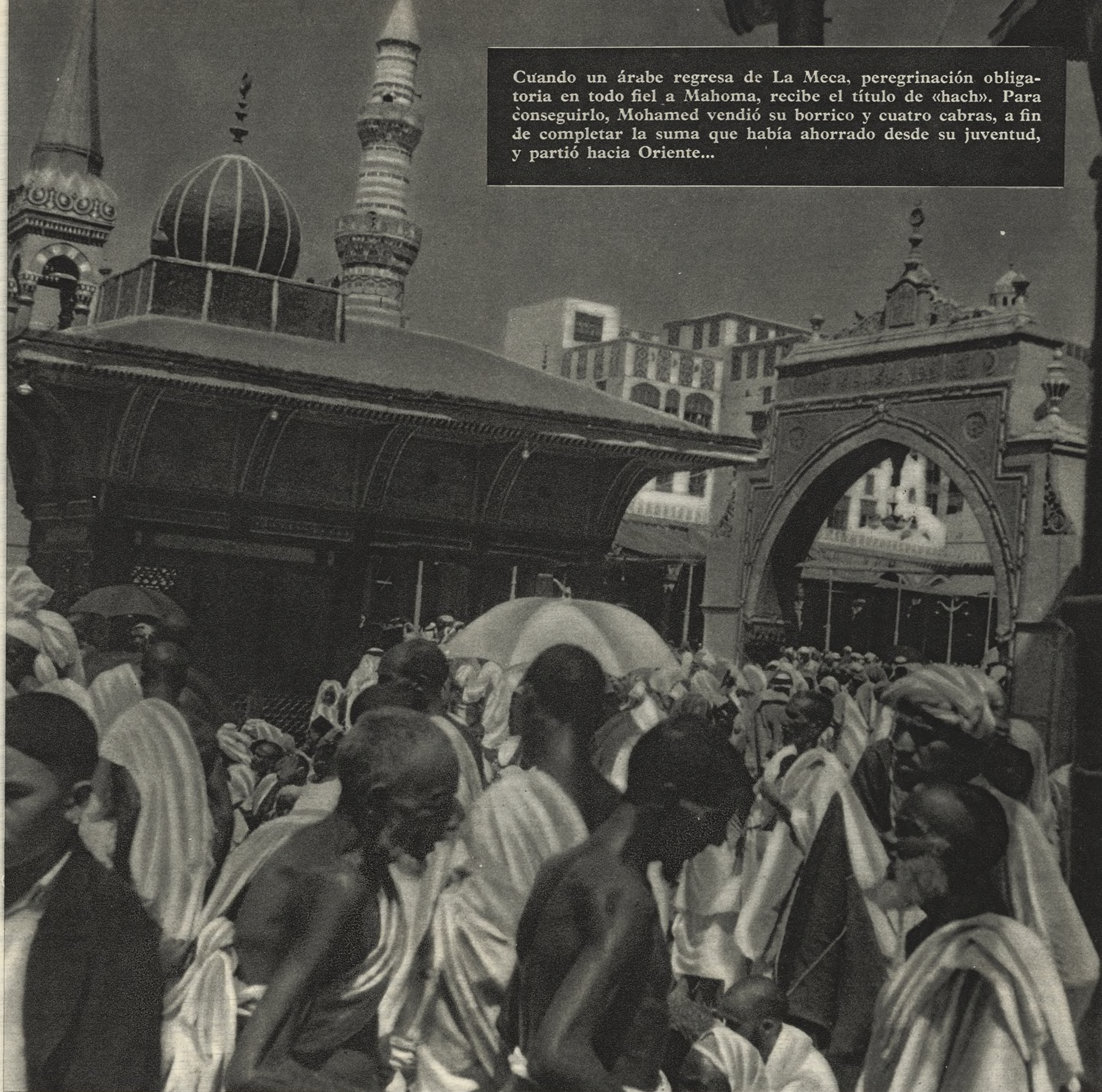


EN LA CALLE DE UNA gran escritora, en la de Santa Teresa y en el número 2, está la casa y la lápida, un poquito demasiado olvidada, de don José Zorrilla. Una lápida que al pasar por allí nos hace subir a los labios versos de amor.





POCAS VECES UNA LÁPIDA guarda tanta belleza literaria y arquitectural como esta de Bailén, 15, en que creemos oír a Ana María recitar con voz quebrada los versos de Amado Nervo a quien hoy todavía una vecina viejecita recuerda como un gran mozo



Cuando un árabe regresa de La Meca, peregrinación obligatoria en todo fiel a Mahoma, recibe el título de «hach». Para conseguirlo, Mohamed vendió su borrico y cuatro cabras, a fin de completar la suma que había ahorrado desde su juventud, y partió hacia Oriente...

EL "HACH" MOHAMED REGRESA DE LA MECA

POR LUIS CLIMENT

HA vuelto de La Meca el «hach» Mohamed. En la estación del pueblo sus hijos y parientes, que le esperaban con lágrimas en los ojos, le besaron respetuosamente la mano. En el umbral de la puerta de su casa, su mujer le acogió emocionada con los brazos abiertos. Mohamed tenía una sonrisa para cada uno, una frase amable. Se le notaba cierto aspecto de fatiga en su rostro, pero volvía de la peregrinación con más aplomo, con más conciencia de su personalidad, hasta con una sombra de suficiencia de hombre que ha viajado por tierras lejanas. Y se esponjaba de satisfacción cada vez que para saludarle le llamaban los vecinos el «hach» Mohamed, él, que había sido tantos años Mohamed a secas en todo el pueblo.

* * *

Para conseguir este envidiado título Mohamed acababa de cumplir uno de los cinco preceptos fundamentales que la religión musulmana impone: el de la peregri-



Escena de los peregrinos en el monte Arafat.



Los peregrinos inician sus oraciones en el monte Arafat.

nación a los Lugares Santos de La Meca, para todo el que esté en condiciones de realizar el penoso viaje. Todos los años por la Pascua de Aid El Kebir o Kurban Bairam, millares de musulmanes afluyen de todas las partes del globo a la meta sagrada de La Meca. Creyentes del África del Norte, de Europa central, de Turquía, del Medio Oriente, de Indonesia, de China, del Pakistán, se dan cita en el paisaje árido de la Arabia en que se hallan enclavados los monumentos más caros del Islam. Mohamed no sabe exactamente cuántos han debido ir este año, porque no anda fuerte en cuestiones de estadísticas, pero está seguro de que no habrán bajado de 400.000 los peregrinos.

Muchos de ellos, como Mohamed mismo, llegaron a Djeddah, el único puerto de Arabia, por vía marítima, en barcos especialmente fletados al efecto. El barco de Mohamed era amplio, espacioso, pero aún faltaba sitio para tanto peregrino. Las chilabas, los feces, los turbantes, las babuchas, formaban un conjunto policromo a bordo, sólo perturbado por las chaquetas y pantalones de la oficialidad del barco o de algún peregrino de la ciudad, más occidentalizado.

La travesía del Mar Rojo fué dura este año por el calor insoportable. Pero al llegar el barco a la altura de Rabigh, tres pitidos estridentes de las sirenas sacaron de su letargo a los peregrinos. Rabigh, dominando la tierra sagrada de La Meca, es el límite de la zona santa islámica y los peregrinos que no pueden ir a Medina entran desde aquel momento en estado de «ihram» o de purificación. Su aspecto cambia radicalmente. Se lavan todo el cuerpo a conciencia, se visten el traje de peregrinos —dos trozos de tela blanca sin costura, enrollada por el cuerpo— se ciñen un cinturón ancho en el que guardan sus documentos, dinero y efectos personales, calzan sandalias y dejan su cabeza al descubierto. Terminados estos preparativos rezan una oración especial en la que se ensalza el nombre de Alá y se prepara el espíritu para el supremo rito islámico. El peregrino que ha entrado en estado de «ihram» no puede afeitarse, lavarse, sacrificar algún animal o tener contactos impuros hasta que finalice la peregrinación.

* * *

Poco después el barco llega a Djeddah, pero no puede atracar todavía en el muelle que se acaba de construir y ha de quedarse anclado en las afueras rodeado de bancos de arena y corales. Los servicios sauditas de Sanidad y Policía suben a bordo y miran un poco los papeles. Todo está en regla si se pagan previamente los derechos de desembarco —unas seis libras por persona— y si se liquidan los derechos de peregrinación —unas veintiocho libras por peregrino también—, que al pobre Mohamed le arrancan el alma.

Mohamed se pregunta el por qué de todos aquellos fuertes impuestos. Él ha oído decir al que lee los periódicos en su poblado que el Rey Ibn Saud es uno de los hombres más ricos del mundo. No está muy seguro de las cifras, porque no entiende de números. Pero si entendiera sabría que el petróleo extraído por las compañías americanas de esta zona de la Arabia ha sumado 23 millones de toneladas en el año 1949. Y el Rey Ibn Saud, amo y señor de su territorio y máximo administrador de los bienes nacionales, cobra 33 centavos de dólar por cada uno de los 450.000 barriles de petróleo que se extraen diariamente de su Reino, sin contar otros derechos de cesión de terrenos, alquileres, etc., etc.

Si pregunta a los representantes de la autoridad algún detalle, no saca nada en limpio, pero tiene la vaga impresión de que toda aquella suma de derechos que él ha de pagar va destinada a protegerle la vida y asegurar el orden.

Como no es cuestión de discutir, paga lo que le piden. El barco da la señal convenida, anunciando que los peregrinos pueden desembarcar y al conjuro de la mágica consigna aparecen docenas de barcas y lanchas que cercan materialmente el barco. En un abrir y cerrar de ojos, centenares de mozos, maleteros y obreros inclasificables se lanzan al abordaje del barco. Trepan por doquier, sirviéndose de cuerdas y palos y transportan maletas y bultos con



Al amanecer, la adoración a Alá.



Ante la Kaaba, por fin, los rezos rituales.

una habilidad prodigiosa. Tipos raros todos ellos, que no inspiran demasiada confianza a Mohamed. Negros del Centro de África, esclavos que recobraron su libertad —los que aún no la recobraron están más al interior del país—, mestizos, árabes de otras zonas, harapientos y sudorosos. Pero no hay cuidado de que se extravíe nada en la Arabia Saudita, porque el ladrón vulgar sabe que le cortarán la mano en la plaza pública si se le encuentra en flagrante delito.

Y llega Mohamed a Djeddah, puerta obligada de su peregrinación. Djeddah no es una gran ciudad precisamente. Este año, por primera vez ha conocido la luz eléctrica. El agua la traen a precio de oro de ochenta kilómetros de distancia y los nuevos barrios que surgen para proporcionar viviendas a los sesenta mil habitantes de la población no servirían de modelo a ningún proyecto de urbanismo. Los dos o tres hoteles, que de alguna manera hay que llamarles, están abarrotados y el derecho a cobijarse alcanza en estos días de peregrinación unos precios que Mohamed no puede pagar de ninguna manera. Pero por un precio más reducido es fácil conseguir una silla larga de mimbre y como el clima es bueno se puede también dormir a la intemperie, como hacen otros millares y millares de peregrinos. La comida, otro capítulo importante, la consigue Mohamed comprando alguna verdura en el mercado, unos trozos de queso, pan y lo que se encuentre en las tienduchas, si las moscas le dejan algo.

No tenía Mohamed el dinero suficiente para ir a Medina, lugar santo cuya peregrinación es facultativa. Pero pese a los deseos que le animaban, no ha sentido materialmente esta privación. Los amigos que se ha hecho en el viaje le han contado luego las fatigas del trayecto, los abusos de los conductores de los autobuses, reclamando propinas en medio del desierto y amenazando con dejarles a todos en la carretera —en la pista, mejor dicho— si no pagaban sobre el terreno algunas sobretasas caprichosas, encima del precio escandaloso del viaje.

En vista de lo cual, vestido con su tela blanca, calzado con sus sandalias y la cabeza descubierta, se ha dirigido hacia la meta santa de su viaje: La Meca. En el centro de la ciudad sagrada se alza la Kaaba, de cinco metros de altura y que cubre unos treinta metros cuadrados. La Kaaba está cercada por grandes galerías con arcos sostenidos por 240 columnas de mármol y bronce. En las cuatro esquinas del gran patio se levantan cuatro pabellones, representando a las otras tantas sectas principales del Islam. Según la tradición musulmana, la Kaaba fué fundada por Abraham, padre de Ismael, del que descendía la tribu de los Coraichitas, a la que pertenecía Mahoma. La piedra negra de la Kaaba dícese que fué transportada por el angel Gabriel, inspirador de Mahoma.

Hay dos formas principales de realizar la peregrinación musulmana a La Meca,



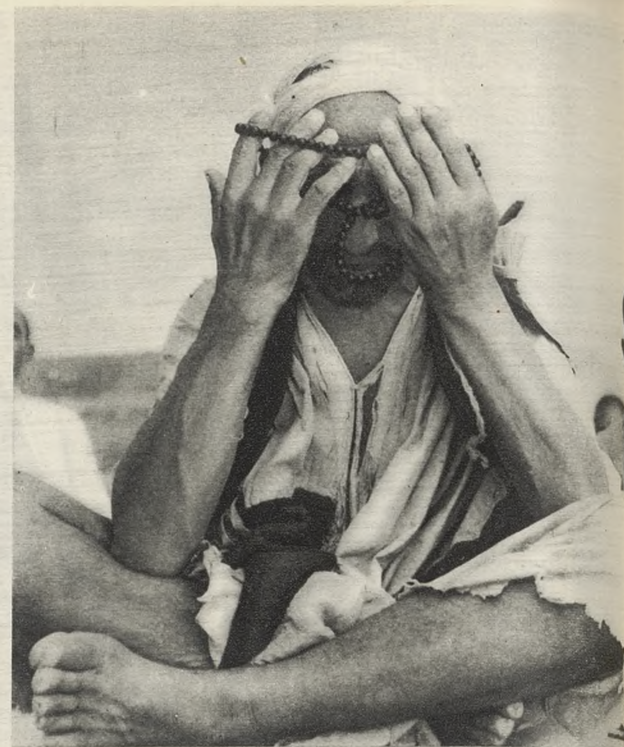
Peregrina musulmana con su hábito característico.



Siete vueltas a la Kaaba es el rito «tauaf».



En el valle de Mina, al pie del monte Arafat, los peregrinos montan su campamento.



Un peregrino haciendo sus meditaciones.

una de ellas más cómoda y fácil y que exige al final un sacrificio por parte del peregrino para compensar su elección: este sacrificio consiste en la muerte de un animal, según la categoría del peregrino, o en diez días de ayuno idéntico al del Ramadán. Pero Mohamed ha elegido lo más penoso, abandonando también la tercera fórmula, que en realidad es una mezcla de las dos primeras.

Empezó, como buen creyente, por el «tauaf», que consiste en dar siete vueltas a la Kaaba, mientras recitaba determinadas plegarias de salutación. Como acto de piedad voluntaria, hizo siete veces el recorrido a pie entre las colinas de Safa y Marua, apretando el paso al final de cada etapa cubierta. Esta ceremonia se hace en recuerdo de la esposa de Abraham que tenía a su hijo en una de estas colinas y corría a la otra cima en busca de algún socorro.

El día antes de la Pascua de Aid El Kebir o del Sacrificio llegó Mohamed con los demás peregrinos al Monte Arafat. Aquí solía meditar Mahoma, y la tradición quería también que se encontraran en este monte Adán y Eva perdidos cuando fueron expulsados del Paraíso. Los peregrinos llegan a Arafat con los animales que sacrificarán al día siguiente. Según la condición económica, el animal es de mayor o menor precio, y aun los peregrinos pobres quedan exentos de esta obligación. Mohamed, con gran sacrificio, ha pagado un carnerito al que protege celosamente. Por todo el monte hay tiendas de campaña esparcidas en las que los musulmanes aguardarán la llegada del gran día. Un Immam o jefe de rezos va explicando el significado de todos los actos y les da instrucciones para realizar el sacrificio. Y a la caída del sol los centenares de miles de peregrinos congregados en el Monte Arafat se ponen en pie —condición para que sea válida la peregrinación— y pronuncian las invocaciones rituales: «Te pertenecemos, oh Alá, te pertenecemos».

Pasan los peregrinos la noche en el valle de Mina y al amanecer del día de la Pascua hacen sus plegarias de nuevo. A las diez de la mañana aproximadamente, el Immam sacrifica su animal y todos los peregrinos, hombres, mujeres y niños siguen su ejemplo y sacrifican los animales —bueyes, carneros, camellos...— que adquirieron para esta ocasión. Todo el monte se riega con la sangre cálida de las bestias. La tierra se empapa y se tiñe de rojo, mientras ruedan por el aire los lamentos desgarradores de las víctimas inocentes y los rezos de la multitud apiñada. Las bestias se abandonan en la Montaña y luego los servicios especiales se encargan de enterrarlos.

Todos los peregrinos descienden del Arafat en avalancha gigantesca. Al pasar por un arroyo seco tiran siete piedras que previamente recogieron en el lugar llamado Musdalifa, lapidando así simbólicamente al espíritu del mal. Llegado ya a La Meca efectúan el último «tauaf» de despedida, con las consiguientes siete vueltas a la Kaaba.

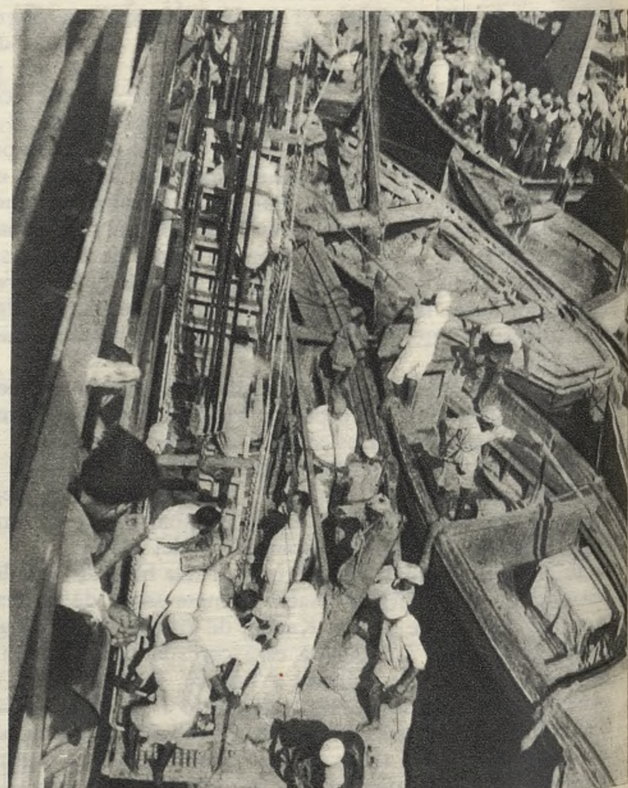
Mohamed ha cumplido ya con todos los ritos de la peregrinación. De allí pasa a lavarse, a afeitarse y se desprende su hábito característico. Acaba de realizar el sueño dorado de su existencia de buen musulmán. Alá se lo tendrá en cuenta en el otro mundo y sus hermanos de religión le honrarán con el título supremo, codiciado y con tantos sacrificios adquirido: el hach Mohamed.



Los tambores acompañan los rezos a Alá.



Vista general de la Kaaba y patio central de la mezquita de La Meca.



Puerto de Djedda; el barco es asaltado.





Orihuela es como la frontera entre la palmera del desierto y el olivo del barranco ameno y familiar. Imposible de evocar sin sentir, por dentro, el temblor lírico de la aprensión mironiana.

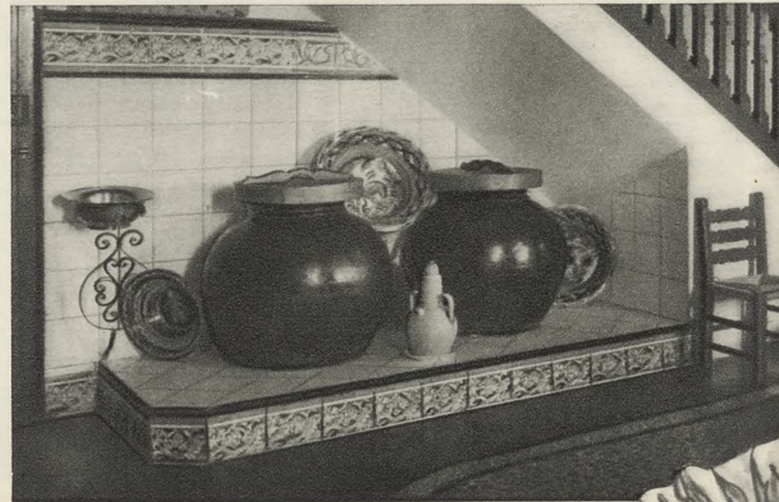


Casi amurallada Orihuela, esta puerta abre la ciudad al viajero.

Es, más que conmovedor, alucinante ver que una ciudad hace inmóvil, y hasta flúida, su belleza; más allá de la vibración voluptuosa de sus reverberantes piedras o de su vegetal contorno, exclusivamente por milagro de la resonancia de un pulso literario. Y es prodigioso comprobar que ya siempre será imposible evocar a la dulce Orihuela, sin sentir, por dentro, el temblor lírico de la aprensión mironiana. Autor y obra han quedado fundidos en una sobreexistencia delicada, emotiva y superior, vida aparte y fabulosa, vigorosa ansia de ideal y ensueños de pasión enervante, que, con dicha o dolor, ha de experimentar todo viajero, sin remedio.



Tinajero, con la cerámica típica de la Región.



Interior de una casa de Orihuela.

ORIHUELA DE MIRÓ

Por JOSE LUIS CASTILLO PUCHE

Miró sigue existiendo; cualquier adolescente lo siente mientras contempla desde su pupitre la llama del crepúsculo dorando cipreses y torres que fueron su visión desasosegadora.

Hay huertos fragantes, cruelmente cerrados, por cuya cerradura tememos mirar; presentimos la figura del Miró de ojos azules y pelo algo desmadejado.

El metal de las campanas también revive y reencarna instantes y horas en que soñamos y amamos la ventura y la tristeza de los seres inefables, quietos, atormentados, ilimitados, sensitivos, veraces, extáticos, del Miró angélico y doliente.

Miró para Orihuela fué su bautismo de gracia, ese rapto de felicidad creadora que hace a los pueblos predestinados dormirse en brazos de la gloria inasequible.

Imitar a Miró es casi un pecado, pero sentirlo y experimentarlo dentro de su paraíso, en el silencio de su diminuta catedral, en la cadencia liviana de sus torturadas calles, en la voluptuosidad de sus recónditos jardines, en los murmullos de su río, en los ruidos y en el color de la ciudad pétrea y aleteante, eso ya casi es también una estigma de gloria y excelsitud de la propia personalidad.

Las torturas y goces de Miró no han caducado. Es algo de la naturaleza y es algo de los astros, es cosa de la tierra y es cosa de la eternidad. Es un latido que se propaga, que persiste, produciendo en los espíritus y en la atmósfera, una orquestación sublime de música religiosa y plasticidad pagana al mismo tiempo; eso es Orihuela, ritmo enamorado en el que entra, por igual, el puro salmo y el cántico suicida.

Podía ser muy bien una ciudad judía hecha cristiana. O lo que subsiste de una ciudad griega que se consoló con el cristianismo. O una ciudad mediterránea que tiene clima y mitos de isla encantada.

El le puso por nombre Oleza, porque acaso en este vocablo encontraba él como la representación de un símbolo: quizá una virgen, quizá una diosa, quizá algo con lo que podía ser nombrada una mujer de eterna fugacidad.

Pero Orihuela, casi amurallada, no es sólo lo que se ve; su fuerza está en lo que nos hace presentir: es como la frontera entre la palmera del desierto y el olivo del barranco ameno y familiar, la frontera entre la noria doméstica que pide esclavos y camellos y los montículos geométricos de la sal o la inmensidad de las espumas. Allí están el buey y el asno, pero muy cerca anda el faro. Se huele intensamente a azahar, pero muy cerca despliega el espliego su perfume. Está la palmera, coronando naranjales y moreras, a un paso, pero, también, a la vista, tenemos el cardo y la chumbera. La tierra es morena, blanda en su cintura, pero, en alargando el brazo, tenemos arcilla reseca, gleba colorada y amarillenta.

Orihuela es como una torre de oasis con vistas a una llanura trágica, no la de Castilla, sino esa otra del mar, paisaje de lunas ardientes y vehemencia tropical, delirio de los desiertos que piden fe de estatuas sobre la caliente y movediza arena.

MAÑANA

Ha nacido el día; parece que por el aire se estén desperezando ángeles mórbidos, de cuerpo macizo y alas de pluma de palomas gigantes.

Las campanas repican. Van saliendo huertanos de camisa blanca al riego de la tahulla. Algunas tapias chorrean jazmines. Se va aclarando el horizonte hasta el sin límite de lo inverosímil; no parece ser sino que allí por donde concluye el piso jugoso de la huerta, vamos a presenciar el desfile de un barco fantasmagórico.

Se escuchan voces cálidas en una cancela. Dos muchachas que acaban de venir de misa conversan, con el *kempis*, el velo y los guantes en la mano. A veces se dicen algo al oído y sonríen.

A todo esto los colegiales de Santo Domingo están en el salón de estudio preparando la lección de primera hora. El café con leche a algunos los ha dejado semidormidos. El jesuíta—todo bonete, gafas finas de oro y alzacuello—vigila como sonriendo.

Carlos no se ha levantado hoy con la comunidad; ha pretextado que está enfermo; debajo de la almohada esconde *El obispo leproso*. De vez en cuando, se incorpora y mira por la ventana. Sobre el rumor sosegado del río ha escuchado el silbido de un tren. Sin quererlo, apenas, ha cogido un papel y ha intentado escribir algo. No le ha salido nada; lo único que ha hecho es mediodibujar el busto de una muchacha, una cabellera suelta, un cuello fino y largo y la entrada de unos senos juveniles...

Se lo tiene avisado el Padre Prefecto. A Carlos lo suspenderán en matemáticas y así no podrá ir al *examen de estado*.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir escribir versos?—recrimina el tío, dueño de una alpargatería.

MEDIODIA

Más verde es la palmera, transparente el cielo, oloroso el alhelí y muy estrecho el valle de la huerta para contener los ruidos. ¿Ruidos de qué? De todo y de nada.

Cósmica impasividad, susceptibilidad absoluta de los sentidos. El insecto musiquea alrededor de las cañas del río; las abejas y las mariposas vagabundean por las tapias de los conventos; gotea la fruta, licor prístino de vida, y hasta el ruiseñor se duerme como pájaro decadente.

Cabecea el canónigo repasando la historia de Clemente V. Suspira la novicia por no haber ido «a tierra de infieles». Dialogan los jesuítas en la sobremesa sobre la guerra de Corea y de Gasperi. Ha pasado el correo por entre medio de los naranjos. Los seminaristas juegan en su explanada a la pelota o pasean hacia atrás como los cangrejos.

Es la hora de la paz, del silencio infinito, de la vaguedad y la pereza suma. Es la hora del deseo, la hora del pecado mortal. Los niños duermen desnudos bajo las higueras y la vaca medita presupuestos en el establo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada, que a doña Julita le ha dado un ataque.

Doña Julita es viuda, pero joven. Es vibrante y hermosa. Estaba en su jardín rodeada de mitología cuando de repente se desmayó. Nadie se lo explica.

(...Había oído la voz de Alfredo, una voz carnal y profunda. Alfredo es su vecino; un alférez de la *milicia* que acaba de llegar de permiso. Viven tapia de por medio. Alfredo cuida el palomar de doña Julita.)

Las golondrinas andan locas por los aleros de la catedral. El río se va a quedar parado de un momento a otro.

—Ande, doña Julita, un poco de agua de azahar y se le pasará en seguida.

—No sé qué me ha podido pasar—y suspira dentro de su luto cincelado.

ATARDECER

Todo es presencia, hasta la lejanía. El tiempo es largo como una noche de caricias. La palmera es llama, el río es oro, la nube es carne, la azucena es enfermedad, el latín es melancolía.

La novia se deja besar. El Padre Cobos, en la novena del Sagrado Corazón, habla de las revelaciones hechas a Santa Margarita María de Alacoque. En el Casino suenan las fichas de dominó con estrépito infernal.

Al pasar por el puente presenciamos la riña de unos gitanos..

—Es que tú me tienes *adulterá* la sangre.—Y el hijo amenaza a padre.

Entro, por fin, en casa de doña Luisa. Es blanca como la cera, anciana, pero con hablar de niña.

—¿Cómo era Miró?

—¿Otra vez me lo pregunta?

—Sí, otra vez.

—Pues Miró era un hombre como usted, nada más que más guapo y más bueno.—Y se ha afligido doña Luisa. Salgo.

Ser bueno como Miró es muy difícil. Y más todavía sentir la belleza como la sentía él.

Orihuela, tibia, es nieve; en los senderos se desparrama la harina de la abundancia: Orihuela es rica. Todo el mundo habla de duros, de miles de duros. Quizá sólo lo dicen porque suena bien.

EL ARTISTA Y SU OBRA

Ahí está Miró, renacimiento de los sentidos, romántica exaltación de las formas, y ahí tenemos a Orihuela, resucitada frescura y ascensión poética del barro primitivo.

Miró, imperecedero, luciérnaga después de la lluvia, gota de bálsamo oloroso en la herida, loca aventura en la entrega al placer y sacrificio germinador de la renuncia. Miró, rocío estelar, zumo vegetal, carnal desgarradura, suntuosidad retórica frente al misterio, arraigo penoso a lo metafísico, ternura de niño, abrazo humano, sonrisa divinal.

Orihuela, tibia corporeidad del símbolo, graciosa parábola, alegoría afortunada. Diálogo de mercancías poéticas—la naranja, los dátiles, el cáñamo; coloquio místico—, castidad, celibato, penitencia; tragedia erótica—adulterio, celos, virginidad vertida. Orihuela, drama telúrico—, río pacífico que esparce desdichas, pobres de resignación tremenda, ricos de severa esplendidez.

Miró, la imagen; Orihuela, el artista. Miró, la metáfora; Orihuela, la realidad. Miró, la consciencia; Orihuela, la fe.

Ahí están sus obras que transpiran candidez y pasión, y esta es la ciudad que, sin «guía de turismo», es devoción transfigurada de una estampa evangélica siempre novísima.

DOÑA ISABEL BARRETO



ADELANTADA DE LAS ISLAS SALOMÓN



1.—Oriunda de Galicia, hija de don Francisco Barreto—el Gobernador de las Indias Portuguesas que decretó el destierro de Camoens a Macao y soñó descubrir los tesoros de la reina de Saba en las grutas de Masapa—, Isabel de Barreto heredó de su progenitor sus ansias aventureras y genio emprendedor, que en la adolescencia la llevaron, con tres hermanos suyos, a tierras americanas, donde a fines del siglo XVI intervino en una gran aventura.



2.—En Lima conoce a don Alvaro de Mendaña, descubridor en 1568 de las islas Salomón, espíritu guerrero y audaz, pero de indecisa voluntad, y sus caracteres opuestos se complementan, unidos por un mismo anhelo de horizontes y conquistas. Casados en 1586, planean una atrevida expedición para realizar el ensueño de ambos: volver a encontrar aquel archipiélago y sus fabulosas riquezas legendarias, aventura heroica a la que contribuye Isabel.



3.—El 16 de junio de 1595 zarpa de Paita la pequeña flota: la nao capitana *San Jerónimo*, con el Adelantado Mendaña, su mujer Isabel de Barreto, el hermano de ésta Lorenzo y el piloto mayor Pedro Fernández Quirós; la almirante *Santa Isabel*, la galeota *San Felipe* y la fragata *Santa Catalina*. ¡Cuatro naves, 368 personas, entre ellas algunas mujeres y niños, en busca de caminos nuevos y tierras prometedoras para el imperio de España!



4.—Tras infructuosas búsquedas, arriban a la isla de Santa Cruz, sin dar con las islas deseadas. Acampan en bahía Graciosa entre indios hostiles; surgen rencillas por los mandos, templadas gracias al tacto de Mendaña, al afán mediador del buen vicario Rodríguez de Espinosa y a la gallardía de doña Isabel, cuya enteriza disposición ya infunde respeto por su decidido espíritu autoritario, predispuesto para el desempeño de arriesgadas empresas descubridoras.



5.—Gravemente enfermo Mendaña, plantéase el problema de la sucesión en la jefatura, que don Alvaro resuelve por testamento, nombrando Gobernadora de las tierras descubiertas a su legítima esposa, doña Isabel de Barreto. La cual, tras la muerte del Adelantado, el 18 de octubre de 1595, asume el mando y el título, muy orgullosa de ambos. Desde ese momento, Isabel rotura inéditas situaciones en la historia de los navegantes del mundo.



6.—Doña Isabel, varonilmente, se apresta a defender su difícil cargo. Los hombres de la expedición divídense: unos a favor de ella, otros al de Fernández Quirós, el experto piloto que desde entonces será su rival. Agrávanse las discordias; la situación se hace insostenible, accediendo doña Isabel a las amenazadoras exigencias de salir hacia Filipinas. El 18 de noviembre zarpan tres naves, dejando hasta 50 muertos en las cálidas arenas de Santa Cruz.



7.—El viaje por el Pacífico es una hazaña prodigiosa: las naves desmanteladas, víveres y agua escasos, abundantes las enfermedades y miserias. Sola entre aventureros y desesperados, doña Isabel hace gala de energía, llevando a término la gesta con la obstinada firmeza de quien se siente cumplidor de altos destinos. El 11 de febrero de 1596 aportan diezmados a Manila, donde la asombrada muchedumbre, ve llegar a una mujer al mando de la capitana.



8.—Contrae matrimonio en Manila en 1596 con don Fernando de Castro, regresando ambos al Perú. En Guanaco doña Isabel se pone al frente de una encomienda de indios, heredada del Adelantado Mendaña, y evidencia sus dotes de organizadora. Pero sus anhelos marineros renacen y con su marido piden licencia al rey de las Españas para acometer nueva empresa en busca de las islas Salomón, donde asentarse con su título y colonizar las tierras que Mendaña descubriera.



9.—Mas de nuevo se cruza en su camino Fernández Quirós, el cual, ya por su cuenta, peregrina por Italia y España y acaba obteniendo Cédulas Reales que le dan posesión verdadera del adelantamiento de las Salomón. La Adelantada protesta ante Felipe III; defiende las conquistas y derechos de Mendaña; regresa a Castilla con su marido y sus dos hijos y... su huella se pierde entre Memoriales sepultados en el olvido... Nada más se sabe de doña Isabel.

CORRESPONSALES DE VENTA DE

MVNDO HISPANICO

ARGENTINA.—Queromon Editores, S. R. L. Oro, 2455.—**Buenos Aires.**

BOLIVIA.—D. Alfredo Prudencio. Librería Voluntad. Calle Comercio, 362.—**La Paz.**

COLOMBIA.—Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de Julio. Apartado 701.—**Barranquilla.**

Carlos Climent. Instituto del Libro.—**Popayán.**

COSTA RICA.—Librería López. Avenida Central.—**San José de Costa Rica.**

CUBA.—Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407.—**La Habana.**

CHILE. — Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372.—**Santiago.**

ECUADOR.—Agencia de Publicaciones Selecciones. Plaza del Teatro.—**Quito.**

Nueve de Octubre, 703.—**Guayaquil.**

EL SALVADOR.—Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2.—**San Salvador.**

ESPAÑA. — Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, 17.—**Madrid.**

FILIPINAS.—Librerías y quioscos de Manila.

GUATEMALA. — Librería Internacional Ortodoxa. Séptima Avenida Sur, núm. 12.—**D. Guatemala.**

HAITI.—Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.

HONDURAS. — Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44.—**Tegucigalpa, D. C.**

MARRUECOS ESPAÑOL. — Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28.—**Tetuán.**

MEJICO.—Carlos Sabau Bergamín. Avenida de los Insurgentes, 206-17.—**Méjico.**

NICARAGUA.—Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones.—**Managua, D. N.**

PANAMA.—José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones.—**Panamá.**

PARAGUAY.—Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209.—**Asunción.**

PERU. — Ediciones Iberoamericanas. Apartado 2.139.—**Lima.**

PUERTO RICO.—Librería «La Milagrosa». San Sebastián, 103.—**San Juan.**

REPUBLICA DOMINICANA. — Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, 86.—**Ciudad Trujillo.**

URUGUAY.—Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156.—**Montevideo.**

VENEZUELA.—José Agero. Edificios Ambos Mundos. Oficina, 412.—**Caracas.**

BELGICA.—Juan Bautista Ortega Cabrelles. 42, Rue d'Arenberg.—**Bruselles.**

BRASIL. — Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, L. Livros Tecnicos e Cientificos. Av. 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darke.—**Río de Janeiro.**

DINAMARCA. — Phning & Appels. Boghandel Kolmagergade, 7.—**Copenhague.**

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.—Las Americas Publishing Company. 30 West, 12th. street.—**New York, 11, N. Y.**

FRANCIA.—L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles 78, Rue Mazarine.—**París (6ème).**

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne. Réception Etranger. 8, Rue Paul Lelong.—**París (2ème).**

ITALIA.—Librería Feria. Piazza di Spagna, 56.—**Roma.**

PORTUGAL. — Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119.—**Lisboa.**

SUIZA. — Thomas Verlac. Renweg, 14. **Zurich.**

FALLO DEL II CONCURSO DE REPORTAJES "M. H."

OTRA VEZ PUERTO RICO VENCEDOR

EL SEGUNDO Y TERCER PREMIOS, A LA HABANA

El día 20 de enero último quedó resuelto el II Concurso de Reportajes organizado por esta revista. El Jurado designado por el Consejo Editorial de las Publicaciones MVNDO HISPANICO fué el siguiente: don Manuel Fraga Iribarne, catedrático de la Universidad de Madrid y subdirector del Seminario de Problemas Hispanoamericanos; don Luis Rosales, subdirector de «Cuadernos Hispanoamericanos»; don Faustino G. Sánchez-Marín, subdirector de «Correo Literario»; don Manuel Jiménez Quílez, director de MVNDO HISPANICO, y don Manuel Suárez-Caso, redactor-jefe de esta misma revista.

Acudieron a este II Concurso de Reportajes, reservado a periodistas, escritores y fotógrafos hispanoamericanos y filipinos, cincuenta y un reportajes. El acta del fallo dado por el Jurado dice así:

Reunido el Jurado designado para fallar el II Concurso de Reportajes organizado por la revista MVNDO HISPANICO, ha tomado por unanimidad los siguientes acuerdos, después de examinar detenidamente el gran número de trabajos presentados al mismo:

Conceder el primer premio (6.000 pesetas) al reportaje titulado «Nueva York, la ciudad sin horizontes», de don Pablo Garrido, de Puerto Rico, con fotografías de Pedro d'Andurain, también de Puerto Rico.

Conceder el segundo premio (4.000 pesetas) al titulado «El porqué de la suerte de Cuba y del cubano», original de don Gerardo Gallegos, de La Habana, con fotografías de la Corporación Nacional de Turismo de Cuba.

Recomendar la publicación de los reportajes titulados «El tabaco, flor y talismán de un pueblo», de Nivio López Pellón, de La Habana, «Del valle a la Puna», de don Jacinto Tello J., peruano; «Los extraños ritos de los mineros en el Norte de Chile», de don Pablo Garrido, puertorriqueño; «Los Quimbayas», de don Jorge Luis Arango, colombiano, y «Puerto Rico y los puertorriqueños», de doña Caridad Garriga de Alvarez, también de Puerto Rico.

El Jurado, en virtud de los términos de la convocatoria, reservada a escritores y periodistas hispanoamericanos y filipinos, ha dejado fuera de concurso varios trabajos firmados por españoles, entre ellos su excelente reportaje: «Biografía de una ciudad y de un gusano», de don Manuel Fernández-Delgado Maroto, cuya publicación también se recomienda.

Madrid, 20 de enero de 1951.

Manuel Fraga Iribarne.—Luis Rosales.—Faustino G. Sánchez-Marín.—Manuel Jiménez Quílez.—Manuel Suárez-Caso.

Las islas del Caribe han resultado de nuevo premiadas. De nuevo, porque, hace ahora un año, el primer premio de nuestro Primer Concurso de Reportajes correspondió, como hoy, a puertorriqueños. Don Pablo Garrido, el vencedor de esta vez, lleva además, una mención especial por su trabajo sobre los ritos de los mineros del Norte de Chile. El premio segundo va a otra bellísima isla: Cuba. Con una mezcla, puesto que el autor del artículo premiado, don Gerardo Gallegos, aunque periodista residente en La Habana, donde ejerce su profesión, es ecuatoriano de nacimiento y de nacionalidad.

El artículo que mereció el primer premio va ya en las páginas de este número. El que alcanzó el segundo aparecerá seguidamente.

Enhorabuena a los vencedores y muchas gracias a todos los concursantes.

NUESTROS COLABORADORES



Insular de vela y vuelo latinos, escritor, con preferencia por los hondos temas españoles, y profesor de la Escuela de Estado Mayor, de Madrid, Francisco Sintes Obrador es secretario general del Instituto de Cultura Hispánica y director de la colección bibliográfica «Baluarte», dedicada a temas militares. Con la vela y el vuelo, y el viento latino, o romano, o hispánico—y todo puede ser uno, del cuévano mediterráneo a la Mar Océano—, la capacidad organizadora de F. S. O., que esta es otra de sus virtudes, pudo manifestarse en el Congreso de «Pax Romana» celebrado en España—y del que fué secretario de organización—, en el Comité Ejecutivo de la Organización Internacional de Intelectuales Católicos o en el Departamento de Intercambio Cultural y Asistencia Universitaria del citado Instituto. Colaborador de diversas publicaciones españolas, F. S. O. (que nació en Menorea, 1912), ha viajado por toda la Europa Occidental y a todo lo largo lo ancho de todas las Américas: de la Argentina a los EE. UU. del Norte, del Brasil a Chile.

Tortosa es una clave especial—un estilo—en España y aun en su región catalana. Y Luis Climent, de Tortosa (n. en 1917), es también algo especial en el periodismo español. A los quince años era periodista de plantilla; a los dieciséis, director del diario «Ara», de su ciudad; a los veintiuno, mutilado de guerra y director de «Diario Español», de Tarragona. En fin, a los veintiséis, corresponsal en Bélgica, vió irse a los alemanes y llegar a los aliados, e incomunicado con su patria, se ganó la vida como pianista en un bar, por unos meses. Después, otra vez corresponsal, periodista viajero, por cuenta de «Madrid» y «Diario de Barcelona»: Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Italia, Grecia, Turquía, Siria, Líbano, Palestina, Egipto, Arabia Saudita, guerra de Palestina, Argelia, Túnez... En la actualidad, como corresponsal de los diarios últimamente citados, ha fijado su residencia en El Cairo. Lo de «fijado» es una metáfora hablando de L. C., quien acaba de pasar unos meses visitando más Oriente: la India y Pakistán.



Juan Sampelayo — o Juan Hache Sampelayo —, al margen del dandismo. anda ahora (buen año de nieves en Madrid) con un sombrero negro y una bufanda amarilla. Con ellos o sin ellos, siempre será, a secas, Sampelayo; el escritor cordial y el hombre amable, con un corazón juvenil y optimista. Madrileño nacido en 1910, si paseó por la Facultad de Medicina, comenzó pronto a colaborar en las revistas universitarias «Horizonte», «Brújula» y «Germa», para pasar sus artículos a los diarios «El Sol» e «Informaciones», hacia 1932. Del 32 al 51, de su pluma han salido centenares de artículos y reportajes, al tiempo que conquistaba buen número de premios literarios, como el del Ayuntamiento de Madrid (1944) para artículos históricos—¿o sobre historia?—; el Nacional de Literatura, 1945, etc., etc. Ha publicado entre otros, los siguientes libros: «Lo que los hombres piensan de las mujeres», «Antología del piropo», Carolina Otero» y «Eça de Queiroz» (biografías); «El Cínife», etc.



Es de Yecla, pero está con Orihuela, para asombro de algún buen alcalde. Quizá la culpa sea de los del 98 —Azorín, Baroja—, que estuvieron contra Yecla. Quizá la culpa corresponda a su vocación levantina, aunque él, como le ocurre a Yecla, sea, sin saberlo, recónditamente castellano, o al menos castellano de primer apellido. Periodista y licenciado en Filosofía, José L. Castillo Puche, nacido en 1919, ha ganado un premio de la Universidad de Sevilla por un artículo sobre San Isidoro y otro del Consejo Superior de Misiones por un trabajo de investigación sobre Raimundo Lulio, al tiempo que colaboró y colabora en distintos periódicos españoles, incluso con temas agresivos de definiciones geográficas y psicológicas que soliviantan a sus paisanos de Yecla. Hoy, J. L. C. P., que anduvo por las votaciones finales del Premio Nadal en 1950 con su novela «Sin camino», corrige pruebas de otra nueva novela: «La Muerta».

EDICIONES MVNDO HISPANICO

Mensual . 15 ptas.
Anual ..... 160 ptas.

MVNDO HISPÁNICO

En este número - Gibraltar - Centenario de Isabel la Católica - Los errores de Roosevelt

RESUMEN

INFORMACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS DE ESPAÑA Y AMERICA

Correo Literario

ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS

AÑO II - NUM. 16 — MADRID, 15 de Enero de 1951 — Precio: 4 pesetas

AGUSTIN DE FOXA VEINTE AÑOS DESPUES

Por E. CORREA CALDERON

HABLADURIAS

AL PARAISO EN COCHE-CAMA

Por J. L. VAZQUEZ DODERO

Página 1

Quincenal. 4 ptas.
Anual .... 96 ptas.

Correo Literario

ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS

MADRID, 15 DE DICIEMBRE DE 1950 — Precio: 4 pesetas

Una isla en las LETRAS

Por Ramón LEDESMA MIRANDA

¡Abajo la máquina de ...! CONDICION ... DE NUESTR...

SUMARIO

CORREO LITERARIO.—15 de diciembre de 1950

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID
NOV.-DIC. 1950

Bimestral. 15 ptas.
Anual .... 90 ptas.

RESUMEN

INFORMACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS DE ESPAÑA Y AMERICA

Conozca los nuevos derechos de importación en México
Pág. 18

Si exporta a la Argentina, debe leer nuestra pág. 10

¿Sabe usted lo que es el Plan Marshall?
Pág. 8

Núm. 15

15 de enero de 1951

Quincenal. 5 pts.
Anual .... 110 pts.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

17
SEPTIEMBRE OCTUBRE
Madrid, 1950

Dn. GREGORIO MARAÑON: Discurso de Toledo • LUIS ROSADARIO SURO: El mundo mágico taíno • LUIS ROSALES: Apuntes para una estética vital • G. DIAZ-PLAJA: Raíz hispánica de Eduardo Mallea • O. BAUHOFER: El hombre y la técnica • M. G.ª BLANCO: Tirso de Molina y América.

Otras colaboraciones de PEDRO LAIN ENTRALGO • FEDERICO SOPEÑA • EUGENIO DE NORA • JOSE ARTIGAS • LUIS AYCINENA. Notas sobre libros del Dr. JOSE ARCE • MARAÑON • LAIN ENTRALGO • M. DEL CABRAL • MARIO CARREÑO • JULIAN MARIAS. Dibujos del pintor dominicano DARIO SURO

ARGENTINA • BRASIL • CUBA • ESPAÑA • GUATEMALA • MEXICO • PUERTO RICO • SUIZA • U. S. A.

MADRID
SEPT.-OCTUBRE, 1950

ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4, MADRID